



UN AMOR PARA

Olvidar

ERINA ALCALÁ



UN AMOR PARA OLVIDAR

ERINA ALCALÁ

Primera edición en digital: Enero 2019

Título Original: Un amor para olvidar

©Erina Alcalá 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©den_belitsky y konradbak

Diseño de portada: Isla Books Studios

ISBN: 978-84-17474-29-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

 Romantic
ediciones

Nos pasamos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.

Oscar Wilde

CAPÍTULO UNO

Ernesto miraba desde el alto sillón de su despacho cómo las luces de la ciudad se iban encendiendo paulatinamente a lo lejos. Estaba oscureciendo. El sol se ocultaba en el horizonte entre colores amarillos y anaranjados y la vista era maravillosa con el mar de fondo.

Los últimos rayos de luz, se filtraban a través de los cristales de la ventana de su despacho.

Los barcos, en el puerto, se mecían con sus mástiles en lo alto y corría una ligera brisa.

Le encantaba quedarse al menos quince minutos en silencio, todos los viernes después del trabajo, al final de la semana, cuando todo el mundo se había ido de la oficina central en Barcelona. Aunque a veces, como ésta, su secretaria se quedaba un rato más hasta dejar listo su trabajo para la semana siguiente.

Le gustaban las puestas de sol. Le servían para descargar la adrenalina que lo acompañaba durante todo el día y del estrés semanal. Se sentía en silencio y en paz. Una paz que lo inundaba al mirar el mar cuando la marea bajaba.

Se levantó del sillón. De espaldas a la mesa y con un brazo y la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, observó a lo lejos el balanceo de los mástiles de los barcos en el puerto y el arrullo silencioso del Mediterráneo, que los mecía como una madre mece a sus hijos.

Se encontraba nostálgico.

Llevaba unos días así, con una cierta melancólica tristeza y no sabía por qué.

Vestía elegantemente con un pantalón gris marengo estrecho de corte italiano y una camisa igualmente gris.

Se había aflojado la corbata de seda del mismo tono de gris con rayas. La chaqueta negra, reposaba en el respaldo del sillón. Dejó un brazo sobre los cristales y la otra mano, la metió en el bolsillo del pantalón.

Barcelona le parecía preciosa a esa hora. Eran las ocho y media de la tarde, viernes, y daba por finalizado el trabajo semanal, al menos en su despacho.

Siempre se llevaba algún trabajo pendiente para revisar el fin de semana en casa. Pero era obligado quedarse allí contemplando quizá su propia

melancolía en la soledad del atardecer. Estaba serio y pensativo. Como si contemplara su propia vida.

Estaba satisfecho de cómo le había ido ésta. También de lo que había conseguido durante tantos años de duro trabajo. Reconocería que el factor suerte le había acompañado. Había estado en el lugar apropiado en el momento adecuado.

Era un hombre de éxito en el terreno laboral y profesional, y por qué no decirlo, también tenía éxito también con las mujeres. Debía reconocerlo. No es que presumiera de ello, pero era un añadido a su personalidad abiertamente sexual y a su físico, por qué no, sin pecar de vanidoso.

Se cuidaba mucho. Hacía ejercicio todas las mañanas y nadaba, para estar en forma. Le gustaba cuidarse. Era un tanto presumido y siempre cuidaba hasta el más mínimo detalle.

Ernesto Soler, un hombre de treinta y tres años, hecho a sí mismo, que algunos hombres podían envidiar en todos los terrenos. Era un arquitecto de éxito excelente y un gran empresario.

Muy inteligente. Siempre había sacado muy buenas notas tanto en el instituto como en la universidad y había destacado en todos los ámbitos.

Cualquiera diría que lo había conseguido todo en la vida. Y podía ser cierto.

Más bien lo era. Al menos en los objetivos que se había propuesto. Todos los había conseguido, incluso más de lo que había previsto en un principio.

Había creado una cadena hotelera con su propio esfuerzo personal, trabajando duro y con acierto en sus inversiones. Y era rico. Millonario más bien. Si se lo hubiesen dicho al salir de la universidad, no lo hubiera creído.

Cuando empezó su andadura profesional, su objetivo era tener un hotel, quizás dos. Nada más.

No fue rico en su niñez, todo lo contrario, su infancia había sido bastante infeliz, desdichada y pobre.

Los pocos recuerdos que tenía, no eran de felicidad precisamente. Su padre abandonó a su madre y a ellos cuando él tenía ocho años y su hermana Montserrat, cinco. Su hermana no tenía recuerdos de aquellos tristes días porque era muy pequeña.

Cuando su padre los abandonó, rompiendo la familia, su madre tuvo que limpiar casas, para mantener a sus hijos.

Antes no habían sido una familia pudiente, al contrario, eran humildes. Su

madre era ama de casa y su padre conducía un camión de transportes y pasaba a veces hasta una semana fuera de casa.

A él, que era pequeño, le pesó la falta de un padre, un referente paterno. Recordaba cuando vivía con ellos, andar detrás de su padre como un perrillo faldero. Pero también recordaba que su padre no le hacía el más mínimo caso, siempre estaba cansado cuando volvía a casa. Lo recordaba sentado en un sillón de un pequeño salón de la casa en donde vivían, tomando cerveza. Se sintió un niño infeliz, pues a su padre no se le podía molestar.

Sólo recibía el cariño de su madre, que siempre lo abrazaba con ternura. Aún podía sentir el calor de sus brazos y la suavidad de su piel, en contraste con sus manos que siempre estaban ásperas por el trabajo que realizaba.

Y sentía rabia y tristeza por no tenerla ahora con él. Ahora podría mantenerla y ella no tendría que trabajar en nada. Sería toda una señora. Pero ya no estaba.

Su madre, con ayuda de sus abuelos maternos, los pudo sacar adelante, ya que su padre dejó de pagar hasta la hipoteca de la casa. Casa que perdieron porque con lo que su madre ganaba no tenían ni para comer y tuvieron que irse un par de años a vivir con sus abuelos. Fue más tarde cuando su madre, una mujer débil de carácter y delgada, tuvo dinero suficiente para alquilar un pequeño piso de una habitación. Se recordaba junto a su hermana, compartiendo el sofá cama del salón.

Y había poca comida. Parecía que su madre estiraba los platos. Y no tenían caprichos, ni siquiera para comer.

Su madre murió de cáncer cuando él tenía apenas catorce años. Ernesto siempre pensaría que fue más por el sufrimiento que le provocó el abandono de su padre, que por la propia enfermedad. Tan enamorada estaba de su padre que nunca conoció a otro hombre. No superó que la dejara.

Su corta vida, la había dedicado a trabajar para sacar adelante a sus hijos.

Su padre los había abandonado por otra mujer que ya tenía hijos propios. No tuvo ningún hermano de padre, que él supiera.

Eso fue lo que le dolió, que su padre cambiara a sus propios hijos por otros que no eran suyos y los alimentara y tratara mejor que a ellos mismos. Ese hecho era muy duro y muy triste. Y aún guardaba ese dolor en el pecho que florecía a veces y le dolía en lo más profundo de su alma.

Cuando su madre murió, a su hermana Montserrat la mandaron con su tía a Nueva York. La hermana de su madre se había casado con un

norteamericano y se había instalado allí. A él le tocó quedarse con sus abuelos.

La separación fue muy dura. Siempre habían vivido juntos, y ahora, la familia se había roto para siempre. Su hermana ya no estaba.

Siempre mantuvieron contacto, se escribían cartas, cartas que él aún guardaba en uno de los cajones de su cómoda.

Cada vez que iba de viaje de negocios a Nueva York, porque allí tenía varios hoteles, se cuidaba de llamar a su hermana y quedar con ella y su marido.

Manténían una relación especial y él siempre había ayudado a Montserrat incluso económicamente, porque ella no era rica ni nada por el estilo, ni tuvo la suerte que él tuvo. De alguna manera se sentía responsable de ella, incluso estando ya casada y con su propia familia. Al fin y al cabo era su hermana.

Por otro lado, mantenía una estrecha relación con su cuñado, que le caía bien porque quería mucho a Montserrat, y eso era lo más importante para él.

Ella no pudo estudiar y siempre estuvo trabajando. Le compró una casa cuando se casó con un buen hombre, que era profesor de matemáticas en un instituto y tuvo la suerte de conocer y aunque el profesor, tenía un buen sueldo, él les quiso comprar una casa como regalo de bodas, para que no tuviesen que pagar hipotecas y vivir holgadamente.

Les regaló también los muebles y una cantidad decente de dinero. Su hermana no quería, pero él como buen hermano terco que era, no quería que su hermana pasara las penurias que pasaron de pequeños.

Ya que no pudo hacer ya nada por su madre, al menos ella jamás quedaría desamparada mientras él tuviese dinero suficiente para mantenerla.

Quería dejarla bien situada. Y eso hizo. Su madre lo hubiese querido así, y él también lo quería. Era su hermana pequeña, la única familia que tenía en el mundo y no iba a consentir que pasara penalidades teniendo él dinero.

—¿Necesitas algo? —Le preguntaba siempre.

—No gracias.

Solía responderle que estaba bien, y que si alguna vez lo necesitaba, se lo pediría.

Pero nunca lo haría, y él lo sabía, por eso le regalaba cosas que creía que Montserrat podría necesitar: como un coche pequeño, pero nuevo. Porque ella no lo quería grande, para desplazarse a su trabajo.

Aunque él se preocupara por su hermana, Montserrat no lo estaba

demasiado por él. Sus abuelos, hicieron que él fuese un hombre de provecho y que estudiase. Obtuvo beca y estudió en la universidad. Arquitectura, porque era lo que le gustaba.

Le encantaban los edificios, los hoteles en concreto. Desde pequeño, le habían entusiasmado. Cuando pasaba delante de uno, lo miraba como si fuese algo grandioso a lo que él nunca podría llegar ni siquiera a entrar. Soñaba con diseñarlos y construirlos.

Cuando acabó la universidad, la vida le tenía preparado otro duro golpe. Sus abuelos murieron, con diferencia de pocos meses.

Se consideraba demasiado joven para desenvolverse solo en la vida. Tenía veintitrés años.

Le dejaron la casa y más dinero ahorrado del que él pensaba que tenían.

Así que con ello se arriesgó a cumplir su sueño: lo invirtió todo en un pequeño hotel. Pidió préstamos, avalado por las ganancias y fue comprando más y más.

La pauta siempre era la misma: los reestructuraba y convertía en buenos hoteles. Así fue como consiguió su propia cadena hotelera en unos diez años.

Invertía también con buen ojo en bolsa, y eso lo ayudó a convertirse, por sí mismo en un hombre con una gran cadena hotelera.

Trabajaba muy duro y muchas horas al día.

Y ahora, tenía treinta y tres años, con su objetivo cumplido: ser rico y trabajar en lo que le apasionaba.

Le faltaba su madre, la echaba de menos. Ahora que él podía darle todo de lo que careció para sacarlos adelante, no la tenía. Y a veces la recordaba como en una nebulosa. Y se emocionaba. Y quisiera que viviera para que viera lo que había conseguido. Seguro que se sentiría orgullosa de él.

Pensó, allí, al lado de la ventana de su despacho, si su relación con las mujeres se debía a la rabia contenida por lo que les hizo su padre.

Por eso no se comprometía con ninguna, para no hacerles daño o hacérselo a sí mismo. Pero él no quería ser como su padre, nunca. Ni parecérselo en lo más mínimo. Nunca le perdonaría que los hubiese abandonado.

Cuando se enteró de que su padre había muerto, ni siquiera fue a su entierro. Ni él ni su hermana. Ninguno de los dos. Para ellos, había muerto muchos años atrás.

Los hoteles “Helios” estaban repartidos por toda la geografía española, Valencia, Mallorca, Madrid, Sevilla, Málaga, Ibiza, Marbella y en otras

veinte provincias más, incluso tenía asociados en París, Roma, Londres, Nueva York y Auckland, lugares a los que viajaba con cierta frecuencia.

Tenía que cuidar de sus inversiones y le gustaba estar al tanto de todo. Siempre en primera fila.

En esos viajes solía conocer gente interesante con quien hacer negocios. Y como no, también conocía a mujeres.

Era un hombre atractivo, de un metro ochenta y cinco, pelo negro corto, un cuerpo de escándalo, debido a los cincuenta largos que hacía cada mañana en su piscina, ojos grises, nariz recta y labios algo gruesos, largas pestañas negras bajo esos ojos grises preciosos, trajes hechos a medida, zapatos de corte italiano, un reloj de oro en la muñeca, perfume carísimo y cuatro idiomas, a parte de catalán.

Aunque era admirado por las mujeres, y éstas no le faltaban, no era un hombre que se comprometiera con ellas. No sabía si por miedo o por no haber encontrado a la mujer ideal, una con quien comprometerse. De cualquier forma allí estaba, soltero. Pero su estado civil no era algo que le preocupara.

Salía cierto tiempo con mujeres que sabían que él nunca tendría una relación seria. Y no era porque ellas no intentaran cambiarlo, pero eso era un trabajo imposible.

No se quedaba a dormir con ellas por la noche. Cuando terminaba las sesiones de sexo, se vestía y se iba a su casa. Eran unas reglas, que junto con usar protección, no se había saltado nunca.

Y tampoco, era hombre de relaciones largas. Cuando llevaba un mes o dos saliendo con alguna, se cansaba de la relación.

Quizá es que no sabía elegir a la mujer apropiada, pero se aburría mortalmente con ellas. Ya no había nada de qué hablar o qué decir, ni deseo sexual por ellas. Y era preocupante.

Elegía, como no, mujeres tipo modelo, que estaban más con él por lo que representaba, que por lo que era en sí mismo. Y eso lo cansaba.

Le molestaba tanta adulación con el propósito de que las llevara a sitios caros y les comprara algún regalo de vez en cuando.

Ya tenía una edad para salir en ese plan. Estaba cansado. Incluso sexualmente, no le aportaban nada ese tipo de relaciones, salvo un rato de necesidad física, pero nada que lo llenara o que le hiciera perder la cabeza. Era pura rutina sexual y no le satisfacían ya ese tipo de relaciones.

Y aunque había elegido esa vida de momentos, echaba de menos perder un poco la cabeza y hacer el amor con una mujer interesante, que lo llenara, que se divertiera con ella. Una mujer auténtica.

Pero, o esas mujeres no existían o él no había llegado a conocerlas o no eran del círculo social donde él se movía. Pero es que él, no se movía en otro.

Tanto le parecía haber conseguido, que se encontraba con las manos vacías y no precisamente por haber roto su relación con Marina tres meses antes, la última amante que había pasado por su cama, aunque más que romper, eso estaba haciendo aguas desde hacía tiempo.

Salieron un mes y al siguiente ya no tenía razón de ser esa relación. Fue un mensaje en el móvil que ella le dejó a la vuelta de un viaje a Londres, en la que le explicaba que no podía continuar con esa relación, que apenas se veían. Que no soportaba que la dejara sola por las noches. Que no es lo que ella quería.

Y adiós.

Fin.

Y era muy cierto, eran incompatibles, cuando él regresaba de trabajar, ella siempre tenía planeada una fiesta, una cena a la que se obligaba a ir, sólo por el mero hecho de complacerla cuando lo que deseaba en realidad era quedarse en casa, en su patio y tomarse tranquilo una copa de vino.

Ya era lo suficientemente cansino ir a las cenas obligadas de negocios. Y quería un poco de paz tras tantos ajetresos y viajes.

Así que no le supuso nada cortar la relación, sino una liberación para sí mismo. Se sintió incluso alegre.

Le había hecho ella el favor de dejarlo, así, no tendría Ernesto que hacerlo. Siempre eran las mismas palabras cuando terminaba una relación y si se las había ahorrado, mejor que mejor.

Tampoco le importó en exceso que Marina lo dejara, más tarde o más temprano sucedería, ni tampoco cuando se enteró de que estaba ya viviendo con un catedrático de derecho diez años mayor que ella.

Nunca cambiaría. La ropa, las joyas, el móvil, las amigas... Odiaba que lo llamase "querido". Así que más bien le pareció una liberación necesaria terminar esa relación.

Había sido un descanso para él.

Necesitaba salir un poco del mercado y tomarse un tiempo de abstinencia sexual. Y de paso también de fiestas innecesarias.

Pero le preocupaba algo, y no era Marina. No, no era eso lo que le preocupaba. Lo que se preguntaba, es si alguna vez había sentido amor o lo sentiría alguna vez, y ya ni eso, sino una amiga, una compañera con la que compartir alguna complicidad, un secreto, un instante de vida, un instante cómplice en la noche y no una mujer florero como casi todas las que habían pasado por su vida.

Era un pensamiento contradictorio.

Por un lado, no quería comprometerse y por eso echaba de menos poder enamorarse un día de alguna mujer interesante y normal. Si no enamorarse, al menos encontrar una química sexual y alguna complicidad.

Cuando veía a las parejas felices por la calle cogidos de la mano, sentía una cierta envidia y creía que eso no estaba hecho para él, que ese sentimiento no le pasaría nunca por su estado emocional.

No había conocido una mujer que pudiera interesarle de tal forma, ni creía que existiera. Ya tenía treinta y tres años y había conocido a unas cuantas mujeres y nada.

Tampoco tenía tiempo de buscarla, así que de ahora en adelante se quedaría quietecito, y disfrutaría de lo que la vida le ofreciera, al menos durante un tiempo y si era sin mujeres mejor. Se tomaría un descanso en ese sentido. Nada de sexo.

Dejaría de ir a fiestas innecesarias hasta que tuviera de nuevo la necesidad de cubrir esa faceta. O en última instancia, seleccionaría bien cuando tuviese necesidad de estar con una mujer.

Se hallaba inmerso en estos pensamientos, cuando un toque suave a la puerta, seguido de los pasos decididos e inconfundibles de Claudia, su secretaria, le sacó de estos por un instante.

—Si no necesita nada más, me voy ya, señor Soler —dijo su secretaria abriendo la puerta para despedirse hasta la semana siguiente.

—Gracias Claudia, nada más. Hemos tenido suficiente por hoy. Hasta el lunes y diviértase. Que pase un buen fin de semana —dijo volviéndose de nuevo hacia la ventana cerrando los ojos.

Claudia, su secretaria, cerró la puerta suavemente y se marchó. Claudia era una mujer de cuarenta años, alta y esbelta, entregada a su trabajo, discreta y eficiente. Siempre iba impecablemente vestida con trajes de chaqueta y falda, con el pelo rubio recogido.

Se alegró de tener cerca una mujer agradable e inteligente, y siempre

dispuesta a hacer su trabajo o a quedarse las horas que fuesen necesarias. Era agradable cuando tenía que serlo y hablaba y callaba cuando era necesario también.

Una gran trabajadora y mejor profesional. Había tenido suerte de encontrarla. A veces, le recordaba a su madre. Llevaba con él desde que empezó su recorrido profesional y nunca había tenido una queja de ella.

Cuando su secretaria se fue, se sentó en el sillón y miró su despacho preciosamente decorado por Rosa, la mejor decoradora de interiores que él había conocido. Se sentía a gusto en él y trabajaba con cierta serenidad.

Estiró las piernas por debajo de la mesa, pensando todavía en su vida. Cuando sus abuelos murieron, su vida dio otro vuelco. Ahí empezó su objetivo en la vida.

A su amigo Albert, que era su mano derecha en la empresa, lo conoció en el instituto. Él era un niño triste e introvertido y Albert, siempre estaba bromeando y con una sonrisa abierta.

Él, que era un niño triste, nunca supo por qué se hizo su amigo, pero lo fue. Eran totalmente diferentes. Con el tiempo, se dio cuenta de que su amigo Albert, lo sacó de aquella gran tristeza y lo convirtió en un chico extrovertido y divertido y ver el lado bueno de la vida, como chicos jóvenes que eran.

Hicieron una piña y les encantaban las mujeres y las fiestas, pero siempre sacaban buenas notas.

Fueron a la universidad juntos. Eran inseparables desde el instituto y nunca tuvieron problemas entre ellos.

Cuando Ernesto empezó con sus hoteles, Albert, se convirtió en su mano derecha y le aconsejaba también, y ahí estaban aún después de más de dieciocho años.

Había tenido suerte de conocerlo. Era su amigo y su hermano también.

A veces necesitaba algún consejo y le consultaba a su amigo. Porque cada uno veía las cosas de manera diferente y Albert era más visceral, mientras que Ernesto era más racional. Pero habían conseguido hacer un tándem perfecto y unidos habían conseguido la fortuna de Ernesto.

Sin embargo Albert, no había querido hacer lo que su amigo. A él le daba miedo arriesgarse y arriesgarse tanto como él. Prefería trabajar para Ernesto y estar al tanto de sus empresas y hoteles y ayudarle a veces cuando era necesario o hacerse cargo de todos los hoteles del territorio español cuando Ernesto viajaba por meses fuera de España, a estados Unidos o a París o a

Roma.

Era un buen director. Un trabajador incansable como Ernesto y no había persona en que más confiara que en él.

Y eso era muy difícil de encontrar. Cuando se iba de viaje, Albert llevaba los hoteles, como él mismo y jamás tuvo un problema con él.

Seguían como hermanos siempre y mejores amigos e incluso se consultaban temas amorosos. Todo lo sabían de cada uno.

Había tenido mucha suerte de conocerlo. Era un gran hombre. Trabajador incansable como él mismo y entusiasta al máximo. Era muy fácil trabajar con él.

CAPÍTULO DOS

El tiempo transcurrió rápido y tranquilo.

Dos meses más tarde, Ernesto preparó un viaje para el martes de la semana entrante a Madrid y para el jueves, de la misma semana, a Sevilla. En ésta última ciudad, permanecería dos días, aunque quizá se quedara hasta el domingo por la noche. Al fin y al cabo nadie lo esperaba y así podría pasear y conocer los encantos de esa ciudad como un turista más.

Siempre había viajado por negocios, con prisas y últimamente le apetecía un fin de semana de asueto y tranquilidad. Eso haría, sí. Tendría que tomarse las cosas con más calma. Este viaje lo prepararía con tranquilidad.

Además iría en tren. El tren era relajante para él. Tendría tiempo de descansar.

Tenía billetes para ir el martes con el AVE de Barcelona a Madrid. En la capital debería asistir a un congreso y un par de reuniones acerca de unas reformas que había que hacer en el hotel de Madrid. Deseaba convertir en dos salones más pequeños, el principal que tenía el hotel. Era un asunto que no podía esperar. Así que había quedado con el aparejador y el jefe de obra el miércoles, para tomar nota de los planos y dar el visto bueno a la reforma, ir al ayuntamiento a pedir los permisos, etc.

Ese mismo día, más tarde, tendría una reunión con Rosa, la decoradora que trabajaba para él. Al terminar la reforma, quería que se pusiera manos a la obra con la decoración.

El jueves tomaría de nuevo el AVE rumbo a Sevilla. Y el domingo por la noche estaría de vuelta con el avión rumbo a Barcelona.

Esas fueron las instrucciones que les dio a su secretaria y a Albert (quien se quedaba encargado del despacho cuando él salía fuera), el lunes por la mañana en cuanto entró en el despacho.

El lunes fue un día de trabajo estresante. Entre los preparativos y algunas reuniones, Ernesto terminó muy tarde y con dolor de cabeza.

El martes tomó el AVE de Barcelona a Madrid, según lo planeado.

El congreso de hoteleros que se celebraba en el Palacio de Congresos de Madrid ese día, lo aburría mortalmente. No le gustaban los congresos, pero no tenía más remedio que asistir por la empresa.

Ellos, ponían un stand allí porque era importante estar en el mercado. Y Ernesto asistía siempre que podía, se daba una vuelta, hablaba con algún hotelero importante que ya conocía, miraba un poco cómo estaba el mercado, las novedades que eran importantes para él.

Y cuando acabó al mediodía, después de comer, tuvo que dejar todo preparado, en el despacho de la oficina que tenía en Madrid situada en el hotel, el trabajo de una semana para que la secretaria y sus delegados estuviesen al tanto de las obras y reformas que iban a llevarse a cabo en Madrid y llevaran las direcciones que él les había indicado.

Cuando se terminara la obra, Albert, tendría que bajar a Madrid a supervisarla, ya que él tenía preparado su viaje anual a Estados Unidos y estaría allí unos meses.

Reuniones y un almuerzo de trabajo con el aparejador y el arquitecto, completaron el expediente semanal en Madrid.

Le dolía un poco la cabeza, así que se fue directo a su habitación del hotel, se tomó una pieza de fruta que pidió, un paracetamol y se acostó.

Los dos días en Madrid habían pasado volando y el jueves, se pasó temprano por la oficina para dar algunas instrucciones de última hora y a las once de la mañana entraba en la estación de Atocha para viajar a Sevilla en el AVE de las doce.

Por fin podía descansar las casi tres horas de viaje en tren. Reservaba siempre en primera clase para poder dormir o si tenía que trabajar, estar más tranquilo que en clase turista.

Le daba tiempo a tomar un café antes de entrar en la terminal del AVE y esperar la salida del tren para al fin descansar.

La estación de Atocha era antigua, pero la habían modernizado. Grandiosa y con escaleras mecánicas por casi todos lados y en el centro una gran fuente de flores. Había varias cafeterías y tiendas de prensa y ropa. Se mezclaba lo antiguo con lo moderno y tenía vida propia.

Ernesto, observaba desde la entrada a la terminal, cómo la gente iba a y venía en todas direcciones, o buscando su tren o entrando y mirando las pantallas de horarios de los trenes, o saliendo de la estación, con sus equipajes.

Llevaba una maleta pequeña de ruedas y un maletín de trabajo. Y vestía

con traje gris. Le encantaba ese color que iba con sus ojos.

Lo compraba en diferentes tonalidades y los combinaba con chaquetas negras o grises también. Y los zapatos o negros relucientes o marrones diferentes como el cinturón del pantalón. Llevaba un Rolex de oro en la muñeca y un maletín de mano, con su pc y pertenencias.

Miró la cafetería más cercana a la terminal del Ave. Era autoservicio. Ernesto, se acercó a la barra y pidió un café.

Casi todas las mesas estaban ocupadas, excepto una en la esquina de unos grandes ventanales que daban a la calle.

Pidió un café en la barra de una de las cafeterías y con la maleta y el maletín en una mano y el café en la otra, se dirigió a una mesa vacía, justo en el mismo instante en que dos mujeres mayores la ocupaban a toda prisa antes que él. Eso solía pasar siempre.

Se quedó vacilante y molesto en medio de todas las mesas con su café en una mano y la maleta y el maletín en la otra, cuando vio que frente a la que iba a ocupar, había una mesa, en la que estaba sentada una mujer joven.

Las mesas eran rectangulares y grandes o cuadradas para dos, de color marrón claro con dos sillas de plástico duro y color naranja a cada lado y allí pensaba sentarse. Le pediría permiso a la joven. No le apetecía nada tomarse el café de pie.

Estaba cansado y pensaba dormir en el tren hasta el final del trayecto. Los últimos días en Madrid habían sido estresantes, así que necesitaba tranquilidad. Y sobre todo sentarse.

—Perdona, ¿puedo, sentarme? —le dijo Ernesto amablemente con una sonrisa encantadora, de esas que ninguna mujer podía negarle nada —iba a sentarme en aquella mesa, pero acaban de ocuparla.

—Sí, claro, no te preocupes, ya me di cuenta. Siéntate, yo estaré poco tiempo —le dijo la desconocida con una sonrisa igualmente amable —hay sitio de sobra.

—Gracias, no te lo pediría si hubiese sitio, pero voy cargado— Señalando su equipaje, el café y el maletín.

—No pasa nada, tómate tu café tranquilo. Hay sitio.

Hasta entonces no se percató de lo atractiva que era la mujer. Debía tener unos veinte y algunos años y un acento sevillano que le encantaba. Le gustaba el acento andaluz.

Tenía una cara con facciones pequeñas, nariz pequeña y perfecta, algunas

pecas adornaban una piel morena, seguro que había estado de vacaciones cerca del mar, pues lucía un bronceado increíble.

Una boca perfecta, una sonrisa capaz de derretir un iceberg, un cabello moreno, liso y largo y unos soñadores ojos verdes.

Sus manos eran bonitas, de uñas cortas y pintadas en un rosa clarito. Lo que le daba un aspecto se ser una mujer sencilla.

No dejaba de escribir en una agenda. Hacía pequeños descansos como si pensara algo y volvía a escribir. Y a él le gustaba observar los movimientos de algunas mujeres. En concreto esa.

Y no porque estuviese cerca, sino porque había algo en ella que lo intrigaba. Y eso que ella no había dado señales de nada para ligar con él. Algo a lo que estaba acostumbrado. Mejor.

Estaba frente a él, pero estaba inmersa en lo suyo. Si fuese una de las mujeres con las que él salía ya había entablado conversación con él y sacado su sonrisa gatuna. Pero parecía que a ella, no le hacía efecto él. O eso creía. Ella no le dio motivos para pensar otra cosa.

Tenía una camisa azul estampada con florecitas, ajustada, y unos senos redondeados y duros ¿Pero en qué estaba pensando?

Ella lo miró en ese instante y sonrió, con una sonrisa ingenua, sin intención ninguna, sin darse cuenta de dónde estaba mirando él.

Es verdad que cuando lo había mirado había sentido un no sé qué. Seguro que sus hormonas masculinas le estaban jugando una mala pasada.

Sus propósitos de descanso sexual, se fueron al garete en menos que cantaba un gallo. Ya llevaba más de tres meses sin estar con una mujer. Sería eso, sin duda, seguro. La miraba a hurtadillas.

Le pareció una mujer enigmática. Eso le encantaba, porque le hacía adivinar sus secretos. Y mientras él se recostaba en la silla observándola de vez en cuando, con las piernas estiradas y cruzadas una sobre otra, se lo estaba pasando bien mientras ella no dejaba de escribir notas en la agenda.

Otra vez, lo sorprendió mirándola y bajó la mirada, hasta creyó ver cómo se ruborizaba. No recordaba cuando había sido la última vez que una mujer se había ruborizado con su mirada.

Este asunto le iba interesando, ¡qué pena que durara tan poco tiempo! Ella, tomaría su tren y él el suyo y en unos momentos, todo habría terminado. ¡Qué mala suerte! Se sentía cómodo mirándola.

Una verdadera pena, porque tuvo la necesidad de conocer a esa mujer

desconocida, vestida de manera informal, sencilla y distinta.

Se quedaría hasta que ella se levantara, si tenía tiempo, para observar su forma de andar, de moverse, su cuerpo, su olor fresco que le llegaba desde el otro lado de la mesa, sus...

Su entrepierna estaba sufriendo algunas consecuencias, y algún que otro calor sin duda. ¿Desde cuándo no se había excitado? Quizá desde que era adolescente no le había pasado algo así, de golpe.

Al cabo de unos diez minutos, la joven, cerró su agenda, la metió en un bolso amplio, se levantó y dedicándole una sonrisa de despedida, tomó una maleta que tenía al lado, muy parecida a la suya, consiguió articular con un cierto nerviosismo un *hasta luego*.

Y dándose la vuelta, dio con el gran bolso a la taza de café a medio tomar de Ernesto, derramando su contenido como un río sobre la mesa en dirección a su entrepierna y a su traje hecho a medida y de ahí a sus zapatos de corte italiano.

Tenía las piernas cruzadas y el café se derramó en sus pantalones. No fue mucho pues ya había terminado de tomárselo. Sólo el contenido que dejó en la taza que era un poco menos de la mitad.

Ernesto, abrió las piernas de golpe, y se levantó de un salto porque se estaba manchando con el café.

Los dos se miraron asombrados, boquiabiertos. Todo había pasado como a cámara lenta.

—Perdona, ¡ay Dios mío qué torpeza la mía! —Dijo ella, toda nerviosa —espera, que llevo toallitas quitamanchas en el bolso.

Y empezó a rebuscar en el gran bolso de Mary Poppins y sacó un paquete pequeño de toallitas húmedas y empezó a sacar del paquete un puñado de ellas.

—No te preocupes, que no pasa nada, ha sido un accidente, le puede pasar a cualquiera, tranquila —soltó Ernesto con voz tranquila y leve acento catalán, aunque algo disgustado, tomando unas servilletas de la mesa para limpiarse lo que la bella dama había hecho con su traje. Y sus zapatos de tres mil euros.

Carmen, se acercó a él que se había sentado con las piernas abiertas limpiándose y ni corta ni perezosa y para asombro de él, se agachó y empezó a limpiarle las manchas de café del pantalón. Con una mano sostenía su pierna para estirarle la tela y con la otra le limpiaba.

El calor de su pequeña mano traspasó la tela del pantalón e iba haciendo

más estragos en su cuerpo que las manchas de café.

Iba subiendo la mano por sus piernas, temblando, limpiándole, sin apenas darse cuenta de lo que hacía ni dónde le tocaba. Ni siquiera se daba cuenta de que la gente los miraba y de que estaba en un sitio público. Pero ella iba a lo suyo.

Él le tomó la mano por la muñeca y la retiró, más que nada para que ella no adivinara la erección que le estaba produciendo el toqueteo en su entrepierna, en pleno lugar público.

—Gracias, así está bien, no te preocupes, déjalo ya mujer —mientras se iba indignando por excitarse y no poder controlarse.

—De verdad, disculpa de nuevo. Ha sido sin intención —dijo con apuro levantándose. Tiró las toallitas con las que lo había limpiado a una papelera cercana, y tomando la maleta de nuevo se despidió no sin antes disculparse nuevamente.

Ernesto, no sabía si maldecir o tomárselo con humor. Mejor lo último. Todos los días no conocía un hombre a una mujer atractiva y desconocida que se ruborizara, le echara el café encima y lo “acariciara”, le produjera una erección en público y todo en menos de diez minutos.

Observó cómo se alejaba hacia la terminal de trenes. Era pequeña, apenas sobrepasaba el metro sesenta, el pelo moreno, liso y largo, recogido atrás con unas simples y sencillas horquillas, y esos ojazos verdes que te miraban y sabía qué estabas pensando, y su cuerpo era ¿sexy? Sexy, excitante y sensual. Tenía unas caderas...

Deseó en esos momentos tenerla entre sus brazos, levantarla contra la pared y penetrarla allí mismo sujetando esas caderas y Dios sabe qué más.

Llevaba unos vaqueros azules, ajustados, una camisa entallada del mismo color, que le apretaba los pechos, y dejaban entrever, en el escote, el asomo de unos senos llenos y duros. Deslizó la mirada por sus piernas y vio que llevaba sandalias de tacón con plataforma. Por su parte, él iba con un traje caro y exclusivo.

No pegaban ni con cola.

Carmen, se hallaba nerviosa en la terminal del A.V.E.; aún permanecía alterado su corazón, le temblaban las manos y maldecía su torpeza por lo que le había ocurrido. Eran las once y media de la mañana y sintió un frío

recorrerle la espalda, nada comparable al frío interno que había sentido al mirar los ojos del hombre que se había sentado frente a ella, con esos ojos grises como un cielo nublado en invierno. Un invierno que podría arroparla en las noches más frías.

Había observado, unos minutos antes, como un hombre muy alto, guapo, joven y moreno, bastante atractivo se quedaba plantado en medio de las mesas de la cafetería de la estación, mientras dos personas ocupaban la mesa que él mismo tenía intención de ocupar.

Se había dirigido a la mesa en la que ella estaba sentada, le había pedido permiso para sentarse y ella había accedido. Se había sentido observada por el desconocido, hecho que la había puesto un tanto nerviosa.

Un par de veces lo había mirado, pero tenía unos ojos penetrantes y grises y era tan guapo y tan elegante, que no quiso mirarlo ni sacar conversación.

Le llegó una timidez absoluta con ese hombre sintiéndose una hormiguita a su lado.

Apenas había dado por concluidas las últimas anotaciones sobre la recepción literaria que había tenido en Alcalá de Henares, en la que había recibido un premio de poesía.

Ya era el tercer premio que recibía. Y estaba contenta, cansada de los días que había pasado de diversión y falta de sueño, pero contenta.

Le habían publicado un par de libros ya y se encontraba muy satisfecha con su vida

Iba haciendo sus pinitos como escritora y además aunque no mucho, conseguía dinero con ello. Quizá escribiera la novela histórica que tenía en mente desde hace tiempo.

Cuando le comunicaron que había sido la ganadora del certamen de poesía, se alegró doblemente pues en esa ciudad, Alcalá de Henares, había estudiado en la universidad varios años atrás y aún permanecían en ella sus dos amigas íntimas con las que compartió piso, Antonia y Ana Mari.

Con ellas, no sólo compartió piso durante la universidad, sino que las tres estuvieron en un internado desde que salieron del colegio hasta que terminaron el bachillerato.

Prácticamente durante toda su vida, primero el instituto y luego la universidad, desde los catorce a los veintitrés años.

Con ellas había vivido muchas experiencias, mágicas y no tan mágicas, muchas emociones y aventuras. Habían llorado, habían reído y habían vivido

como si fuesen hermanas. Toda una vida cargada de recuerdos.

Recordaba cómo empezó sus pinitos poéticos en el internado cuando su novio del pueblo la dejó por otra un verano cuando ella tenía dieciséis años y ella estuvo muy triste porque estuvo muy enamorada de ese chico, y machacaba a Antonia con sus versos que ahora le parecían malísimos y que guardaba en una libretita verde, ya ajada por el tiempo y Antonia, debía decirle que le gustaban, sobre todo para que la dejara en paz.

Ahora lo sabía con certeza y le producía una sonrisa ese recuerdo. Fue cuando tuvo su primer novio del pueblo a los dieciséis años.

Salieron dos meses, y apenas intercambiaron algunos besos. Luego el chico la dejó por otra y a ella le caló muy hondo y como la canción de Sabina, le duró el dolor más noches que días.

Luego, en el último año de carrera, en Alcalá de Henares, ella conoció a un joven médico sevillano, Pablo y al acabar la universidad, se fue a vivir con él a Sevilla, ya que a Pablo le dieron plaza en un hospital privado cerca de la Macarena. Allí en ese barrio alquilaron un apartamento y compartían gastos.

Ella, encontró trabajo en una academia de Triana dando clases por la tarde, cinco horas. Y en verano por las mañanas también, cuando los chicos tenían vacaciones.

Llevaba viviendo apenas dos años con él, cuando una tarde, se sintió mal y decidió irse a casa para encontrarse aún peor, después de descubrir a su médico en la cama con otra. Una enfermera de su hospital.

Y ahí terminó esa historia de dos años de amor. Para ser su segunda experiencia con los hombres, había tenido un buen final, como el primero o peor. Ese iba a ser su sino, que los hombres la dejaran por otra.

Al principio, lo pasó muy mal sola en Sevilla, aunque sentía que le pertenecía, porque le encantaba Sevilla.

Ella era sevillana, pero de un pueblo no muy lejos de la capital. Allí aún vivían sus padres y su familia, en el pueblo, Lora Del Rio.

En ningún sitio se había encontrado mejor viviendo, ni tan sola. Al final se acostumbró y estaba encantada ¡Qué cruel contradicción!

Lo superó todo mejor de lo que pensaba, y con el tiempo se sintió bien, cómoda y los recuerdos le llegaban como una maraña lejana que no le pertenecieran.

Aunque Pablo fue el primer hombre con el que se acostó y con el que vivió, no había llegado a tener esa conexión ni sexual ni de compañerismo o

complicidad que ella sabía que debía existir con un hombre.

Ni siquiera esa química o adoración o ilusión que había tenido por su primer novio.

Pablo había sido cariñoso, medía uno setenta y siete, ojos marrones y el pelo ligeramente largo y castaño. Y aunque era atractivo, sabía que tenía más éxito con las mujeres por su charla que por su físico. Aunque era atractivo y vestía a la moda. Además era... convincente. Ella, cayó en sus redes con su palabrería.

Pero para Carmen, había sido, más un amigo que un amante. Creído y dominante, pero no tenía la pasión que ella necesitaba.

Creía que todo lo hacía bien y ni él se planteaba que no hacía bien las cosas o que ella no estaba satisfecha sexualmente o emocionalmente y ni tampoco se lo preguntaba. Y ella, pensaba que el amor era eso. Se acostumbró a él.

Nunca había conseguido un orgasmo con él en la penetración mientras hacían el amor. Cuando él la tocaba, sí, pero nunca cuando se acostaban juntos.

La envolvió en sus redes con su palabrería y Carmen, nunca se planteó que pudiera existir otra cosa, ya que no conocía nada más que lo que compartía con Pablo y así le pasaban los días.

Cuando él quería tener relaciones sexuales, las tenían, y cuando él tenía que estudiar algún tema o estaba cansado o quería salir con sus amigos, tenía su vida y a ella la apartaba un poco.

Cuando buscaron piso, fue cerca de su trabajo. Era más caprichoso y a pesar de saber que ella ganaba menos en esas fechas, tenía lujos y caprichos y hacía que ella compartiera la mitad de los gastos. Era en cierto sentido un egoísta. Y un caradura.

Ella se quedaba en el apartamento preparando sus clases o escribiendo sus libros de poemas o novelas cuando él salía con sus amigos. Carmen nunca se preguntó nada, era relativamente feliz así, o creyó que el amor era eso.

Se acostumbró a su vida y a sus relaciones sexuales con él. Había fingido todo el tiempo. Nunca le había dicho a él nada.

No sabía por qué, pero nunca lo hizo. Así que ahora, si lo pensaba bien, tampoco se había perdido mucho, sexualmente hablando.

Debía existir un hombre con el que sintiera y tuviera un orgasmo cuando hacían el amor. Y no estaba dispuesta a pedir menos. Ahora no. No, después

de lo de Pablo.

Se había convertido en una mujer exigente en ese sentido y sabía que cuando llegase la hora tenía que ser un hombre que la hiciera morir de deseo. Como en las novelas románticas que a veces leía y que le inspiraban para sus poemas.

Quería el pack completo. Pero no encontraba a nadie. Tampoco es que lo buscara desesperadamente. Y en el círculo en el que se movía, le iba a resultar difícil encontrarlo. Pensaba por otro lado, que las cosas surgían sin más, aunque como no surgieran pronto, se iba a quedar para vestir santos. Y se reía con esos pensamientos.

Ya llevaba dos años esperando y nada. No había visto un hombre que la llenara ni lo había conocido.

Y ahí, estaba, como por arte de magia, en plena estación. Donde había infinidad de personas que pasan de un lado para otro buscando su tren.

Y ese tren, quizá pasara para ella.

Pero no, habían sido solo unos diez minutos y había sido torpe como nadie con el hombre más guapo, alto y sexy que había conocido en su vida.

La vida no era justa.

Ella había soñado toda la vida con un hombre como ese, y ese tipo de hombres sólo salían en las novelas que ella leía o en las revistas del corazón.

Le encantaba su voz. Siempre le habían gustado los hombres que marcaban todas las letras, cuando ella se comía la mitad al pronunciarlas.

Y le gustaban los hombres muy altos, cuando ella era muy bajita, y le gustaban los hombres, muy guapos, cuando ella era, muy, muy normal.

Y ya ni hablar de los ojos del hombre en cuestión, esos ojos grises que cuando te miraba, caías rendida a sus pies.

¡Qué desastre! Afortunadamente no lo volvería a ver y se tragaría su desafortunado encuentro y lo trataría como una anécdota más en su vida. Pero era para llorar.

Tenía que haberse lanzado y haber hablado con él cuando ella se dio cuenta de que la miraba y estaba pendiente de lo que hacía.

Así es como se ligaba, no haciéndose la indiferente, porque de esa manera, si tenía otra vez una oportunidad como esa, le pasaría lo mismo que ahora.

Si hubiese entablado conversación con él, al menos ahora sabría su nombre, dónde iba y algo de su vida. Podría intercambiar los teléfonos o algo, ¡algo!, no haberse mantenido callada. ¡Qué tonta!

¿Dónde iría ese hombre? ¿Y si iba en su mismo tren? Era difícil porque tenía acento catalán y lo más fácil es que fuese a coger el tren a Barcelona. Una pena. Tonta, tonta, tonta y mil veces tonta por no entablar conversación con ese hombre de revista.

Si ella había pensado desde que lo dejó con Pablo, que no se acostaría con un hombre hasta no llevar un tiempo relativo saliendo con él para conocerlo, ahora viendo a ese hombre, ni se lo plantearía. Diría sí, sin pestañear.

El tren ese, había pasado para ella, de nuevo sin detenerse y sin que ella hiciera nada para detenerlo.

Pero ese tipo de hombres, no se fijaba en una mujer como ella, de eso estaba segura. Llevaba un traje que costaba más de lo que ella ganaba en medio año.

Se notaba que era un hombre acostumbrado a llevarlo. Había hombres que llevaban trajes pero ese sí, debía formar parte de él. Se notaba que estaba acostumbrado a llevarlo. Debía tener un trabajo de ejecutivo.

A ese pedazo de hombre, las mujeres lo buscarían como las mosca a la miel. Existían pocos y le resultaba difícil encontrarse uno en plena estación del tren.

Pero estaba seguro que a esa clase de hombres, les gustaban las mujeres que lo adorasen, más de lo que le había gustado a Pablo, infinitamente más.

Lo llamarían por teléfono y él las llamaría por teléfono cuando quería sexo. Las llevaría a cenar y se acostaría con ellas, unas pocas noches, sin compromisos.

Claro que a ella no le importaba lo más mínimo ser una de ellas por un día. Le daba cierta envidia. Por un día quiso ser una de esas mujeres y disfrutar de un cuerpo espectacular como el que tenía ese pedazo de tío, abrazarlo y enredar sus piernas en su cuerpo mientras la penetraba.

Qué tonterías estaba pensando. Le gustarían las mujeres altas, morenas o rubias, de grandes pechos operados y labios también operados, con taconazos y sonrisas blancas, uñas pintadas y largas y con ropa interior que costaba un pastón.

Bueno, lo de la ropa interior, tendría que planteárselo. Ella llevaba ropa interior sexy, pero no de las que costaban un pastón. Seguro que ese hombre sabría distinguir unas de otras.

Bueno, de cualquier forma, seguro que estaba ya ocupado, casado o con una novia rica. Aunque no se había dado cuenta de si llevaba anillo en la

mano.

El que había observado había sido él y no sabía qué le había llamado la atención de ella. Seguro sus pechos, como a todos. Llevaba la blusa con algunos botones desabrochados y se apreciaba el asomo de sus senos. Nada más.

CAPÍTULO TRES

Por supuesto que no había querido volver con Pablo, a pesar de que éste le pidió perdón infinitas veces. Ni perdonarlo, y conforme pasaban los días y los meses, se alegraba de no haberlo hecho.

Había conseguido cierta independencia y se sentía más feliz que cuando estaba con él. Era como si se hubiese quitado un peso de encima. Y además no tendría que pagarle sus caprichos.

Ella se mantenía sola y no tenía caprichos ni tonterías y además salía y vivía mejor que cuando estuvo con él. Y tenía más dinero. No mucho, pero al menos no se lo gastaba en tonterías para él, mientras ella se quedaba en casa.

Alquiló un ático pequeño, pero precioso cerca del río, en la Calle Betis, de un dormitorio, cerca de su academia. Un salón con una pequeña cocina, un baño con ducha, un dormitorio y una gran terraza. No necesitaba más.

La terraza era su mundo, la llenó de macetas, unos muebles de terraza y allí se sentía en la gloria, con las vistas y el olor de los geranios y las aguas del río que pasaba.

No muy lejos, el puente de Triana, cincelado bondadosamente por el paso del tiempo. Las vistas, eran maravillosas y ella era muy feliz allí.

Muchas noches cuando volvía del trabajo se sentaba en su terraza en el silencio de la noche a inspirarse. Sobre todo en verano, se quedaba escribiendo hasta altas horas de la madrugada.

No necesitaba más. Trabajaba en sus libros en casa por las mañanas y por las tardes daba clases en la academia, y el resto del tiempo, los fines de semana, escribía, leía y salía a desayunar, a dar una vuelta, tomar un café, o ver alguna galería de arte, cine, etc.

Su pequeño ático, se lo había alquilado a una señora mayor que vivía debajo. Era encantadora y la cuidaba, más bien se cuidaban entre sí, sin molestarse.

La señora, había bailado en tablaos flamencos cuando era joven y aún conservaba esa belleza serena que dan los años.

Se casó ya muy tarde, con casi cuarenta años y ella y su marido, compraron una casa de dos plantas pequeña en la calle Betis.

Cuando se quedó viuda ya no podía subir escaleras, así que hizo de la casa dos pequeños apartamentos independientes con entradas independientes

también y alquiló la parte de arriba. Y ahora se la tenía alquilada a Carmen.

Y la señora, como era mayor, se quedó con la parte de abajo, que era más grande, pero en cambio, no tenía la terraza, pero tenía un patio pequeño.

Ella era muy feliz en su pequeña casa. Y pagaba relativamente poco para el sitio donde vivía. Entraba en su presupuesto y estaba encantada.

Salía a veces con alguna compañera de la academia, sola o con algún hombre también, pero ella plantaba barreras en su corazón por miedo a salir herida. Esa era su vida en esos momentos. Y estaba contenta con ella.

Aunque a veces echaba de menos tener un hombre para ella, pero no uno como Pablo, sino uno de verdad que la hiciera vibrar y que compartiera su vida. Con el que charlar de todo y bromear y con el que derretirse sexualmente.

Desechó estos pensamientos; había asistido a la entrega de un premio de poesía en Alcalá bastante emocionada, pues a pesar de haber conseguido otro con anterioridad, había sido a nivel local y éste, era a nivel nacional y además en esa ciudad que tanto amaba. Era doblemente emocionante y doblemente feliz.

Aparte, Alcalá de Henares, era la cuna de Cervantes, una ciudad de letras y preciosa, con esa pincelada de ciudad del Siglo de Oro.

Había vivido allí sus mejores años universitarios. Por esa razón decidió irse un fin de semana antes, tomarse unos días libres y pasar con sus amigas ese tiempo.

El cambio, le había sentado de maravilla. Todo salió a la perfección o mejor de lo que en un principio se esperaba.

No había dormido casi nada en esa semana, todo habían sido, desayunos, comidas y cenas fuera; luego trasnochar y un poco de diversión.

Antonia, había pedido unos días libres para estar con ella la mayor parte del tiempo, Ana Mari, no había podido, pero las tardes y las noches, se había unido a ellas. Visitaron Madrid, el Retiro, el Museo del Prado, el Thyssen.

Acudieron una noche al teatro a ver "*La Bella y la Bestia*", el domingo hicieron una excursión en tren al Monasterio de Piedra, cerca de Zaragoza, en el que coincidieron con unos jóvenes estupendos y pasaron un día magnífico, así como dos noches posteriores.

El miércoles por la noche recogió su premio, seguido de una pequeña lectura poética y una recepción posterior con cava y canapés.

El premio, consistía en una cantidad de dinero en metálico de quince mil

euros libres de impuestos, una placa y un talón para pasar dos noches en un hotel de cinco estrellas con todos los lujos y gastos pagados, de que disponía el hotel, masaje incluido.

Ella ya sabía qué hotel iba a elegir, eso lo tenía muy claro. No necesitaba visitar otra ciudad, ni podía pedir más días, si no, se quedaría sin vacaciones.

Desde su terraza miraba a diario al otro lado del río de la Calle Betis, en Triana, donde vivía, un hotel precioso, el hotel Helios y allí iría a pasar su fin de semana. No tenía ganas de viajar a otra ciudad. Ese hotel era maravilloso y sólo tendría que cruzar el puente.

Se daría su masaje y se acostaría en esa cama que debía ser maravillosa y desayunaría y no saldría de esa habitación en todo el fin de semana.

Mientras pensaba en todo ello, recorría el andén de la estación y atravesaba la zona de facturación.

Su vagón era el segundo, iba en primera, se permitió ese lujo a la vuelta. Ahora, podía permitírselo como regalo de su próximo veintiocho cumpleaños. Allí cerraría los ojos y echaría una siestecita que tanta falta le hacía.

Entró de los primeros viajeros en el compartimento asignado, de momento vacío. A esas horas no iba el tren lleno, no era una hora punta.

Dejó el bolso de mano y una revista que se compró en la librería de la estación en el asiento y como siempre, se encontró con el obstáculo de tener que subir su maleta al altillo para equipajes.

Algunas veces, la estatura importaba. Miró hacia los dos lados, aún no había entrado nadie —*¡Ahora Carmen!*—se dijo así misma, y ni corta ni perezosa puso un pie en el asiento y tomó impulso para elevarse y poner la maleta arriba al mismo tiempo que colocaba el otro pie en el asiento.

Ernesto, no podía creerlo. Estaba en el vagón de primera que le correspondía, según leía en su billete, cuando vio un cuerpo ya familiar subido a un asiento haciendo equilibrios con una maleta, balanceándose en el aire y unos brazos pequeños maniobrando con una maleta.

Esa mujer era terrible. No pudo por menos que sonreír y menear la cabeza de un lado a otro. Al final iba a conocerla mejor. Había tenido suerte, se dijo sonriendo.

Se dirigió hacia ella para ayudarla y se colocó de espaldas con una excelente visualización de su trasero.

Iba a abrir la boca para decir algo justo en el instante, en que un golpe de

trasero, lo desplazó hacia atrás desequilibrándolo, yendo a caer justo en el asiento lateral. Despatarrado, un golpe en la espalda fue lo primero que sintió, seguido de otro en sus bellas partes. El trasero de la desconocida que, con tan buenos ojos había mirado, aterrizó en su... delantero centro.

La gravedad te hace agarrarte a cualquier cosa en ese momento y él, para rematar, se agarró a algo blando que no supo adivinar hasta que abrió los ojos y se dio cuenta de que eran dos cosas blandas que se erizaban en el centro: sus pechos.

Los soltó lo más rápido que pudo e intentó levantarse de igual manera para no revelar la excitación espontánea que tenía.

Supo que ella se dio cuenta en ese momento, pero también estaba azorada, pidiendo disculpas y levantándose como un rayo de su cuerpo. Ernesto hubiese querido que durara una eternidad a pesar del golpe en la espalda y la posición incómoda en que se hallaba.

La maleta había rodado por el suelo y entre disculpas de uno y otro, Ernesto la alcanzó. La colocó arriba, y a continuación hizo lo mismo con la suya.

Ella le dio las gracias y ocupó su asiento, él iba a hacer lo mismo cuando se dio cuenta de que ocuparía el que estaba junto al de ella. Eso no iba a terminar nunca, ¡Dios mío!, se dijo. Más de dos horas y media al lado de esa insufrible mujer, del olor fresco de su colonia, de esos senos que había tocado.

—Parece que nos toca viajar juntos —dijo sin más remedio aguantándose—. El destino nos ha unido. Pero tengo miedo —dijo Ernesto con sorna.

—Eso parece. Dios mío, ya no sé ni cómo pedirte disculpas, esto parece una película —dijo ella con una sonrisa divertida.

En ese momento empezaron los dos a reír con ganas durante un buen rato.

—Ernesto. Encantado de conocerte, si no se te ocurre matarme con algo que tengas por ahí escondido —señalando su cuerpo.

—Carmen. Lo mismo digo y si te mato, procuraré hacerlo de otra manera —¿Había dicho esas palabras? No podía creérselo, estaba coqueteando.

Le encantaban las bromas, las ironías y los juegos de palabras, pero no sabía cómo se lo podía haber tomado él. Lo había dicho con humor.

Él por un momento, abrió los ojos asombrado y tomó nota de la ironía, aun así le dijo.

—Si es a besos, ¡mátame entero!, no hay problema. Lo prefiero al café y un golpe de tu trasero donde más me duele.

Carmen, se puso tan colorada como un tomate maduro.

—Perdona, ha sido una broma— dijo Carmen aun riéndose.

—Me encanta esa broma. No mujer, lo entendí, no te preocupes.

Tras un momento de acomodarse en que la azafata repartió unos cascos para la televisión y radio, volvió a preguntarle.

—¿Vas a Sevilla, Carmen? —Preguntó interesado.

—Sí, vivo allí. Solo vine a pasar una semana a Madrid. Bueno, en realidad a Alcalá de Henares. ¿Y tú, vives en Sevilla?, aunque con ese acento catalán...

—¿Se nota, no? Pues no, vivo en Barcelona, pero pasaré unos días en Sevilla, trabajo y placer. Trabajo en hostelería —así evitó dar más explicaciones acerca de su trabajo.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?, ya sé que no es muy original la pregunta pero...

—Doy clases en una academia y escribo en mis ratos libres que son muchos, la verdad.

—¿Casada? Perdona, creo que he sido algo indiscreto, no contestes si no quieres.

—No te preocupes, no me importa, soltera y ¿tú?

—Soltero también — y no supo por qué se alegró tanto con esa contestación de ella.

—¡Vaya peligro tienes! Yo, pensaba pasar un fin de semana tranquilo en Sevilla, pero ha empezado, digamos... algo revuelto.

—Sí, la verdad, no he pasado tanta vergüenza en mi vida, ni me he sentido tan torpe. Tenía que haberme comprado un bolso más pequeño.

—Sí, con ese pareces un mantero de las ramblas de Barcelona.

—Anda, qué exagerado, luego dicen que los exagerados somos nosotros. Pues mira, me lo compré porque podía meter muchas cosas y no llevar dos maletas. A veces hay que ser práctica.

—Y aparte de práctica, ¿qué más eres? Bueno, no me lo digas, peligrosa, pequeña...

—Te crees muy gracioso porque llevas traje. Pero lo llevas manchado de café.

—¿De quién será la culpa?...

—¿De las que ocuparon tu mesa?

—Seguro que sí. Pero me temo que fue de Mary Poppins.

—Eres muy gracioso. Y yo pensaba que eras todo un señor serio y elegante...

—Bueno soy joven. ¿O me ves mayor?

—Te veo muy bien.

—Gracias —rió—. Tú también eres graciosa. Y dime, ¿qué hacías en Alcalá de Henares?

—Recibir un premio de poesía.

—¡Anda, enhorabuena! Eres una poeta romántica.

—Algo así, gracias. Estoy muy contenta, la verdad.

—No me extraña.

—¿Y tú vas a ver Sevilla, de vacaciones unos días?

—Digamos que algo así, un poco de trabajo también.

Carmen, iba sentada al lado de la ventanilla y por un momento cruzó las piernas, rozando una de las de Ernesto que sintió su calor en la pierna.

Estaba muerta de sueño y parecía que la comunicación entre ellos había terminado por el momento.

El tren había salido ya de la estación hacía un rato, en el que permanecieron en silencio y comenzaba a verse el paisaje agreste que separaba las comunidades de Madrid y Castilla la Mancha.

Se colocó sus gafas de sol, estiró las piernas y apoyó su brazo en la ventanilla respirando el sol que entraba a través de ella.

Él, observaba de reojo todos estos movimientos, mientras se colocaba los auriculares para ver la película que proyectaban, ella hizo lo mismo a continuación y cerró los ojos lo que le pareció un instante.

Ese instante duró una hora. Mientras ella dormitaba, Ernesto hacía otro tanto y su cabeza se balanceaba a derecha e izquierda hasta pararse en el hombro de ella.

Carmen, ronroneó unas palabras ininteligibles, se puso de lado y escondió con sumo gusto la cara en el hueco de su cuello, las gafas se le cayeron sin darse cuenta y su mano derecha entró en la chaqueta de él hasta abrazarlo por la espalda.

Por un momento Ernesto sintió un calor agradable y un olor fresco y sensual; como en un sueño nebuloso, unas manos cálidas y pequeñas acariciaban su cintura y su espalda, unos labios se posaban en el hueco de su

cuello.

Carmen, giró la cabeza hacia arriba en un delicado sueño y rozó con sus labios una piel suave y tersa. En ese momento Ernesto abrió los ojos sin moverse apenas. La sensación de estar desorientado lo paralizó por un instante dándose cuenta al momento de la posición en la que se hallaba.

Esa mujer lo estaba abrazando descaradamente y dormía como un lirón. Lo peor era que él tenía su cabeza apoyada en el hombro de ella.

Intentó solucionar esa posición y en el movimiento en el que ponía recta su cabeza, ella se movió levantando la cara y pegándola a la suya; esto no hizo sino empeorar la situación, pues con solo que bajara unos centímetros su boca palparía esos labios que tanto deseaba.

Estos pensamientos le provocaron una erección rápida y un sentimiento de malestar a la vez por la pérdida de control que experimentaba con esa diminuta mujer desde que la había conocido unas horas antes y que en nada se parecía a las mujeres altas y rubias, modelos con las que salía.

Dio gracias a que iba sentado y la mayoría de las personas se ocupaban cada una de sus asientos, unos dormitaban como ellos, otros veían la película y además nadie sabía si ellos eran pareja o qué. Bien podían pasar por un matrimonio.

Debía tener cuidado con esa mujer o cambiaría todos sus esquemas haciéndolos pedazos. Se sintió en paz y feliz como no se había sentido en mucho tiempo.

No quería moverse y perder la magia del momento. Movié ligeramente la boca y sus labios casi rozaron las comisuras de sus labios jugosos. Deseó morderlos, poseerlos, acariciarlos.

Ella exhaló una especie de suspiro de satisfacción sumado a una sonrisa. Sus bocas estaban tan cerca que temía moverse.

¿Qué pensaría ella si despertase en ese momento y en tal situación? Supongo que se sentiría incómoda aunque Ernesto estaba en el paraíso y se estaba divirtiendo como hacía meses que no lo hacía. ¿No quería magia? Pues ahí la tenía. ¿No quería algo distinto? Pues ahí lo tenía.

Si durante un tiempo había querido una aventura con alguien interesante, ya la tenía y pegada a su boca casi. Estaba pletórico, incluso con el pantalón manchado de café. Había merecido la pena.

Por un momento ella alzó la mano y en un ronroneo la puso en su cara a modo de abrazo y abrió lánguidamente los ojos, encontrándose con unos ojos

grises, como un cielo nublado. Dio un salto en el asiento separándose totalmente de él.

—Tranquila mujer, nunca he encontrado tan sensual que se aprovechen de mí de esa manera. Ha sido un auténtico placer. Es más, pensé que me estabas robando la cartera.

Carmen se sintió enrojecer hasta la raíz del cabello.

Lo miró por un instante, bajó la cara y se la tapó con las manos absorbiendo su propia vergüenza. Él, le puso la mano en la espalda tranquilizándola.

—No me mires ¡anda!, que voy a tirarme todo el día pidiéndote disculpas. Él, soltó una carcajada.

—Te advierto que si es de ésta manera, puedes hacerlo todas las veces que quieras, me dejas. Estoy a tu disposición —dijo suave en su oído casi rozando sus labios en la oreja—, lo que le produjo a ella un calor en la pelvis y un deseo húmedo como nunca había sentido.

¿Qué tendría ese hombre tan alto? Aparte de guapo, inteligente e irónico. Tan irresistiblemente sexy.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Me confieso también culpable, que conste que tu hombro ha soportado mi dura cabeza— dijo con ironía.

—¡Mira con el catalán!

—¡Mira con la sevillana!

Ambos rieron con ganas unos instantes rompiendo la difícil situación.

Había que tener en cuenta que la situación era de película, inusual. Y se quedaron en silencio.

Tras unos breves momentos en silencio, Carmen miró la hora.

—Aún queda una hora de viaje, ¿te apetece un aperitivo o un café o un bocadillo?, porque con la hora que es...—preguntó Ernesto solícito.

—No me vendría mal una cervecita y comer algo, si no te importa, vamos.

Ambos se levantaron. Carmen insistió en ser ella quien invitara. Le dijo que era lo menos que podía hacer después de todo el lío en que lo había metido, según ella. Había sido un día horrible con él y estaba muerta de vergüenza.

—Nunca permito que pague una señorita. Si es guapa, menos todavía.

—Gracias —soltó ella— con humor volviendo la cara hacia él mientras caminaban por el pasillo hacia el vagón cafetería.

—Pero sí que aceptaré una invitación para el fin de semana en Sevilla. Me lo debes. Te costará menos que el tinte del traje. Si no tienes compromiso y te apetece, claro. No conozco mucho la ciudad. Las veces que he venido, ha sido casi de paso. Trabajo, trabajo y más trabajo, ya sabes. Lo que pasa es que hoy ha sido un día, digamos... ¿Especialmente divertido? ¿Con un toque sexual?

—Eso me saldría muy caro, más que el tinte de tus pantalones.

—Pasear por una ciudad tiene su encanto, pero he de reconocer que acompañado de una mujer como tú, la ciudad me parecería más segura; eso sí, me llevaré un maletín de primeros auxilios. Y un escudo de hierro forjado, por lo que puedas hacerme.

—Venga, vamos anda, me va gustando tu sentido del humor a pesar de ser catalán y todo.

—Oye, que los catalanes también tenemos nuestro sentido del humor, aparte de otras cuestiones.

—Ya, ya me lo imagino —y vaya si lo había imaginado, un par de veces había notado su erección larga y dura por su culpa más que nada. Y eso le daba a ella cierta satisfacción.

Al llegar al vagón de la cafetería, pidieron un bocadillo y una cerveza cada uno, ella una cerveza sin alcohol y se colocaron en una barra pequeña, de pie junto a una ventanilla.

El vagón cafetería, se movía algo más que el resto de vagones y en uno de los movimientos, ella, se fue hacia él sin querer dando con sus pezones duros como piedras en el torso de Ernesto.

Los dos lo notaron, obviándolo y se retiró instantáneamente soltando una sonrisa nerviosa e intentando obviar lo sucedido. Total con tantas cosas que les habían pasado en menos de una hora y media, una más...

—Cuando te digo que esto tiene connotaciones sexuales... —Se atrevió Ernesto.

—Por favor, qué vergüenza ¿Y qué piensas hacer en Sevilla? —Preguntó con apuro—¿qué parte de la ciudad quieres ver?

—Pues mira, para serte sincero, pensé en venir a trabajar hoy y mañana hasta las cinco, descansar el sábado y el domingo, y el mismo domingo por la noche pensaba tomar un avión a Barcelona. En principio pensé irme el viernes, pero después me dije que quedarme hasta el domingo noche y tomarme un par de días de asueto y relajo, me vendrían bien, en los cuales,

me gustaría pasear y cenar, engordar un par de kilos, y contemplar el río.
Solo paz y tranquilidad.

—¿Paz y tranquilidad y quieres invitarme?—soltó con una mirada pícaro
—No te lo recomendaría.

Él le devolvió la mirada de la misma forma. Le gustaba el humor irónico e ingenioso de esa mujer menuda y nerviosa. El lenguaje retador siempre le había encantado.

—Me arriesgaré. Me gustan los retos. Tengo ganas de ver qué más puedes hacerme. Dime, ¿qué piensas hacer este fin de semana?

—En cuanto llegue a casa, llamaré a un hotel y reservaré mañana y el sábado. Pienso disfrutar cada momento de esos días hasta el domingo a las doce.

—Como la Cenicienta— soltó Ernesto.

—Como la Cenicienta. Tendré que irme el domingo antes de las doce, pero de la mañana. Estaré dos días en el mejor hotel de toda Sevilla. Cinco estrellas para mí solita. En el certamen literario que he ganado en Alcalá de Henares, parte del premio era económico y otra parte consistía en dos noches de hotel, un hotel de cinco estrellas a elegir de España, pero a mí, solo me gusta uno. Está en Sevilla. Y no quiero pedir más días porque me quedaré sin vacaciones. Llevo un año viéndolo desde mi ventana al otro lado del río y me he dicho mil veces que cuando tuviera la ocasión pasaría aunque fuese solo una noche allí. Es el *Hotel Helios*, ¿lo conoces? ¡Ha de ser un sueño!

—Es un sueño, desde luego, por eso voy a alojarme allí hasta el domingo
—dijo Ernesto con fingida inocencia— Me lo he permitido por una vez, no en vano me dedico a la hostelería y sé que es el mejor con diferencia.

—¿Te alojarás allí?, ¿en serio? —Preguntó Carmen ingenua.

—Y tan en serio. Así que si te parece a partir de mañana por la noche, cenamos...

—Espera, espera. No sé si me darán plaza, puede que esté ocupado y que no...

—No te preocupes, hablo con el dueño, es amigo mío. Así que ya tienes la reserva hecha.

—No puedo creerlo. Gracias, gracias —dijo ella dándole un beso en la mejilla de manera espontánea será un sueño maravilloso— si lo consigues yo pago la cena.

—Eso ya se verá. Si te parece intercambiamos los teléfonos y me das tu

apellido, soluciono todo en cuanto llegue y te llamo.

—Me parece estupendo —contentísima.

Intercambiaron los teléfonos móviles y ella le dio una ficha con su nombre y apellido, además del teléfono. Ella grabó el de él en la agenda del móvil. Y él metió en el suyo, su teléfono.

—¿Has puesto Peligrosa? —Dijo divertida.

—Sí. Te tengo fichada como peligrosa a partir de ahora.

—¡No me lo puedo creer!

Salieron de la cafetería y caminaron hacia sus asientos, pues casi terminaba el viaje. Ernesto se encontraba pletórico, aún no podía creerse su suerte.

Le encantó la idea de pasar un fin de semana con ella. Al menos, la diversión la tenía asegurada.

No sabía si llevaba ropa suficiente para enfrentarse a ella. Menos mal que llevaría en cuanto llegara el traje a que se lo limpiaran esa misma noche.

El viaje terminó sin más incidentes y al salir de la estación de despedieron.

Carmen tomó un taxi mientras pensaba de camino a casa que le daría hasta las seis de la tarde para recibir su llamada.

Si para esa hora no la había llamado, ella llamaría al hotel. Quería acabar su semana de vacaciones con algo más que un masaje y sauna en ese paraíso llamado “Helios”.

Al subir a casa, pidió una pizza por teléfono pues no tenía nada en el frigorífico salvo alguna bebida, latas, leche y zumos; todo lo fresco lo retiró antes de ir a Madrid.

Mientras le llevaban la pizza, metió la ropa en la lavadora para tenerla al día siguiente lista, y quitó un poco el polvo del apartamento que terminó de limpiar tras haber comido.

Una vez todo en orden y limpio, se echó en el sofá con intención de echar una siestecita. Encendió el televisor y estaba quedándose dormida cuando sonó el móvil.

—¿Diga?

—¿Carmen?, soy Ernesto. Todo solucionado. Tienes una habitación con vistas al río, como querías. A partir de las doce, es tuya. Ahora tengo que dejarte. Un beso, te llamaré mañana por la tarde. Prepárate para las ocho,

daremos un paseo antes de la cena —y colgó.

—Pero...

¡Qué hombre más insufrible!—pensó— si no me ha dado tiempo de darle ni las gracias. Aun así llamó al hotel para confirmar la reserva. No había duda. Saltó sobre el sofá cuando le dijeron que sí.

—Sí, Sí, Sí ¡es mía!

Y con él —pensó —intentaría pasarlo bien. Si la besaba o quería hacer el amor con ella no se negaría.

Lo necesitaba, llevaba dos años a palo seco, se olvidaría de todo y disfrutaría de ese pedazo de hombre. Y dejaría lo de acostarse después de conocerse un tiempo para otro hombre. Con ese había sí, sí, cuando y donde quieras guapo.

Se encontraba excitada, aún recordaba la erección de él en su trasero en el tren y eso le subió la autoestima. Se encontraba en un momento sensual y sexual, ¿por qué no? —Se dijo— bueno, ya se vería, no quería precipitarse. A lo mejor era un caballero. De todas formas, lo pasaría bien y ya está.

Tomaría las cosas como vinieran, por una vez no pondría barreras a nada. Además él vivía lejos, se iría y...

Se tumbó en el sofá y cerró los ojos. Cuando los abrió eran las nueve de la noche. No podía creerlo.

No sabía si había sido un sueño o lo que le había pasado era real. Más interesante que el premio era el hombre que conoció. Ernesto. Era tan guapo... tenía unos ojos matadores.

Si salía el fin de semana con él y hacían el amor, no iba a rechazarlo. Llevaba ya un par de años sin tener sexo y estaba dispuesta a probar con otro hombre.

Pablo no se la había merecido. Además tampoco es que con él había conseguido ver las estrellas.

Pero ese hombre, era tremendamente sexual y pasional y ella quería un hombre así en su vida, aunque fuera por un simple fin de semana. No iba a rechazar una propuesta ni que la mataran.

De todas formas, este hombre no era andaluz. Vivía a kilómetros de distancia y probablemente ya no se vieran más.

El resto de las mujeres a su edad, habían tenido bastantes relaciones sexuales, o más novios, hombres por unos meses o relaciones más largas, o relaciones de una simple noche en la que había salido a tomar algo. Sin

embargo, ella era un bicho raro. No había conseguido ser feliz en ese sentido.

Desde que su novio de los dieciséis, la dejó por otra del pueblo, porque ella trabajaba en el campo en las vacaciones de verano y salía muy tarde de paseo, la dejó marcada. Si lo pensaba bien. Hasta casi los veintidós, estuvo enamorada de él.

Ya no, ahora cuando lo veía en el pueblo, las veces que iba a ver a sus padres y lo encontraba, no sentía nada por él.

Además se había casado y ya no era el mismo chico guapo que ella conoció de adolescente.

Pablo, quizá fuera un hombre de paso. El caso es que fuera lo que fuese, había tenido muy mala suerte en el terreno amoroso y a ella, no le gustaban las relaciones de un día, o de una noche. No estaba por esa labor. O eso pensaba.

Hasta que había visto a Ernesto. Por ese hombre, no sólo tendría una relación corta, sino de una noche o de un rato en un ascensor.

No era de esas mujeres, aunque respetaba todas las decisiones. Estaba un poco chapada a la antigua.

Siempre le habían dado miedo y nunca metería en su casa a un hombre. Con tantas cosas que se oían...

Pero lo cierto es que el tiempo había pasado y ya tenía casi veintiocho años, y su vida seguía igual de aburrida en ese sentido, porque los chicos, sólo querían un rato sin complicaciones. Una relación sin compromisos.

Estar con más de una chica a la vez y ella no pasaba por eso. Y quizá por esa razón estaba sola.

La fidelidad no estaba valorada en esos tiempos, y ella quería un hombre fiel. De los que no existían, vamos.

Pero hoy, las cosas habían cambiado y tendría una aventura, llegado el caso. Una aventura con un hombre de revista como ese no se le iba a presentar nunca a ella, jamás.

Y por una vez, ese hombre le había cambiado su forma de pensar y había hecho cambios en su forma de ver la vida y el sexo.

Cambiaría sus principios por ese tipazo si era necesario. Y le era muy necesario estar bajo su cuerpo, o encima de su cuerpo o frente a su cuerpo.

Estaba segura de que ese hombre era una bomba de relojería respecto al

sexo. Si se había excitado con ella, solo con sentarse encima...

Había notado su erección dura y larga y se asustó. Pero se sintió excitada también.

Sabía que si ese hombre la tocaba iba a derretirse como chocolate al sol en sus manos. Hacer el amor con él... no quería ni pensarlo, tocar su sexo, que él la tocara y le hiciera el amor, debía ser sublime.

Olía muy bien, y sabía que era sexual y ardiente, por cómo la miró y cuando se acercó a su oído a soplarle aquellas palabras.

Debía tener la suficiente experiencia como para hacer que se muriese de placer. Y ella sabía que ese tipo tenía experiencia y quería probar un hombre con experiencia.

Si llegara el caso y fuese así, pondría el listón muy alto para el resto de hombres que conociera después y lo iba a tener muy difícil, pero no iba a negarse a vivir algo hermoso con ese hermoso hombre que la vida le ponía por delante.

Se dejaría de mojigaterías y tonterías y sería una mujer sintiendo y teniendo relaciones maravillosas con él.

A lo mejor se estaba adelantando y no eran tan maravillosas y era un hombre normal bajo ese traje caro.

Lo estaría poniendo en un pedestal del sexo y del placer y a lo mejor se llevaba un chasco, como se había llevado ya un par de ellos en su vida.

Aún se iba a arriesgar, pasara lo que pasara. Quería estar desnuda y ver desnudo a ese hombre.

Ahora no se iba a echar atrás. Su tren había avanzado por el andén y ahora lo cogería. Se montaría y llegaría al destino que quisiera dejarla. No iba a renunciar a ese viaje.

Ya vendrían tiempos peores, o mejores, nunca lo sabría, pero que iba a aprovechar esa oportunidad con ese hombre con el que había congeniado, la iba a aprovechar.

Si tenían sexo, bien, y si no tenían sexo, pues lo pasaría bien. Era un hombre divertido, se habían reído, habían bromeado, cenarían y pasearían como buenos amigos.

Pero ella querría más. Si él también quería...

Estaba ya nerviosa y excitada y deseando de que llegara el día siguiente. Por ir al hotel de sus sueños y por salir con el hombre de sus sueños.

El problema era que ese hombre debía ser el hombre de los sueños de

muchas.

¿Y qué?, ahora era de ella.

CAPÍTULO CUATRO

A la mañana siguiente, planchó toda su ropa y preparó de nuevo la suficiente que iba a llevarse al hotel, para un par de días, de todas formas si necesitaba algo, vivía al lado y siempre podía acercarse a por ella.

Podía haber elegido cualquier hotel de cualquier lugar de España, pero no había querido. Ya habría otras oportunidades para eso y esta era una que no quería dejar pasar, ni tampoco la de pasar un par de días maravillosos con un par de ojos grises e inquietantes.

Llegó a la recepción del hotel a las doce en punto del viernes, nerviosa, como una niña en una mañana de reyes.

Era preciosa, una cascada de agua y plantas verdes ocupaba la parte central del hall, la decoración de mármol rosado, así como los inmensos cuadros de las paredes, los espejos y los diversos sofás esparcidos por el mismo que daban una sensación de calma y relax.

Un botones la acompañó hasta la habitación en la cuarta planta. Una vez allí, le dio una generosa propina y se quedó sola.

La habitación era muy amplia y soleada, el suelo era gris suave y cálido, como el rosado de las paredes y la decoración; disponía de un pequeño despacho en uno de los rincones convenientemente apartado y la cama más que doble, era triple.

El cuarto de baño, era enorme, con unas toallas suaves y deliciosas, un balcón precioso que daba al río y desde el que se veía su casa.

La vista era magnífica. Deshizo la pequeña maleta, mientras una suave música la acompañaba. Al mediodía, salió a tomar algo ligero fuera. Por la tarde, reservó un masaje, sauna, peluquería... Que disfrutó deliciosamente, sintiéndose reina por un día.

A las siete de la tarde, sonó el teléfono. Se sobresaltó por un instante. Sabía que era Ernesto.

—Hola, mujer peligrosa, ¿qué tal?—dijo una voz seductora al otro lado del teléfono.

—En el paraíso —contestó con otra voz igualmente seductora (mientras se tumbaba boca arriba en la cama), lo que provocó una risa a Ernesto.

—Te espero en una hora abajo, ¿vale?, acabo de terminar ahora de trabajar, así que hasta el domingo a las ocho, soy todo tuyo.

—¿Todo mío?, no me lo digas dos veces, te costaría caro.

—Eso es muy cierto —sin dejar de reír.— Nos vemos peligrosa, a no ser que quieras frotarme la espalda, me voy a la ducha.

—Anda, deja, deja. Te dejaría sin piel. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego cobarde!

No se reconocía, ella estaba coqueteando. No podía ser, pero le encantaba su poder, sobre todo con ese hombre y ese juego que habían iniciado como si se conocieran de toda la vida.

Se maquilló sencilla. Eligió un vestido gris perla con pinceladas negras, de licra ajustado hasta las rodillas, de escote redondo y mangas a la sisa, sandalias de tacón alto y bolso de mano gris, así como un collar de perlas gris marengo y pendientes juego. Para completar el conjunto, tomó un chal negro de gasa.

Él la esperaba en recepción. Llevaba un traje grisáceo. Sin embargo había cambiado la camisa y la corbata por una camiseta de marca bajo la chaqueta, de color gris más oscuro.

—Vaya, vaya, la cenicienta se ha convertido en princesa – señaló halagador a modo de piropo.

—No me pongas colorada, príncipe. Adelante, la noche es nuestra —contestó ella casi pasando de largo, por lo que él tuvo que seguirla —a propósito, el príncipe está estupendo esta noche. ¿Dónde está la carroza?

—Pero, ¿me has mirado acaso? —ella se paró, volvió la cabeza y lo recorrió de arriba abajo teatralmente.

—Confirmando lo dicho —le sonrió seductoramente.

—Esto prometo, princesa.

Al salir del hotel, se detuvieron.

—¿Damos un paseo por el río antes de cenar, o tienes mucha hambre?

—¿Y si tomamos una barca y lo damos desde cerca?, —dijo ella

—De cerca lo que quieras, guapa.

—Calla bobo, aún no he montado en un barquito de esos y llevo casi toda mi vida aquí, —dijo señalando uno de ellos que estaba varado a orillas del río.

—Pues, ¿a qué esperamos?, adelante, eso hay que solucionarlo —dijo con toda seguridad.

Esperaron sentados en un banco unos minutos hasta la salida del siguiente barquito. Mientras, hablaron de cosas sin importancia, de sus familias, del trabajo... como dos amigos de toda la vida.

A veces, la miraba con interés, observaba sus gestos, su risa, su mirada lejana y enigmática.

—¿Vives sola en Sevilla? O con tus padres.

—No, vivo sola. Tengo un pequeño ático justo frente al hotel, al otro lado del río. Aunque soy de aquí, pero de un pueblo. Allí viven mis padres. Y tengo una hermana solamente que vive en Almería. Voy a verla un par de veces al año o una vez, según. Y tú, ¿tienes familia?

—Sólo tengo una hermana, pero vive en Estados Unidos.

—Eso está muy lejos. Debes sentirte solo a veces. Yo, aunque no estoy con ellos, sé que los tengo cerca. En verano voy siempre unos días a ver a mi hermana, luego me quedo en algún hotel en la playa o viajo a otro sitio, depende. Me gusta mucho viajar, pero es caro y estoy ahorrando.

—¿Te gustó Alcalá de Henares?

—Sí, ya la conocía, allí estudié en la universidad, Lengua y Literatura, aunque la Literatura es mi fuerte. Es lo que imparto en la Academia.

—Pero si en Sevilla hay universidad, ¿cómo te fuiste tan lejos?

—Porque desde los catorce años, vivo fuera de mi casa. Me dieron una beca de internado en Almería. Allí, conocí a mis dos mejores amigas y ellas, cuando terminamos el bachiller, se fueron a hacer Telecomunicaciones a Alcalá y yo quise irme con ellas y me dieron beca y me fui para seguir viviendo con ellas. Y tú, ¿nunca has salido de Barcelona?

—Sí, viajo demasiado por mi trabajo. Soy arquitecto. Allí estudié y viajo frecuentemente, incluso al extranjero.

—¡Qué bien!, cómo me gustaría viajar fuera de España. Me encantaría ver Nueva Zelanda. Por sus paisajes y sus playas. No he salido al extranjero. Bueno una vez a Portugal y compramos toallas. Un viaje muy turístico. El pueblo sólo tenía tiendas.

—Eres la monda. Y cómo terminaste aquí de nuevo. ¿Tus amigas siguen allí o también volvieron?

—Mis amigas trabajan en empresas importantes. Han tenido suerte, pero es que son muy inteligentes. Viven allí. He pasado con ellas una semana

estupenda. Pedí la semana para estar con ellas. Ten en cuenta que desde los catorce nos conocemos. Pero conocí a un médico de Sevilla y me vine a vivir con él.

—¿Y qué pasó?

—La historia de mi vida. Se acostó con una enfermera en mi cama y los pillé. Y adiós médico. Pero bueno lo he superado muy bien. Han pasado ya dos años. Y tú, ¿has tenido parejas?

—No, nunca.

—¿Nunca? Eso me extraña, eres un tipazo de tío, ¡mírate!, pero eso ya lo sabes tú de sobra— Mirando su cuerpo o más bien admirándolo.

—Gracias. Pero no me gusta tener pareja fija. Soy más de tener relaciones cortas o muy cortas.

—¡Ah! Bueno, eso es otra cosa.

Le parecía una mujer deliciosamente sensual e ingenua y a la vez inteligente, sencilla y adorable. Nada de lo que ella decía le aburría. O era la forma en que lo decía.

Ninguna de las mujeres con las que él se había relacionado, se le parecía ni remotamente. Algo tendrían las mujeres del sur.

Su sentido del humor y su optimismo, eran contagiosos, hablase de lo que hablase, lo hacía sin grandes ademanes teatrales. No era una mujer de papel. Y era brutalmente sincera. Decía lo que pensaba.

Lo que a él le fascinaba de ella eran las veces en que ella miraba a la nada, a su propio interior, como si siempre estuviese pensando.

Otra cosa era su libido, ese vestido lo mataría para el final de la noche y eso que no era una modelo precisamente, incluso tenía algunas curvas para su altura, claro que a él esas curvas le encantaban.

Nunca le habían gustado las mujeres anoréxicas, a pesar de que eran el tipo de mujeres con las que salía, casi las prefería con cinco kilos de más a cinco kilos de menos y eso era lo que lo estaba volviendo loco de ella, sus cinco kilos más.

Casi era de noche cuando subieron al barco. Se sentaron al final del mismo y cada uno podía percibir el olor del otro.

Sólo iban unas cuantas parejas en el barco, más un grupo de guiris. El ruido del agua, las luces de la noche que bordeaban el río y esa paz nocturna, hacían mágico el momento.

Ella, se echó el chal por los hombros y Ernesto la ayudó, pues empezaba a

refrescar. Se miraron un instante, de cerca.

Bajó su cara a la de ella y encontró sus labios en una caricia erótica que despertó todos los sentidos que aún permanecían dormidos en ella. Sus labios temblaron.

Se retiró para mirarla y la besó de nuevo. Ella abrió los suyos y él introdujo su lengua buscando la de ella. Carmen, se estremeció, dando la bienvenida a esa maravillosa sensualidad que acababa de descubrir. Tanta, que le dio miedo. Ese hombre, sabía besar, pero que muy bien.

Y supo en ese instante que sí, que sería maravilloso como había pensado y que cubriría con creces sus expectativas, o más si cabe.

Un escalofrío recorrió su piel; cuando se retiraron, se miraron fijamente durante unos segundos, le recolocó el chal por los hombros y dejó su brazo alrededor de ella.

Carmen, recostó la cabeza en su hombro aspirando el momento. El olor le traspasaba los sentidos y su cabeza era una maraña de pensamientos. Oía tan bien ese hombre.

—¿Estás bien?—preguntó cálidamente cogiendo su mano y entrelazando sus dedos.

—Muy bien. El príncipe sabe besar de lo lindo— dijo despacito.

—Eres preciosa y graciosa— le dijo al oído con una sonrisa. La cenicienta, tampoco besa mal del todo.

Con otra persona distinta le hubiese costado creer tales halagos, pero Ernesto le acababa de desmoronar todas sus barreras.

Sabía que iba a sufrir, que ese hombre era inolvidable, pero a cambio tendría unos momentos que guardaría como un tesoro y le serían inspiradores para lo próximo que escribiera, así que iba a disfrutar de todos y cada uno de los instantes que la vida le ofreciera con él.

Por algún motivo, la vida lo había puesto ante ella y no iba a desaprovechar la ocasión de averiguar por qué. Las cosas ocurrían por alguna razón.

El viaje en barco por el río, resultó ser maravillosamente mágico. No necesitaron hablar, pero sí sentir sus cálidas manos entrelazadas y el silencio del agua.

Cenaron en uno de los restaurantes de grandes ventanales, cerca del río en

la calle Betis; íntimo, acogedor y coqueto. Pidieron pescado y mariscos, una botella de cava y un cóctel de fruta fresca de postre.

Hablaron del trabajo, de la infancia durante dos horas, pero sobre todo, él quiso preguntarle si había tenido muchos hombres en su vida.

—¿En serio quieres saber eso? Tengo casi veintiocho años. Bueno, al final te sorprenderías. Tuve algunos novios en la adolescencia, sobre todo uno importante a los dieciséis y en la universidad, al principio de entrar en ella. Pues los novios que tuve... Sólo fueron algunos besos, y poco más. Hasta que conocí a Pablo, casi al final de terminar la universidad. Fue mi primer novio en serio. Estudiaba medicina y cuando acabó, yo terminaba también Literatura. Le dieron una plaza en Sevilla y nos vinimos. Vivimos juntos dos años, por la zona de la Macarena. Ya te lo he dicho antes.

—¿Dos años estuviste viviendo? Todo un record.

—Sí, la verdad. En estos tiempos, es mucho.

—¿Lo echas de menos?

—Ni loca que estuviera. Nada. Es un lastre que me he quitado de encima.

—Qué cosas —ríó—, y ¿por qué estabas con él?

—Creo que por costumbre.

—Y, ¿qué escribes? ¿Poesía sólo?— Quiso él cambiar de tema.

—A mí, me gusta escribir, así que dedico las mañanas a escribir y algunas noches, sobre todo en verano que son más largas. Me gusta la poesía sobre todo, pero quiero empezar una novela que tengo en mente. He ganado algunos concursos locales y éste de Alcalá que es a nivel nacional. Es el más importante que he ganado. Tengo un ático muy pequeñito y como me ha ido bien escribiendo, pues tengo unos pocos ahorros. Tampoco gasto mucho, con lo cual, estoy muy bien. Y además tengo la academia muy cerca. Diez minutos andando. No como cuando vivía con Pablo, que tenía que desplazarme y tardaba media hora en llegar y por la noche llegaba tardísimo a casa. Luego, me di cuenta con el tiempo, que Pablo aunque había sido el primero, no era lo que yo buscaba. Sino que me había acostumbrado, incluso en el terreno sexual.

—A ver, a ver, cuéntame eso, quiero saberlo.

—Eso es algo de lo que me da vergüenza hablar, incluso contigo que no te conozco de casi nada.

—Pero yo quiero saberlo —muy intrigado.

—Bueno, tú lo has querido. Pablo, fue con el primero con el que tuve

relaciones sexuales. Cuando hacía el amor con él, no tenía ningún orgasmo. No sé si eso será lo normal, no creo, pero yo, nunca lo tuve con él. Cuando me tocaba sí, pero de la otra forma... Ya sabes, nunca. Y por favor no te rías. Después no he tenido más, así que no puedo contarte más experiencias. De eso hace ya dos años.

—No me estoy riendo. Al contrario, me parece muy triste que teniendo la edad que tienes, no hayas disfrutado esa parte de la sexualidad.

—Es culpa mía, seguro —dijo con convicción.

—Eso no me lo creo. Creo que no sabía tratarte en ese sentido o sabía poco de sexo

—Pues con la enfermera, parecía pasarlo muy bien – le dijo con cierta melancolía.

—No seríais compatibles en la cama, Carmen. También puede ocurrir. Pueden ser miles de circunstancias. O que necesites otro tipo de hombre.

—Como tú— dijo en broma.

—Como yo— contestó muy serio— quizá deberíamos probar.

Ella se quedó muy seria de pronto por haber iniciado esa conversación y darle pie a pensar que era una mujer fácil por lo que le había contado.

Casi que se arrepintió de haberle contado algo tan íntimo. No le debía haber dicho nada, porque se había quedado muy serio y ella, que no lo conocía lo suficiente, no sabía qué pensaba él.

No dijeron más nada. Él pagó la cuenta. No la dejaba pagar nada. Al salir del restaurante, era casi la una de la madrugada.

—¿Nos vamos o prefieres ir a algún otro lugar?

—Casi prefiero dejarlo por hoy, además estarás cansado también. Tú, al menos has trabajado hoy.

—Pues ¡vámonos! Tenemos mañana sábado y el domingo también para disfrutar — dijo tomando su mano.

Al llegar al hotel, Él le pidió las llaves de la habitación. En el ascensor, ni se miraron. Notaba como su corazón iba a estallar bajo el vestido.

—Te acompaño a tu habitación —muy educado.

Le abrió la puerta, se acercó a ella y besó dulcemente sus labios.

—Buenas noches princesa, que duermas bien.

—Tú también.

Cerró la puerta con cierta decepción. Dejó el bolso, el chal, se quitó los zapatos dejándose caer a plomo en la cama. Pensó que había hecho mal al

contarle ese secreto, pues ya él no querría acostarse con ella. Pensaría que era frígida o vete tú a saber.

Por un momento creyó que iban a dormir juntos y hacer el amor, pero al contarle eso, la cosa cambió. Había sido una estúpida ingenua. Estaba arrepentida. Para una vez que tenía una oportunidad, la había destruido por bocazas.

—¡Oh! No, no, no. ¡Aaaah! —Dando golpes en la cama con el bolso.

Llevaba cinco minutos en la misma posición cuando un toque suave a la puerta la hizo levantarse y correr hacia ella. Al abrirla, se lo encontró apoyado en el quicio, sin chaqueta.

Sin palabras ella se acercó a él y se colgó de su cuello abrazándolo. Ernesto, la levantó del suelo a horcajadas, y la pegó a su cuerpo para que pudiera sentir cuánto la deseaba, cuánto la necesitaba.

Entró con ella en la habitación y con un pie cerró la puerta. El vestido se le había subido tanto que sintió que su miembro casi entraba en ella.

Desapareció la calidez tranquila que habían compartido en el barco dando paso a la pasión desenfrenada, a la necesidad.

La sentó en la mesa escritorio, al lado de la televisión y sin dejar de besarla, subió su vestido rozando con sus delicados dedos su piel, sus caderas, a pesar de las prisas, sus muslos... ella soltó un jadeo cuando sus manos rodearon su trasero y la acercaron más a él.

El vestido se le había quedado levantado hasta casi la cintura dejando al descubierto toda su piel. La miraba con ojos de deseo. Bajó la cremallera y la parte alta del vestido hasta la cintura, dejándolo enrollado en ella y admirando sus senos jadeantes. Sacó un pezón del sujetador y lo metió en su boca, saboreando, lamiendo y mordiéndolo mientras ella se derretía de placer.

Sus manos no podían permanecer quietas y acariciaron su centro con maestría.

Se sentía en el séptimo cielo, si él seguía así no podría esperar.

—¡Espérame cielo! —acertó a decir entre gemidos, mientras se desabrochaba el pantalón con prisas. — Te prometo que la próxima iremos más despacio.

Ella, le apremiaba a la vez que Ernesto se deslizaba en su interior encontrando su casa. Se movía en ella como un náufrago en una tormenta, con movimientos posesivos, como si la vida le fuese en ello.

Nunca se había sentido tan completo ni ella había dado tanto. Las oleadas

de placer le anunciaban el éxtasis. Éxtasis que arrastró consigo a Ernesto perdiéndose en ella definitivamente.

Cuando todo hubo terminado, la besó en los labios dulcemente y la llevó a la cama. Desapareció toda la ropa y sus cuerpos permanecieron unidos y desnudos.

Las respiraciones volvieron a la normalidad. Sobre todo la de ella, que había conocido lo que era el placer por primera vez haciendo el amor.

—Tienes una piel tan suave... me gusta —ronroneó. Has conseguido lo que querías, guapa. He sentido cómo te corrías ahí dentro conmigo. Señalando su sexo.

—Sí, es la primera vez. Creía que iba a morirme. —Aún jadeante.

—Si me dices de placer, me sentiré halagado —orgulloso y seguro.

—De placer. Nunca creí que me sucedería.

—Nunca habías encontrado al hombre perfecto para ti —señalando su propio cuerpo.

—Y sin abuela.

Soltó una carcajada.

—Me gusta tu piel —tocando su cuerpo desnudo en la cama.

—Ummmm ¿sólo la piel? —Preguntó irónica, manteniendo cerrados aún los ojos y sintiendo sus caricias suaves.

—Dame cinco minutos que me recupere y te diré qué más me gusta.

—Eso suena provocativo. Si consigues que tenga esta noche más de un orgasmo de esa manera, te pondré flores en la Esperanza de Triana.

—Vas a tener que comprar una floristería entera. Pienso hacerte maravillas en ese cuerpo tuyo que me tienta tanto.

—Eso me gustaría. Quiero descubrir lo que me he perdido. Y me gusta esto —Tocando suavemente su miembro que como una flor creía nuevamente para ella.

—Es provocativo —pellizcando uno de sus pezones.

—La provocación no es uno de mis fuertes —rozando la entrepierna de él de forma descarada y sorprendida de la reacción a tan poco tiempo.

—Menos mal que no lo es, estaría perdido entonces.

Ella siguió tocándolo.

—Si sigue así señorita, aténgase a las consecuencias.

—No me detendrá esa amenaza. —Y lo besaba y seguía tocándolo íntimamente.

—Ah, ¿no?

—No.

—Tú lo has querido —colocándose encima de ella y lamiendo su cuerpo hacia abajo hasta llegar a su centro húmedo.

Le sujetaba la cabeza mientras la amaba en su sexo, por segunda vez esa noche.

Lamía sus pliegues y su centro hasta que ella gimió su nombre desde el placer al que la llevaba Ernesto y al que no pudo resistirse. Luego, él recorrió de nuevo su cuerpo hacia arriba hasta besar su boca.

—Eso no ha estado bien.

—Pues no ha sido eso lo que he percibido, cielo.

—Ahora me toca a mí —colocándose encima de él sorprendiéndolo y bajando por su cuerpo como él había hecho con ella.

Lo amó de igual manera hasta sentirlo al límite, lamiendo toda su longitud y metiéndose su miembro en la boca y lo chupaba hacía arriba y hacia abajo desnudando la piel de su pene, y cuando él mismo se supo al límite, le subió la cabeza y ella lo poseyó de igual manera hasta sentirlo suyo una vez más.

Hasta ese momento no se dio cuenta de su poder de seducción, de que había estado confundida pensando que podía ser frígida cuando con ese hombre estaba despertando en ella una sexualidad desconocida hasta entonces, y eso le gustó.

Ernesto, permanecía boca arriba con los ojos cerrados y de vez en cuando sentía sus labios cálidos y suaves y los senos de ella en su pecho.

Debían de haberse quedado dormidos. Se despertó y la encontró desnuda de espaldas a él y la abrazó por detrás pasando los brazos por entre sus pechos.

Se hallaban agotados y eran las once de la mañana. Habían vuelto a hacer el amor un par de veces más durante la noche.

—Si no me tomo un café acabarás conmigo, andaluza.

—Anda sí, échame la culpa a mí, que vas a matarme con tu aguante, catalán.

—Dame un besito preciosa, que voy a pedir el desayuno —dijo mimoso.

—Si es por eso, vale, me doy mientras una ducha.

—Pues te acompaño enseguida —levantando el teléfono para pedir el desayuno.

Se ducharon juntos, se secaron uno a otro. Volvieron a hacer el amor bajo

el agua.

Desayunaron en la terraza, con vistas al río, como a ella le gustaba e hicieron planes para ese día sábado.

Él le dijo que le regalaba la noche del domingo. Se quedaría con ella para aprovechar otro día y se iría el lunes temprano a primera hora. Había cambiado ya su billete de avión para el lunes por la mañana temprano para pasar una noche más con ella.

Carmen, le riño por eso, pero Ernesto, le dijo que dormiría con él en su habitación, así que tenía que pagar muy poco. No quería que ella supiese que el hotel era suyo, ni que tenía dinero.

El fin, era estar con ella, otra noche más. Deseaba a esa mujer. Era una bruja. El resto, no tenía por qué saberlo Carmen. Se despedirían una vez se fuera el lunes y todo quedaría en una bonita aventura.

—Tú me dirás nena, que vas a enseñarme hoy —se preparó Ernesto.

—¿No te he enseñado ya bastante?

—No lo suficiente —metiéndole una mano entre el albornoz y tocándole un pezón erecto.

—No empieces, que si no, no hacemos nada.

—Yo pensaba hacer algo, pequeña peligrosa.

—Esta pequeña peligrosa se va a vestir, y te va a enseñar, la Giralda, la Torre del Oro y la Catedral. Con eso será suficiente por la mañana. Echaremos la siesta correspondiente y me gustaría cenar en el barrio de Santa Cruz... Tan romántico.

—Mi pequeña romántica. A tu disposición. De todo... Casi prefiero la siesta.

—¡Cómo no! ¡Catalán insaciable!

Una vez, se hubieron vestido, salieron a la primavera sevillana con sus naranjos en flor y el olor a azahar por las calles. Tras las correspondientes visitas monumentales, decidieron comer en un barecito de tapas, porque ella insistió, en que era típico y se irritó porque él nunca la dejaba pagar.

—No seas bobita, ya pagarás en otra ocasión que nos veamos, —le dijo —mientras entraban en la habitación del hotel para descansar y echar la siesta.

Se ducharon juntos y volvieron a hacer el amor entre jabones.

Quedaron extenuados y desnudos encima de la cama. Ernesto cerró los ojos por un momento con las manos posesivas en los pechos de ella, mientras

ella adoraba su pecho desnudo.

—¿Qué piensas, nene?

—Que me quedaría así eternamente, pero por desgracia pasado mañana tengo que irme. Voy a estar cinco meses fuera del país, iré a Auckland y a Nueva York. Quizá pase también de vuelta por París.

—¿Tanto viajas? — se quedó ella sorprendida levantando la cabeza para mirarlo.

Quizá fuese un comercial o algo por el estilo. Ella le había preguntado por su trabajo y le había dicho que se dedicaba a la hostelería y viajaba mucho, pero tan lejos.

Si él no quería decírselo tampoco ella se lo preguntaría. Al fin y al cabo no se verían más. Estaba segura. Y eso, le causo una cierta pena.

—Por mi trabajo sí.

—¿Eres un pececillo gordo? —Él sonriendo, le dijo: no, soy solo un hombre frente al mar con una copa de cava mirando al sur.

—¡Eh, que la poeta soy yo! —Dándole un codazo.

—Me gustaría que estuviésemos en contacto, pero no quiero prometerte nada, ni voy a hacerte perder parte de tu tiempo y tu vida por mi trabajo.

—De eso quería yo hablarte, en serio.

—Uyyy, se me va a poner seria.

—Calla y escúchame, ¿vale?

—Vale.

—Esto..., este fin de semana es lo más romántico y especial que me ha pasado en la vida y lo guardaré como un tesoro. He sentido contigo cosas que nunca había sentido. Ya sabes a qué me refiero. Me he abierto sexualmente. Y es como si me encontrase liberada y pudiera estar con más hombres. Antes no podía. Y eso te lo tengo que agradecer. Vivimos en sitios distintos y la distancia nunca es buena consejera. Nada te pido y te estoy dando lo que soy. Guardaremos estos días y seguiremos con nuestras vidas. Aprovecharemos lo que nos queda y como decía mi abuela: Dios dirá.

—No voy a llamarte. Lo sabes, Carmen. No porque no me gustes. Me encantas. Más de lo que crees. Pero me voy cinco meses y no puedo hacerte perder tu tiempo. Puedes conocer a otros hombres. Eso me molesta, fíjate, pero no quiero ser egoísta contigo. Es la primera vez que me quedo a dormir en la cama con una mujer tres noches seguidas. Nunca me quedo. Nunca.

—¿Nunca has dormido una noche entera con una mujer? —preguntó

incrédula.

—Nunca. Me acuesto y me voy.

—Por dios, Ernesto —Sorprendida.

—No te sorprendas. Es la vida que he elegido. Tengo mis normas.

—Y yo, ¿por qué?

—Eres diferente, y no llevas tacones de aguja ni pechos de silicona. Eres enigmática y peligrosa y me gustan los retos.

—¡Eres de lo que no hay!

—Por eso no te llamaré ni mantendremos más contacto.

—No quiero responderte si me llamas, me dolería mucho y te echaría de menos y lloraría mucho.

—Y yo jamás querría que lloraras. —Le acariciaba el pelo mientras estaban tumbados en la cama — Quiero recordarte como lo que eres. Una pequeña andaluza especial y graciosa, y con la que he tenido un sexo fabuloso. Y no hablemos más del asunto ni nos pongamos tristes.

—A sus órdenes —le dijo mientras su mano tocaba su creciente erección que ella con sólo mirarlo, era capaz de provocarle.

La siesta se alargó más de lo previsto y cuando se despertaron, casi estaba atardeciendo.

La cena en el barrio de Santa Cruz, fue mágica y divina. Eligieron un rinconcito rodeado de geranios, que junto con los naranjos en flor creaba un clima maravilloso. Hablaron de cosas sin importancias, de gustos, del trabajo de ella, de sus alumnos, de lo que estaba escribiendo ahora, de los concursos a los que iba a presentarse.

Pero Ernesto se guardaba muy mucho de decir quién era en realidad, ni en qué trabajaba realmente, quería ser una persona normal al menos por ese fin de semana, sin que se supiera que era millonario. Millones que había conseguido gracias a su esfuerzo y trabajo. Si le dijera que era rico, la magia se perdería y ella no lo trataría como a un igual. Estaba totalmente seguro.

—Entonces, ¿te vas cinco meses a Estados Unidos?

—En realidad cinco meses, pero estaré tres meses allí, uno en Londres y otro en Francia. Eso si la cosa no se alarga. Depende.

—¿Te gusta viajar?

—A veces es muy cansado. Y tú, deberías de viajar más mujer. Te vendrá bien para escribir.

—Con la imaginación, viajo todo lo que puedo, pero, de ahora en adelante

cada vez que la academia me lo permita viajaré, aunque sean viajes cortos.

—Y qué piensas escribir ahora, digo, ¿qué proyectos tienes?

—Voy a mirar los próximos certámenes de poesía, pues tengo un libro casi acabado y seguro lo mandaré. Y una novela histórica que tengo en mente y nunca empiezo.

—Suerte. Te deseo mucha suerte. Seguro que la tendrás.

—Gracias. Y ¿qué es lo que harás exactamente en esos lugares lejanos?

—Basta ya pequeña de hablar de trabajo. Nos queda un día y muy pocas horas y quiero olvidarme de proyectos y trabajo.

—Vale, es verdad, ¿te apetece tomar café en mi casa?, aunque te advierto que es pequeña. Nada parecida al hotel. Es sencilla y...

—Me encantaría, —la cortó él. Tenía curiosidad por saber dónde y cómo vivía ella.

—Pues tomamos café y luego vamos paseando al hotel, ¿hace?

—Hazme lo que quieras.

—Cómo no.

Cruzaron el puente de Triana camino de su casa. Vivía en un pequeño ático en el primer piso de una casa pequeña. Pero para ella era un lujo que podía permitirse gracias a la dueña del edificio de dos plantas.

Una anciana maravillosa que había sido guapísima en sus tiempos y se había dedicado a bailar en tablaos flamencos.

En sus tiempos incluso había tenido cierta fama y había bailado hasta en China, pero sobre todo había viajado mucho por Europa.

Le había alquilado el ático, por las vistas y sobre todo, porque la mitad del apartamento, era una gran terraza que a ella le encantaba y le servía de inspiración. Y pagaba poco por él.

La entrada era independiente, con una puerta distinta que daba a la calle. Subía unas escaleras y abría su propia puerta que daba a su apartamento.

Tenía una pequeña cocina, un dormitorio coqueto, un salón comedor no muy grande, donde ella además tenía su mesa de despacho que daba a la terraza, un baño y la terraza, llena de plantas colgantes y geranios, dos butacones, un sofá, con su mesita y un toldo para cuando el calor apretaba.

Y una mecedora. Todo en el mismo tono de colores con cojines repartidos por todos lados.

Ella había ido acondicionando su casa y la había pintado y decorado en tonos grises y verdes cálidos, porque la inspiraban.

Todo estaba extremadamente pulcro, no podría concentrarse si la casa no estaba totalmente recogida y limpia, sin llegar a la exageración.

—Me gusta tu apartamento —es pequeño, pero tiene un encanto especial. Es como tú. No te imagino viviendo sola en otro sitio.

—Mi ático. Me gusta llamarlo así. Lo que más me gusta es la terraza. Me inspira mucho.

—Me encanta la terraza. Huele muy bien y es fresco, como tú.

—Es mi lugar de inspiración. Lo que más me gusta de la casa. A veces, escribo a lápiz o bolígrafo y luego lo paso al ordenador o me lo traigo aquí, depende. Pero por la noche es maravilloso estar aquí.

Ernesto la observaba hablar con esa emoción y esa pasión que ella tenía y que contagiaba.

Tenía tantas cualidades, que si no fuese porque se iba de viaje, bajaría más de una vez a verla, e incluso se podía plantear tener una relación con ella con el tiempo. Desechó rápido esos pensamientos.

Él no se comprometía mucho tiempo y seguro que al final lo dejarían. Pero por ahora iba a aprovechar ese tiempo con esa mujer tan guapa.

—Ven guapa, tenemos que estrenar tu ático. Voy a dejar mi huella aquí para que no me olvides.

—¿No quieres que te olvide?

—No, soy egoísta por naturaleza, quiero ser un hombre especial en tu vida, aunque sea por un solo fin de semana.

—Ya eres especial. Eres el primer hombre con el que me acuesto que me satisface plenamente.

—Eso, me va a subir el ego. —Dijo riendo, mientras la cogía por la cintura y le daba pequeños besos en el cuello que bajaban a su centro húmedo y preparado, ella le abría la cremallera del pantalón y metía la mano, tocando su longitud en toda su extensión.

—No sé qué me pasa contigo pequeña, siempre me pones a cien. No me cansaría de ti ni que me lo propusiera. ¡Ven aquí!

—Y ella fue, más de una vez esa noche. Antes de quedarse dormida abrazada a su pecho, Él le dijo al oído despacito:

—Mañana descansa. No tenemos por qué levantarnos temprano, será el último día y lo dedicaremos a relajarnos, comer y pasear. Y despedirnos como debe ser.

Y a eso se dedicaron domingo, se despertaron tarde, se ducharon en casa

de Carmen y desayunaron fuera, en la Avenida de la Constitución, donde había cafeterías maravillosas. Dieron un paseo por el centro y comieron en otro bar de tapas.

Luego se fueron a descansar al hotel, y se amaron como si no hubiese un mañana.

Y cuando despertaron, salieron de nuevo a dar un paseo cerca del río, por el puente de Triana y cenaron. Tomaron un café y se fueron directamente al hotel, ya que Ernesto tenía que madrugar el lunes e irse a primera hora de la mañana.

Se había pasado todo tan pronto... El tiempo voló y ella no pudo retenerlo entre sus manos. Y sintió cierta melancolía.

—Mañana no tienes que madrugar tanto guapa. Agarrándola por la cintura y dándole un beso en los labios. —Tienes el desayuno incluido, y hasta las doce para salir.

Si quieres, salir más tarde, puedes hacerlo. Yo me iré temprano, andaluza. Ha sido un placer de verdad conocerte. Lo he pasado genial —la miraba a los ojos directamente con pesar. Él tampoco quería dejarla.

—Despiértame, ¿quieres? Quiero despedirme de ti. Yo, también lo he pasado maravillosamente.

—Ya veremos. Esta es nuestra despedida nena.

—Abrázame. Quiero retenerte en mi memoria y escribir bellas poesías sobre nosotros. Al menos, eso, me quedará.

Y en la cama empezaron a despedirse para siempre.

A la mañana siguiente, cuando Carmen despertó eran más de las once de la mañana y él ya se había ido. En su lado de la cama había un ramo enorme de rosas blancas y en el centro, una especialmente roja con una nota. Ella la tomó con lágrimas en los ojos y la leyó:

“No sé si el destino volverá a encontrarnos, pequeña peligrosa andaluza, pero recuerda siempre, lo especial que esto ha sido. Besos. Ernesto”.

No sabía si llorar o reír, pero sí que sintió un vacío inmenso y una congoja

que no podía comparársele con nada, ni cuando encontró a su antiguo y único novio en la cama con otra.

Sin embargo, quería ver la parte positiva. Había tenido una aventura con un hombre guapo, cariñoso, apasionado. El hombre más interesante que ella había conocido en su vida y que pudiera conocer, seguro.

Jamás pensó en tener una aventura hasta que lo tuvo frente a frente en la cafetería del Ave. Ahí sí voló su imaginación a unas sábanas y unos cuerpos enredados durante horas.

Ese hombre era único. ¿Dónde iba ella a conocer a tipos así? Esos eran hombres de telenovelas, o de sus propios poemas. De los que no existían en su entorno social.

Así que nunca, nunca, se arrepentiría de lo sucedido. Al contrario. Lo guardaría como un recuerdo maravilloso, como un tesoro que la vida le había puesto ante sus narices y que ella no había desaprovechado.

Se hubiese arrepentido si no hubiese tenido esa aventura.

Hizo de tripas corazón y tras pasar por la ducha y pedir el último desayuno, que se tomó en la terraza antes de irse, recogió sus pocas pertenencias, e iría a casa.

Tenía que preparar clases, porque por la tarde empezaría de nuevo en la academia y la vida transcurriría como siempre.

Tenía mucho que hacer y eso le haría no pensar en esos dos días tan maravillosos.

Al pasar por recepción por si tenía que pagar las consumiciones del mini bar, y la noche de más que había pasado con él, el recepcionista le dijo que todo estaba pagado. Al mirar hacia un lado vio una revista y en la portada a Ernesto.

—Pero, ¿qué...?

Tomó la revista y le preguntó al recepcionista si podía llevársela. El recepcionista asintió y despidiéndose salió del hotel.

La revista en cuestión, se llamaba: “*Hoteles del mundo*”. Era una revista mensual y podría adquirirse en cualquier Kiosko de prensa. Ya se encargaría de comprarla el mes siguiente, y el otro, y el otro. De momento estaba deseando llegar a casa y leerla.

Por lo que había visto en la portada, se hablaba de él, de su trabajo y de las mujeres que siempre lo acompañaban.

Y para colmo, ponía: “El millonario y guapo hostelero Ernesto Soler, ha

adquirido un nuevo hotel”.

Buscaría entre las páginas centrales todo cuanto se hablaba de él y buscaría también en internet todo, todo, acerca de Ernesto Soler. Ese era su apellido.

¿Con quién había pasado el fin de semana? Ya sabía ella que ese no era un hombre normal, sino uno de revista. Y allí estaba. En una revista.

Ahora entendía por qué él nunca quiso hablar de trabajo esos días y entendía que sus modales no eran de un hombre normal, que nunca la dejó pagar, que era un tipo que sabía hacer el amor maravillosamente, pero era gracias a la experiencia que tenía con las mujeres y según la portada, parecía haber tenido muchas mujeres.

Claro que si era verdad lo que él le dijo que sólo se acostaba con ellas y se iba, ella había sido una privilegiada, porque había pasado tres noches con ese bombón.

Lo que le daba miedo, pensaba mientras iba cruzando el puente, es que él se hubiese reído de ella, que era una inexperta en el terreno sexual, y eso le daría rabia, pero no le había dado esa impresión.

Con ella había sido claro y además entrañable, apasionado y perfecto y la había tratado como a una reina. No podía quejarse.

A lo mejor si le hubiese dicho que era millonario, ella no hubiese accedido a estar con él, quizá fuese eso lo que Ernesto pensó y por eso no le dijo nada.

Estaba deseando llegar a casa y llevaba los nervios a flor de piel.

CAPÍTULO CINCO

Con una taza de té en la mano, se sentó en su terraza dispuesta a leer a fondo esa revista.

Así fue cómo se enteró de que Ernesto Soler era un hotelero millonario, de que el hotel donde habían estado era suyo y que toda la cadena de hoteles Helios, repartidos por la geografía española y los hoteles que tenía repartidos por todo el mundo, también.

Una empresa en plena expansión. No es que fuese rico, es que era riquísimo, millonario, un tiburón de las finanzas.

¿Con quién había estado? ¿Con quién había pasado el fin de semana y se había acostado? Por un solo segundo sintió una rabia tremenda.

Seguro que se lo había pasado muy bien con ella, que no tenía un duro. El rico, con la chica pobre. La novela de siempre.

Quería desechar esos pensamientos, pues se había portado muy bien con ella. Y había sido increíble.

No sería honesta con esos pensamientos. A Ernesto no le había importado estar con ella ese fin de semana pudiendo haber elegido a una mujer tipo modelo. Pero no lo hizo, así que no podía reprocharle nada.

Había sido sincero con ella. Salvo decirle quién era. Tendría sus motivos. Sabía cuáles eran, y los comprendía.

Se le relacionaba con algunas modelos y mujeres preciosas como si fuera un playboy. Sintió una ligera decepción, pero pensó que esos pensamientos negativos, debía borrarlos en pos de las sensaciones que le había proporcionado el fin de semana.

Era rico y ¿qué? Era un playboy y ¿qué?

Ellos habían bromeado, se habían besado y habían hecho el amor y salido a pasear, habían usado preservativos en todas sus relaciones sexuales y a esas alturas, qué esperaba de un hombre como ese, tan especial que le había hecho sentir lo que no pudo con Pablo.

Era lo normal, pero al menos ella había disfrutado de él y como no iban a tener más contacto, nada podría importarle. El tiempo le quitaría esa desazón. No compraría esa revista, sabía que si lo hacía, iba a sufrir.

No quería pensar en nada. Iba a continuar con su vida como siempre, como antes de conocerlo.

Le costaría, porque le había calado hondo. Tener una conexión en todos los sentidos con un hombre, era muy complicado y ella lo había conseguido. Debía darse por agraciada.

Pero lo echaba tanto de menos, su olor, sus manos en su piel y su miembro de terciopelo, sus delicadas nubes, sus ojos como una tormenta de verano gris. Su ironía y complicidad. El saber qué pensaban al unísono... y lloró.

Lloró porque para una vez que había encontrado un hombre así, independientemente de su cuenta corriente, le embargaba la melancolía. Y no le pertenecía.

Quería tenerlo para siempre. Y sobre todo, había sido sincero. Pero sabía que él no llamaría, ella tampoco, con lo cual no habría respuestas. Todo estaba dicho. Se dijeron tantas palabras, que nunca se dijeron del silencio del hoy.

El lunes por la mañana, Ernesto entró en su despacho y lo primero que hizo fue llamar a su secretaría para que preparara todo cuanto necesitaba para su viaje a Estados Unidos la semana siguiente.

Debía dejar todo listo para que su ayudante Albert llevara toda la carga de los hoteles en España, aunque estarían en contacto y no se tomaría ninguna decisión sin contar con él.

Se dedicó toda la mañana y la semana revisando la semana anterior y preparando el viaje de la siguiente.

También necesitaba hacer algo importante. Después de dar instrucciones a Claudia su secretaría, el lunes por la mañana, le dijo: —y llama a Albert a mi despacho, lo necesito inmediatamente.

Al cabo de diez minutos, Albert entró en el despacho.

—¿Me necesitas? —dijo Albert dando unos golpecitos en el despacho de Ernesto unos minutos después.

Albert, era un hombre joven, de la misma edad que Ernesto. También era muy alto y delgado, risueño. Era guapo y encantador y como a Ernesto, le gustaba vestir bien.

Lo había conocido en el instituto, y desde entonces, incluso en vacaciones, no se separaban nunca.

Albert lo había invitado a su casa y sus padres lo habían acogido los veranos y las vacaciones de invierno y Semana Santa cuando estudiaban,

como si fuera un hijo más. Habían sido como hermanos, aun lo eran.

No había hombre sobre la tierra en el que depositara más confianza que en Albert. Era su mano derecha desde que salieron de la universidad y empezó a trabajar para él.

—Pasa, necesito una información, antes de irme a Estados Unidos. Lo más rápido posible, ya sabes. Aquí tienes los datos de lo que necesito. Todo, absolutamente todo.

—Vaya, hola, ¿qué tal en Sevilla? —Preguntó en un tono irónico.

—Perdona, voy todo acelerado para dejar la semana que viene esto listo. Bien. Todo muy bien —intentando seguir trabajando mientras Albert lo analizaba. Lo conocía bien, después de tantos años.

—¿Muy bien, o muy muy bien? —intrigado

—Si me traes la información, te lo cuento.

—No me digas más, ¿es guapa? —Preguntó Albert todo emocionado.

—Especial.

—Te ha tocado fuerte, ¿eh? —sonriendo

—Anda sal de aquí ahora, que estás perdiendo el tiempo y voy a descontártelo de tu nómina.

—Vaya, vaya, —dijo Albert, saliendo del despacho con una sonrisa socarrona.

El día transcurrió de forma acelerada entre reuniones y comidas de trabajo. El martes, no fue distinto, ni el miércoles, ni el jueves...

A última hora del jueves, Albert, entró en el despacho de Ernesto con una carpeta en las manos.

—Tengo todo cuando he podido recopilar de... ¡ejem!: Carmen Del Castillo, poeta. ¿Poeta? Eso es un peligro para ti y lo sabes. Lleva el nombre “*romanticismo*” escrito en la frente.

—¡Sal de aquí!, cualquier día te despido.

—No serías capaz, nos conocemos desde el instituto. Me imagino el fin de semana y no me extraña, es una preciosidad.

Ernesto sintió una puntada de celos y echo a su amigo del despacho, mientras este se reía a carcajadas. —Te han cazado.

—¡Fuera!

El despacho de Ernesto, estaba decorado de forma minimalista, todo en blanco, situado en una torre de edificios nuevos, frente al puerto de

Barcelona, con grandes ventanales, una gran mesa, con un sillón alto y cómodo, dos sillones frente a la mesa, muebles archivadores, un aseo propio con vestidor, unos sofás de cuero blanco, dos sillones a juego, con una mesa de centro entre ellos.

Su decoradora, Rosa, había insistido en poner algunas plantas, para darle algo de vida, lo que lo hacía muy acogedor.

Disponía de un mini bar, con una pequeña barra y una máquina de café.

Se acercó al mini bar y sacó una pequeña botella de cava y una copa, se sentó en su sillón grande y amplio de despacho y frente al mar, se dispuso a mirar la vida de Carmen.

Sabía que no debía hacerlo, pero quería saber quién era esa pequeña intrigante y enigmática mujer que lo había cautivado durante el fin de semana.

Y si le había mentado... Aunque estaba seguro de que era la mujer más sincera que había conocido.

El informe era bastante amplio:

Nació en el seno de una familia humilde en un pequeño pueblo de Sevilla, Lora del Río. Eran dos hermanas. Había trabajado en el campo con sus padres y su hermana, cada vacaciones y al finalizar las clases escolares, desde muy pequeñas.

Estuvo en un internado durante cuatro años en los que hizo el bachillerato con buenas notas. Volvía a casa por vacaciones y siempre trabajaba en el campo. Parecía no haber descansado nunca.

Tuvo un novio de su pueblo a los dieciséis años, durante dos meses, en los que el chico, la dejó por otra. Parece ser que esto le afectó mucho, por lo que ya no se le conocieron novios ni salió con ninguno en concreto, salvo en grupo con amigas.

Se hizo algo distante de los chicos y se forjó una especie de armadura que sólo derrumbó al irse a la universidad de Alcalá de Henares para estudiar Lengua y Literatura.

Eligió esta universidad para estar con sus amigas del internado, que iban a estudiar Ingeniería de Telecomunicaciones. Siempre tuvo beca, debido a sus buenas notas.

—Buena chica —se dijo, y dio un sorbo a la copa.

El haber trabajado tanto en el campo, le produjo a Ernesto un sentimiento de protección que no había sentido por nadie y unas ganas de dar un puñetazo a su primer novio, por imbécil. Su infancia y juventud tampoco habían sido fáciles, como la suya. Sin embargo, él no había trabajado en ese tiempo.

No bebía, no fumaba, nunca tonteo con drogas. El último año de universidad conoció a un médico sevillano, Pablo Tena. Salieron durante ese año y al terminar el curso, él obtuvo plaza en Sevilla en un hospital privado y se fueron a vivir juntos.

Dos años vivieron juntos en un Apartamento en La Macarena, un barrio caro y bien y cerca del trabajo de Pablo.

Ella por el contrario encontró trabajo en una academia de Triana impartiendo clases por la tarde, de lunes a viernes, y seguía en ella, de 4 a 9 de la noche, antes de 5 a 9, pero le subieron una hora y más en verano, lo que le permitía escribir por las mañanas. Había hecho sus pinitos como poeta y ganado algunos concursos locales.

Un día volvió de la academia y pilló a su novio con otra en su cama, una enfermera rubia y alta y todo se acabó en ese instante.

Ella se mudó a un apartamento en la calle Betis, frente a tu hotel al otro lado del río, y allí lleva viviendo dos años. No se le han conocido más hombres, solo amigos de la academia, con los que a veces sale a cenar algún fin de semana, pero prefiere estar sola.

Ha ganado un par de concursos literarios importantes, el último en Alcalá de Henares, hace tres semanas: quince mil, euros menos impuestos y publicación del libro más dos días en un hotel de cinco estrellas donde quisiera, en cualquier sitio de España, adivina ¿cuál?

En Alcalá ha permanecido con dos amigas de la universidad, Antonia y Ana Mari, durante una semana que pidió de vacaciones en la academia. Salió con sus amigas por Alcalá, conocieron a unos chicos y estuvieron en grupo durante un fin de semana, todos juntos. Fueron a Zaragoza.

Recogida de premio y volvió en AVE, a Sevilla el jueves a las 12

de la mañana. Al día siguiente, se instaló en nuestro (TU) hotel, habitación 408.

Salió el lunes sobre las doce, con un gran ramo de rosas blancas y por la tarde empezó a trabajar en su academia. Y nada más. Ah, sí, de vez en cuando, algún fin de semana va al pueblo: Lora Del Rio a ver a sus padres que aún viven allí y un par de veces al año viaja a Almería donde vive su hermana. Sobre todo en verano. Posdata: ¿Nuestro hotel?????”

Si no fuera porque era su amigo, le partiría la cara a ese entrometido. Pero era muy bueno en su trabajo y un hermano para él.

De esa información, deducía, que era una buena chica, una mujer enigmática, íntegra y buena, y sexy y romántica. Casa, matrimonio, hijos...

Sí que era un peligro público del que debía alejarse lo antes posible. Él solo tenía relaciones cortas y con ninguna pasaba la noche.

Ella había sido una excepción que se había saltado y que no podía volver a repetirse, porque había roto todas sus normas.

Pero le había gustado tanto... Se había planteado una mujer distinta y no había salido con ninguna durante un par de meses, y ahora que la había encontrado, estaba muerto de miedo.

Tenía sentimientos contradictorios y duales. Por un lado quería una mujer así en su vida. Ya tenía una edad. Por otro, no quería estar atado.

Al principio las cosas eran muy bonitas, pero luego, todo cambiaba y eran exigencias y complicaciones. Y él no quería complicaciones. Tenía mucho trabajo.

Se lo decía más para convencerse a sí mismo que otra cosa, porque el sabor de la piel de Carmen, se había quedado pegado en la suya.

Que hubiera sido el primer hombre que le hubiese producido orgasmos teniendo sexo, era algo que le gustaba, de lo que se sentía orgulloso. Pero si pensaba en un futuro, no le gustaba nada que tuviera con otro lo que habían compartido.

Sabía que era un pensamiento y un sentimiento machista, pero no le gustaba nada. No podía evitarlo.

Pero para ello, estaría cinco meses fuera de España, para olvidar y seguir con su vida vacía. Como siempre. Era su sino. Estaba predestinado a ser bueno en los negocios y tener mujeres vacías.

Mil veces esa semana había querido mandarle un mensaje o hablar con ella un momento para saber cómo estaba.

Bromear con ella, intercambiarse palabras retadoras con connotaciones sexuales. Le encantaba. Había tenido su número en la pantalla, pero ahora que la conocía mejor, no marcaría ese número por nada del mundo.

Él no sería otro imbécil que le hiciera daño. Con dos, había tenido bastante.

Tenían un acuerdo e iba a cumplirlo. Ella tampoco se había puesto en contacto con él y sabiendo lo que ahora sabía de ella, nunca lo haría.

Fin de la historia.

Y tal como le prometió, no la llamó y a la semana siguiente salió de viaje hacia el otro lado del charco, pensando en Carmen. Ella, aún no se la había quitado de su piel ni de su pensamiento.

Cuatro semanas después, Carmen se hallaba frente al espejo del cuarto de baño con la cara desencajada y el test de embarazo en la mano derecha con dos rayitas dando positivo.

No podía creerlo, la regla se le había retrasado más de lo debido y sentía náuseas por las mañanas, pero hasta no verlo con sus propios ojos, no se lo podía creer.

Tenía planes para su vida, acababa de mandar otro manuscrito a un concurso poético importante en Barcelona, otro a las Palmas y otro a Valladolid, tenía su vida, su ático y sus macetas.

Iba a ser madre y no tenía padre para su hijo. El padre estaba a miles de kilómetros de distancia. En la academia y en su vida laboral no había problemas, pero no quería, no había pensado nunca en ser madre, cuanto menos madre soltera. La vida le dio un vuelco.

Fue corriendo al salón, a llamar a Ernesto, tenía derecho a saberlo. Al ir a marcar se arrepintió. Tenía que pensar con calma. Respirar hondo y pensar.

Lo primero ir a su ginecólogo y confirmarlo. Pediría una cita y si se lo confirmaba y todo estaba bien, ya vería qué hacía después. Tendría que cuidarse más a partir de ahora.

Era una locura, una locura vertiginosa. Habían usado protección todo el tiempo. Pero se ve que no había funcionado bien en alguna de las ocasiones.

A la semana siguiente, salía del despacho de su ginecólogo con su embarazo confirmado. Directa se fue a una librería y compró dos libros y una agenda prenatal.

El miedo inicial, había dado paso a un entusiasmo desbordado. Estaba dando vida. Se sentía más libre, ligera y más contenta. Había oído el corazón de su hijo. Lo había visto. Y era maravilloso.

Aún no se le notaba nada y salvo las náuseas matutinas, pareciera que perdía peso en vez de coger. Ya le dijo el ginecólogo que podía ser normal en los primeros meses, y que en los últimos los recuperaría. Eso no le importaba a ella.

El peor problema que tenía era su conciencia. Sabía que debía decírselo a Ernesto, era hijo suyo y él tenía derecho a saberlo.

Al pasar por un kiosko de prensa, compró la revista “*Hoteles del Mundo*”, para ver si podía conseguir alguna información de él, de donde estaba.

Al llegar a casa, empezó a pasar las páginas de la revista por si había alguna información, y vaya si la había. Se hallaba en Nueva York y posaba del brazo de una rubia de al menos uno ochenta, muy guapa y se miraban embobados. Se le pasaron las ganas de coger el teléfono y llamarlo.

Lo dejaría quieto de momento. Sintió una rabia que inundó todo su cuerpo. No tenía derecho a reclamarle nada. Bueno ahora sí, pero en otro sentido.

Debía reconocer que aquello le había dolido más de la cuenta. Y lo peor, es que no tenía motivo.

Estaba más desmoralizada y se sentía desprotegida y sola. Cargaba con un peso que no le correspondía a ella sola y Ernesto divirtiéndose de lo lindo al otro lado del mundo.

La rabia dio paso a la realidad de los hechos y a que había sido un accidente. Y eso, no lo sabía Ernesto. Y ella, tampoco sabía cómo iba a actuar él si se lo decía.

Si no se lo decía, iba a estar sufriendo siempre. Así que tenía dos opciones. Primera, se lo decía. Llamaba y le contaba que estaba embarazada, y segunda, se callaba y ya se lo contaba más adelante cuando lo tuviese, cuando fuera el pequeño más mayor, cuando el niño preguntara por su padre, o cuando volviera de Nueva York. Ya se vería.

Pero entonces no podía martirizarse, porque no era bueno ni para el niño ni para ella. Y eligió la segunda opción.

Y dentro de la segunda opción, esperaba a que viniese del extranjero y lo

llamaría y hablaría con él. Era el padre y debía saberlo. Luego que hiciera lo que quisiese. Ella podía mantener a su hijo si él no lo quería.

Y así pasaron varios meses. Se le habían pasado ya las náuseas matutinas. Estableció una rutina diaria de dar un paseo de una hora por la mañana, desayunar, recoger la casa y escribir, hasta dejarse pasar una siesta de una hora antes de ir al trabajo.

El día que le dijo el ginecólogo que era un niño, se alegró un montón, porque en su casa solo habían sido hijas y seguro que a sus padres les haría mucha ilusión.

Ver la fotografía de su pequeño, la emocionaba y las miraba todas, las de todos los meses, cada noche en su terraza.

Iba todos los meses a su ginecólogo y le daba su fotografía de la ecografía para que viera cómo iba creciendo. Se hacía sus análisis correspondientes y estaba perfectamente.

Había tenido que ir al pueblo y contárselo todo a sus padres y decirles que el padre de su bebé estaba en el extranjero y que hasta que no volviese no quería decírselo porque había sido una relación corta en la que no tenían ningún compromiso.

A su hermana también la llamaba todas las semanas y ésta le aconsejaba que en cuanto volviera se lo dijera, era su padre y necesitaba saberlo. Otra cuestión es lo que quisiera hacer.

Y le preguntaba cómo estaba y hablaban mucho por teléfono. Su hermana le daba buenos consejos y era su paño de lágrimas. Pero estaban tan lejos, y su hermana ya tenía bastante con sus tres hijos.

Comenzaba el otoño. Era el mes de octubre y se encontraba estupendamente en su sexto mes de embarazo y estaba perfectamente, con ánimos y feliz. Ya se le notaba el vientre bastante. En su trabajo, sabían que estaba embarazada. Ya lo había dicho a sus jefes.

Y había tenido un verano de muchas clases, mucho trabajo que había llevado bastante bien, incluso había hecho una hora más hasta las diez de la noche, y algunas horas por la mañana.

Era normal en verano. Y se sacaba un dinero extra que a ella, ahora le venía muy bien, para comprar cosas para el bebé. Aunque terminara más cansada de lo normal, luego dormía más también.

Una mañana, la llamaron por teléfono para darle la noticia de que al mes siguiente, en un par de semanas, debía ir a Barcelona a recoger un premio de poesía, la que ella, se había presentado hacía unos meses.

Estaba entre los finalistas, pero hasta la gala, no se sabría el ganador. Ella había mandado un poemario hacía meses y ya casi ni se acordaba con todo lo del bebé.

Le mandarían por email la dirección del hotel donde se celebraba la gala y la invitación para la misma, que tendría que imprimirla. Más dos noches de hotel incluido, el viernes y el sábado.

Noches de hotel, que regalaba el mismo hotel por su cooperación con el Certamen, con los tres finalistas. El viaje se lo tendría que pagar ella. Pero no le importaba en absoluto.

Estaba feliz y se tocó el vientre y se lo dijo a su hijo, al que pensaba poner Ernesto y el apellido que le correspondía, Soler. Le pesara a quien le pesara.

Se sintió eufórica. La vida le sonreía. Se había propuesto guardar el dinero de los premios y lo que iba consiguiendo con la venta de sus libros para su hijo, los gastos que podría tener, lo que iba comprando, ropita, una cuna que ya había montado en su dormitorio, un armarito, para ropa, el cochecito y todo lo necesario que ella iba juntando cada mes, ahorrando hasta el último euro.

Si pudiese ahorrar para la universidad o estudios del pequeño, también lo haría. Por si no tenía beca. Pero eso era pensar a largo plazo.

A su hijo no le faltaría de nada, le compraría lo que fuese necesario, pero tampoco sería un hijo consentido.

Iría a una escuela pública y tendría cosas normales que ella le pagaría y algún capricho de más, pero sin pasarse.

Ya tenía ahorrado lo que ganó de Alcalá y lo de la venta de libros. Había ido comprando con lo demás, cosas para el bebé con lo que ganó en verano.

Porque en la academia no ganaba un sueldo muy alto. Tenía para vivir más o menos bien y pagar sus gastos, y poco más. Algunos meses podía ahorrar algo y otros no podía.

Con cinco horas o seis en verano no se podía hacer más. Tenía gastos de casa, móvil, luz, agua y comida.

Así que lo que ganaba extra lo iba guardando. Si ganaba alguno de los premios de Barcelona, por poco que fuera, iría también para su hijo.

Ya tenía ahorrados quince mil setecientos euros, que no era poco. Pero no

quería tocarlos. Los iba a necesitar. Si no hubiese más remedio, los tocaría, pero un niño, tiene muchos gastos, se decía.

Y ahora estaba contentísima. Esperaba ganar otro poquito de dinero, aunque fuese el tercer premio que también tenía dinero en metálico incluido.

Ni qué decir tiene que ir a Barcelona le producía un desaliento generalizado, se le rizaba el vello y más aún, cuando de todas las casualidades de la vida, le mandaron el bono del hotel por email y en cuestión era el hotel Helios.

No podía ser otro. ¿No había más hoteles en Barcelona? Tenía que ser el hotel Helios.

Sería mucha casualidad que Ernesto se encontrara allí. Por lo que ella había leído en el último artículo de la revista: "*Hoteles del Mundo*", Ernesto estaba en París.

Había comprado todos los meses la revista, por mucho que decía que no la compraría, al final la compraba. Y en todas se hablaba de él.

Cuando ella había mirado por internet, después de pasar esos días en Sevilla, se enteró de muchas cosas sobre Ernesto. Que era un hombre muy trabajador, que trabajaba mucho y sabía bien invertir. Así como que sus trabajadores estaban muy satisfechos y esto era muy importante para él.

Que daba trabajo a infinidad de personas. Que había surgido de la nada y subido como la espuma.

Pero aparte de trabajo, trabajo y trabajo, también había mujeres, mujeres, mujeres.

Y ella había sido una de esas mujeres. Había sido de las peores, se dijo, puesto que las que veía con él en las revistas eran modelos y chicas guapas para morir, de tacones de aguja y pechos de silicona.

Por eso, se preguntaba, ¿Qué había visto Ernesto en ella? ¿Que lo había quemado en sus partes con un café? ¿O que era diferente de las mujeres con las que estaba y era un modo de probar algo distinto y a mano?

A veces pensaba volverse loca y otras no quería hacerse preguntas, porque lo verdaderamente real, es que con él lo pasó como nunca en su vida y que más real si cabía, era el hijo que crecía en su interior.

El último lugar en el que se encontraba, era París y allí esperaba ella que se quedará hasta que el evento terminara.

No podía verlo ni que él la viera así embarazada.

Rezó para que eso no ocurriera. No quería verlo. No consideraba que fuese el momento. Más adelante, cuando el niño tuviese algunos años.

Pero para ese tiempo, quizá Ernesto también tuviese otros hijos. Estaba hecha un lío, no sabía qué era mejor.

Decidió después de mucho pensarlo, que cuando volviera de Barcelona, lo llamaría y ya le dirían cuándo volvía de París y lo llamaría, le diría todo como había pensado en un principio, y acabaría ese sufrimiento y angustia que llevaba sola a sus espaldas durante más de seis meses padeciendo. Estaba decidida. No esperaba más.

Empezó a hacer planes para el evento literario. Lo primero, comprarse un vestido premamá acorde con una gala literaria y complementos.

No iba a comprarse un vestido ancho como si fuera un saco de patatas, se lo compraría estrecho, que se le notara su vientre. Estaba satisfecha con su cuerpo. Había algunos vestidos muy bonitos. Y ella iba a comprarse un vestido bonito y elegante.

Sacó los billetes de ave ida y vuelta, Sevilla —Madrid —Barcelona. Le encantaba el tren y el ave era rápido. Saldría el día del evento viernes, temprano y así tendría tiempo de descansar.

Al día siguiente, sábado, iría a visitar la ciudad y el tercero domingo, volvería a casa después de la salida del hotel.

Se compró un vestido malva oscuro de encaje y licra con cuello de pico, que dejaba adivinar el asomo de sus senos que se habían redondeado con el embarazo, con manga larga muy elegante, ajustado lo necesario y por encima de la rodilla y un abrigo nuevo negro por la cadera.

Los zapatos con plataforma delante y relativamente altos del mismo color y los complementos en negro, pendientes en forma de cruz, pulsera, un par de anillos grandes y bolsito negro en el que meter sus tarjetas, algo de dinero, pañuelos, una bolsa pequeña de toallitas que le recordó a él cuando le derramó el café, y el móvil.

También un par de folios escritos, dando las gracias, por si tenía que leerlos, llegado el momento. Ya lo tenía todo pensado, planeado y preparado. Todo estaba listo.

Había pedido un día en el trabajo, ya que sólo necesitaba el viernes. Pues iría ese mismo día sobre las nueve y volvería el domingo en el tren de las dos

de la tarde.

Ya tenía los billetes sacados y estaba nerviosa. Cuando había algún certamen, se ponía nerviosa, pero era especialmente porque el evento era en el Hotel de Ernesto.

Eran colaboradores del certamen y eso significaba que debía de haber alguna persona del hotel. Y tenía miedo de que fuese él, el que estuviese allí y la viera embarazada y no quería.

Con un poco de suerte estaría aún en París y ella volvería a Sevilla sin verlo. No quería que nada le estropease su certamen de poesía, ni siquiera Ernesto.

Lo que tenían que tratar era lo más importante ahora en su vida para ella y no quería mezclar las cosas.

Prefería esperar a verlo en Sevilla o llamarlo por teléfono y decírselo, pero no justo en esos momentos importantes que eran parte del trabajo que realizaba.

De todas formas, no creía que él siendo el propietario, asistiese a esos eventos, seguro mandaba a alguno de sus trabajadores y con suerte evitaría verlo. O con un poco más de suerte se hallaría en París. Y eso es lo que ella deseaba con todos sus fuerzas.

CAPÍTULO SEIS

Ernesto, entró en su despacho, después de seis meses y pico de recorrer el resto de los hoteles que tenía esparcidos por el mundo y se sintió en casa.

Estaba cansado de fiestas y reuniones casi a diario, de trabajo y necesitaba paz y tranquilidad. Llamó a su secretaría y se propuso avanzar en el trabajo y las reuniones para poner al día todo el papeleo y poner a punto la oficina.

Llevaba ya dos semanas en Barcelona y había descansado, no había acudido a ninguna fiesta y se había quedado en casa los fines de semana.

Lo había necesitado. Ese descanso, aunque no habían sido vacaciones, le había venido estupendamente.

Descanso, piscina, alimentarse sano y dormir al menos ocho horas diarias. Estaba cargado de energía de nuevo y sobre todo, estaba en casa.

Todo iba marchando a la perfección, cuando el miércoles, Albert entró en su oficina.

—No llames, que puedo estar ocupado —le dijo con ironía.

—Pero no lo estás —siempre optimista y contento—. Te traigo dos entradas para el evento poético que tendrá lugar el viernes. Después hay canapés.

—No me interesan esos eventos. Vengo cansado de meses de fiestas. Llevo dos semanas de ermitaño y estoy muy bien así. No sabes lo descansado que estoy.

—Es en nuestro hotel. Deberías estar como dueño, amo y señor. Ya sabes que es muy importante y nosotros colaboramos con los premios. Alguien tiene que ir. Y yo no puedo. Tengo una cita. Una chica guapa y tenemos planes. Nos vamos el fin de semana.

—Me lo pensaré. Alguien debe ir, pero me molesta tener que ir a esos eventos tan aburridos. En fin, si no hay más remedio. Me aburriré. Ya lo verás. Pasaré un rato, felicitaré a los ganadores, a los gestores del Certamen y me voy a casa.

—Por eso, lleva a Cecilia, una rubia guapa de tu brazo hará que la prensa cultural, nos trate bien como colaboradores. Alguien tiene que representarnos y nadie mejor que tú. Además, Cecilia ha preguntado por ti y me ha dicho que no le has cogido el teléfono.

—No se lo he cogido a nadie. Y no la llamaré. No iré con nadie. Iré solo.

No quiero compromisos. Pero que conste que me apetece estar en casa. Y nada, nada verla. Ni a ella ni a ninguna.

—Te has vuelto muy casero y un monje desde que llegaste. Por esos mundos de Dios ibas siempre acompañado.

—Tú lo has dicho, acompañado, nada más. Nada de sexo. Tengo la moral baja.

—¿Te has vuelto un monje sin sexo, de verdad? No me lo creo. ¿No será por la sevillana? Desde que volviste de Sevilla estás raro y si en Nueva York has sido un monje. Bueno, Chao, Chao, ya me contarás el lunes, que tengo mucho trabajo y una llamada importante que hacer.— se fue deprisa para que Ernesto no lo echara o le dijera algo con la mirada que le había echado.

Ernesto se quedó pensando en lo que le había dicho su amigo Albert. Sí, era por la sevillana, Carmen. Había pensado en ella todos los días, todos.

No es que no le hubiese apetecido tener sexo ese tiempo, pero no lo había tenido. No por necesidad, sino porque cuando pensaba en la sevillana peligrosa, se le quitaban las ganas de volver a lo anterior, a su vida vacía de sexo sin sentido.

Ni siquiera esas altas mujeres y guapas chicas con las que había salido antes, le atraían. Perfumes y tacones altos, largas piernas que te abrazaban en las noches

Prefería pensar en ella y también era satisfactorio el sexo consigo mismo. Siempre estaba ella.

Quizá después de todo la llamara el lunes, ahora que estaba de vuelta, podía ir un fin de semana a Sevilla, si no salía con nadie y verla.

La echaba de menos. Podían mantener incluso una relación a distancia. Él podía bajar todos los fines de semana, siempre que no estuviera de viaje de trabajo.

Quería poseerla de nuevo y hacerle el amor hasta que perdiera la noción del tiempo. Lo tenía loco.

No sabía qué era eso, pero esos casi siete meses en los que no la había visto, la había echado tanto de menos... Y eso era raro en él.

Se pasó las manos por la cara y por el pelo. Estaba raro, indudablemente, ya no era el mismo Ernesto.

El viaje en tren transcurrió de forma deliciosa el viernes para Carmen. Se le hizo corto, ya que entabló conversación con varias personas y se le pasó

volando. Era muy extrovertida y hablaba con todo el mundo.

Tomó un taxi en la estación del Ave de Barcelona hasta el hotel. El taxista, le iba explicando como un guía turístico por donde pasaban y ella miraba embobada esa ciudad que le pareció maravillosa. Nunca había visitado esa ciudad.

—¡Qué bonito es todo!

—¿Nunca ha venido a Barcelona?

—Nunca, esta es la primera vez, pero me encanta.

—Tiene que verla. Es preciosa. Hay algunos monumentos espectaculares.

—Sí, seguro que intentaré ver todo lo que pueda. Lo primero, la Sagrada Familia.

—Esa le va a gustar. Bueno, ya hemos llegado.

Se despidió del taxista, que había sido muy agradable. Cogió su maleta y entró en el hotel.

El hotel era idéntico al de Sevilla y la habitación tenía vistas a la Rambla. Dejó su maleta de fin de semana y se asomó a la ventana. La gente iba y venía. Se veían puestos de flores. Había vida.

Colocó la ropa y bajó a almorzar a un bar cercano. Luego decidió descansar y echarse una siesta. Siempre se había echado una siesta corta, pero desde que estaba embarazada, el sueño la podía.

Incluso tenía que poner la alarma del móvil porque si no, se quedaba dormida para ir al trabajo, así que se echó y puso la alarma del móvil porque a las ocho de la tarde daría comienzo la gala.

Había solicitado una peluquera y maquilladora, un pequeño gasto que se permitió. Estas llegarían a seis, con tiempo suficiente para estar preparada.

Empezó a sentir un gusanillo en el estómago, pero al echarse en la cama se quedó completamente dormida.

Había pedido que la despertaran a las cinco y media y le subieran una merienda.

Y así fue como pasó de ducharse a merendar y a maquillarla una maquilladora que la dejó que ella no se reconocía.

Le encantó, porque iba sencilla pero magníficamente maquillada, haciendo juego con el vestido. Le pintaron las uñas, y de peinado eligió una cola de caballo alta y elegante. Su pelo largo, liso y negro, caía sobre su espalda a la perfección. Le encantaba el pelo despejado de la cara y al ser su cara de facciones pequeñas, le quedaba bien el pelo recogido y la hacía más joven.

Cuando se vistió, se miró al espejo, y tocándose la tripa, se dijo:

—Vamos pequeño Ernesto, vamos a portarnos bien, esto es para ti, mi niño. Tenemos que conseguirte dinero para la universidad.

Cuando el ginecólogo le dijo que iba a ser un niño, tres meses antes, se puso muy contenta y pensó en ponerle el nombre de su padre, Ernesto Soler Del Castillo, como le correspondía. Del Castillo por ella, como era lo normal.

Ella y su familia se alegraron mucho, porque sólo había niñas en la familia. Sus padres al principio y al ser de pueblo no tomaron bien la noticia, pero con el tiempo, esperaban impacientes y llamaban casi a diario cansinamente para ver cómo se encontraba.

Por más que le preguntaban por el padre, ella les decía, que aún no se lo había dicho, que lo haría en cualquier momento, que no se preocuparan tanto. Que estaba en el extranjero trabajando y que cuando volviera, se lo diría, y se los presentaría.

Entró al salón donde iba a celebrarse el certamen. Estaba lleno de gente y ella se encontraba un tanto nerviosa. Las mesas eran grandes y redondas, de diez comensales, con un centro de flores bajas y los nombres correspondientes de cada invitado, una botellita de agua y una copa.

Una azafata la acompañó a su sitio, donde ya estaban sentados todos los finalistas. Los saludó con una sonrisa y se sentó al lado de un chico joven de pelo largo alto y bastante guapo, que según supo, también era uno de los finalistas.

Se saludaron, se desearon suerte y congeniaron al momento. Así anduvieron entre bromas y risas.

—Bueno, al menos luego hay canapés. Si no ganamos mucho, comeremos —dijo divertido Julio— el chico que estaba sentado a su lado.

—Daré buena cuenta de algunos. No he comido desde el mediodía, salvo un café. Y este niño, me pide mucho —rió.

—Como se suele decir, tienes que comer por dos. ¿Qué te parece el salón? —mirando hacía todos lados.

—Es precioso. Estos hoteles, me encantan. He estado en el de Sevilla, pero no en los salones de celebraciones. Pero me encanta todo. Está hecho todo con muy buen gusto y la decoración es magnífica. Las habitaciones también, ¿verdad?

—Sí, —dijo Julio—, no estoy acostumbrado a tanto lujo, pero debo reconocer que esto es en lo mejor que he estado.

—Si te soy sincera, amo las cosas sencillas, pero no me negarás que sepamos apreciar esta belleza. Todo está maravilloso y decorado con gusto exquisito.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

Y empezó un movimiento en un escenario alto que estaba dispuesto para la entrega de premios y el evento.

—Ya va a empezar esto. Suerte Carmen.

—Suerte Julio.

El certamen empezó con las debidas presentaciones, algunas lecturas por parte de poetas conocidos y algunos escritores de Novelas y poemarios más vendidos, y llegó el momento. El corazón se le salía del pecho. Le tronaba como un tambor y hasta el niño le daba patadas.

—El tercer finalista es: Julio con su obra: *La sombra del árbol*.

—El segundo finalista es: Jesús con su obra: *La mujer del espejo*.

—La ganadora es ¡Carmen!. Con su obra: *Íntima*.

Había quedado primera, de nuevo, nada mal pues este certamen era muy importante, lo que le iba a reportar treinta mil euros. Estaba muy contenta. Su hijo estaba de suerte y ella también. Julio y ella se abrazaron y felicitaron. Leyeron parte de sus obras los finalistas y se pasó a la recepción.

La barra y una pequeña pista de baile estaba al otro lado del salón y en las mesas los camareros iban depositando canapés deliciosos. La gente se iba levantando y departiendo, o bailando en la pista.

Julio y ella, cuando pasó más de media hora, fueron a la barra por unas bebidas, después de comerse ella unos cuantos canapés y bocadillos pequeños, pasados los nervios del certamen.

La gente la felicitaba, pues su lectura había encantado a todo el mundo. Recibió un aplauso general.

Ernesto, llegó tarde al evento y se dirigió primero a felicitar a los gestores del evento, que le agradecieron la participación en el mismo. La publicidad no le importaba tanto como la colaboración con la cultura.

Estuvo charlando un rato con ellos y se fue a la barra, con tan mala suerte de que allí estaba Cecilia, su hermana y el marido de la hermana y tuvo que saludarlos sin remedio.

Cuando comieron lo suficiente, y Julio y ella, se dirigían a la barra a tomar algo. Mientras caminaba, todo surgió a cámara lenta.

Iba directa hacia un hombre alto de metro ochenta y cinco, y ojos grises, que estaba al lado de una rubia tan alta como él. Ella se le pegaba como una lapa, mientras apretaba la cara contra la mejilla de él. Él se dejaba sonriente mientras hablaba con otra pareja.

Ernesto estaba de perfil, pero lo reconocería disfrazado en cualquier lugar del mundo. Lo que temía llegó. Pero ella no se achantaba ante nadie. Y mucho menos al verlo así.

No había cambiado nada.

Las rubias lo perseguían y él a ellas. Sintió una rabia inmensa y unas ganas de darle dónde le dio aquella vez, y no accidentalmente como en el Ave, donde se conocieron, no, sino sin ningún motivo.

Cuando llegó Ernesto a la barra a tomar algo, Cecilia, la hermana de ésta y su marido estaban allí y se dirigió a ella, los saludó y pidió una copa de cava.

Tenía a Cecilia pegada como una lapa, cosa que en parte le desagradaba. No le gustaba estar atado. Cecilia, había sido una amiga a la que hacía muchos meses había echado mano cuando no tenía a nadie.

Era como una acompañante cuando la necesitaba y ella siempre estaba dispuesta a hacerlo feliz. No se habían visto en casi siete meses. El tiempo que él había estado fuera. Pero que de ninguna manera estaba dispuesto a estar con ella. Y meses antes de irse se lo dijo, que no tendrían más relaciones.

Pero era tan pesada que no se daba por vencida con él, aunque tenía otras relaciones.

Mientras Ernesto, hablaba con ellos, algo llamó su atención, una mujer embarazadísima, preciosa, con un vestido malva estrecho y un chico más o menos de su edad y pelo largo, guapo y musculado, la acompañaba.

Imposible, pensó. No podía ser Carmen, pero lo era. ¿Pero qué demonios...? Sintió una punzada de celos y quiso darle en la barbilla al guapo que iba con ella.

Sabía que ella escribía y se presentaba a Certámenes, pero no pensaba ni por un momento encontrarla allí.

Se enteró de que había sido la ganadora. Se alegró por ella.

En ese momento, sus miradas se encontraron. Él quiso soltarse de Cecilia

que llevaba un vestido blanco ajustadísimo y cortísimo, dejando poco a la imaginación.

Ella hizo como si no le hubiese visto, era su día y Julio era un chico agradable que iba a ser su acompañante sí o sí, esa noche.

Pero el playboy, se las iba a pagar. Se acercaron a la barra, al lado de ellos. Ernesto hizo ademán de ir a saludarla, pero ella le dio la espalda y se rio de un comentario de Julio, lo que enfadó más a Ernesto.

Bien, jugaremos a tu juego, pequeña peligrosa, pensó. Carmen pidió un refresco de cola y al volverse derramó encima del vestido blanco de Cecilia parte del vaso.

—Perdón, perdón —¿quién no iba a perdonar a una mujer embarazadísima?— ¡Ay! no he querido, ¡qué torpe soy!

—No te preocupes, no pasa nada, —dijo una enfadadísima Cecilia.

—Lo siento, se disculpó a todos de nuevo Carmen, evitando mirar a Ernesto. Pero este, no se detuvo ante nada. —Y dijo con tono imperativo.

—No se preocupe, su marido y usted están perdonados.

Ellos se miraron y rieron.

—No estamos casados, de hecho somos ganadora y finalista del certamen —dijo Julio.

—Ah perdón entonces, es que llegué tarde al evento. Enhorabuena a los dos.

—Gracias —dijeron ambos.

—Vamos a bailar Carmen, le dijo Julio —cogiéndola de la mano.

—Si te atreves...

—Cómo no, señora. —Dijo haciendo una reverencia.

La canción era lenta, un bolero, Ernesto no dejaba de mirarlos desde la barra, la vida no podía pasarle esta mala jugada, y estaba embarazada. Y estaba muy celoso.

No había perdido el tiempo desde que se conocieron. Bueno, si era justo, Él no había sido un monje antes de conocerla, pero nunca había sentido lo que sintió con Carmen, así que no podía exigirle nada.

Habían tenido un trato, pero eso no hacía que se sintiera bien, sino todo lo contrario, estaba malhumorado e irritado y quería partir cualquier cosa.

No quería que ese chico guapo le pusiera la mano encima. Ella era suya. ¿Era suya? ¿Desde cuándo?

Vio cómo Cecilia, la caprichosa, le pedía que la acompañara a casa, no

pensaba estar en la fiesta con el vestido estropeado por una asquerosa mujer embarazada.

Ernesto, se enfadó y le dijo que no se iba, que tenía que solucionar un tema en el hotel y que ya la llamaría, con lo cual, ella se fue indignada y él se quedó solo en la barra ya que la hermana de Cecilia, estaba bailando en la pista con su marido.

Seguro que lo de la cocacola lo había hecho a propósito esa pequeña bruja sevillana. Estaba guapísima y hermosa, tenía que reconocerlo. Incluso embarazada.

Se habría casado, ¿quién sería el padre del bebé? No pensaba irse esa noche sin obtener algunas respuestas. Esperaría lo que tuviese que esperar. Con una sola llamada de teléfono, se informó hasta cuando se alojaba.

Al cabo de casi una hora interminable, cuando ya tenía los nervios a flor de piel, observó cómo se despedía de Julio, el simpático con un abrazo y se dirigía sola a la mesa a por su abrigo y su bolso y posteriormente a la salida del salón camino a los ascensores.

Iba a cerrarse el ascensor, cuando una mano lo abrió de golpe. Ella dio un pequeño grito y él entró.

La miró de frente, se miraron como un reto. Él puso los brazos a ambos lados de ella en el ascensor que siguió su curso ascendente, acorralándola. Ella de tan nerviosa que se puso, se echó a temblar. Esperaba que él no lo notara.

—Hola, pequeña sevillana peligrosa, por fin estamos a solas.

Su cara casi pegada a la de ella y sus ojos grises como una tormenta, le pedían explicaciones que ella no estaba dispuesta a dar.

—¿Qué pasa, se ha ido tu plan pronto? — Dijo ella en tono gracioso.

—Tú las has echado a propósito —Afirmando.

—Es lo menos que te mereces, por mujeriego.

—Tú, tampoco has perdido el tiempo —le dijo mirando su barriga.

—Di mejor, NO HEMOS PERDIDO EL TIEMPO —le dijo envalentonándose, señalando a los dos con el dedo.

—¿Qué insinúas?— le preguntó con cierto recelo.

—Estoy casi de siete meses, haz números, que seguro se te dan muy bien y te darás cuenta que no insinúo nada, doy fe.

—Tomamos precauciones, estoy seguro. No pensarás que voy a creermelo que es mío.

—Por mí, puedes pensar lo que quieras, tomamos precauciones, pero algún bichito blanco tuyo, se salió de la curva más veloz que Fernando Alonso y llegó a su meta... Y aquí estamos. Es un niño. Se llamará como su padre. Ernesto Soler del Castillo, por si te interesa.

—¿Estás loca? —tocándose la cara y el pelo con una mano.

—Loca no, embarazada.

—Quiero una prueba de paternidad —dijo lo primero que se le ocurrió debido a la rabia e irritación que sentía y al conglomerado de pensamientos y sensaciones que le vinieron a la mente.

—Cuando nazca, podrás hacer todas las pruebas que quieras, mientras, si no me crees, seguiremos con el trato que teníamos. Antes no se hará prueba alguna. No voy a poner en riesgo a mi hijo porque tú quieras saber si es tuyo. Tendrás que esperar dos meses más.

—Ni loca puedes pensar que nada va a cambiar a partir de ahora.

—Pues tú me dirás, si no me crees, a mí no me importa. Pero mi hijo no tendrá un padre que vaya cada día del brazo de una rubia distinta. Tendrá si llega el caso un padre honesto, honrado y sobre todo fiel a su madre.

—Siempre he sido un hombre honrado, pero en cuestiones de mujeres, nunca soy complicado, dejo los términos bien concretados y los acuerdos cerrados.

—Me encanta que tus relaciones las trates como un tema laboral, así pues, haz cuenta que este está cerrado. Será sólo mi hijo. No te he pedido nada, ni te necesito para nada. Pero como te he dicho, se llamará Ernesto Soler, como le corresponde.

Acercó su cara casi rozando sus labios con los de ella.

—¿Tú crees?

—¿Te puedes retirar un poco? Me estás poniendo nerviosa. Y sí, claro que lo creo, es más, estoy segurísima de ello. No me he acostado con nadie más.

—Eso quiero ponerte, pero no nerviosa, sino como tú sabes.

Y sin esperar más, la cogió de la cintura y la pegó a él. Rozó sus labios con los de ella e introdujo la lengua en su boca con desesperación, como si hubiera vuelto a casa. Ella quiso resistirse pero no pudo y lo acogió como un naufrago, hasta que quedaron sin respiración y se dieron cuenta de que la puerta del ascensor se abría y cerraba.

Salieron al pasillo.

—Dame la llave, ¿qué habitación tienes?

—La 408.

—¿Qué? —preguntó incrédulo. Tenía buena memoria también.

—Me gustaba ese número. Me trae buenos recuerdos.

Él sonrió con satisfacción por ese hecho. Abrió la puerta y la dejó pasar.

—Voy a entrar, no hemos terminado de hablar.

—Estás en tu casa, y nunca mejor dicho. Perdona, voy a quitarme los zapatos y a sentarme, me siento algo cansada.

—Perdona mi desconsideración, ¿te encuentras bien?

—Sí, gracias, solo que los pies me están matando con los zapatos de tacón alto. Ha sido una noche larga y ya no aguanto tanto como antes. Estoy más pesada.

Se sentó en la butaca y se miraron un buen rato en silencio. El la observaba. Estaba preciosa embarazada y su sentimiento de protección por ella no había cambiado un ápice.

Su forma de actuar, había sido más bien por celos de verla con el chico joven, que otra cosa. Si era de verdad hijo suyo, no podía estar más preciosa.

Conociéndola como la conocía, sabía que decía la verdad. Ella no era una mujer que le gustara atrapar a millonarios.

Era independiente y buena, honesta y honrada. Pero ¿por qué no le había dicho nada en cuanto lo supo?

Se sintió como un imbécil porque no había contado con él. Como si no importara o no fuese parte del pequeño. Él no abandonaba hijos como lo hizo su padre. Se haría cargo de su hijo, si lo era.

—Mira Ernesto, no tienes que preocuparte de nada. Tu vida seguirá igual que antes, que siempre. Yo lo tengo todo planeado. He comprado hasta la cuna. Todo cuando necesito para el bebé y tengo mi dinerito ahorrado para sus gastos. Una chica se quedará con él por las tardes cuando se me acabe la maternidad para ir a la academia y podré seguir escribiendo por las mañanas, tú podrás venir los fines de semana que no estés recorriendo el mundo y verlo. Yo no te voy a poner objeciones. Claro, eso si quieres. No tienes ninguna obligación. Y cuando nazca podrás hacerle una prueba de ADN si quieres estar seguro, no voy a oponerme a nada. De verdad.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, cuando lo supiste?

—Iba a decírtelo, pero te vi en la revista con una rubia casi besándote en Nueva York y se me quitaron las ganas. Y además supe por la revista, que eras muy rico, millonario y tuve miedo. No quería que pensaras que quería tu

dinero. Así que pensé dejar pasar el tiempo y decírtelo más adelante. Cuando llegué a este hotel, pensé que ya era hora de que lo supieras, y te juro que iba a llamarte el lunes.

—Y yo también pensaba llamarte el lunes.

—¿Sí? ¿Por qué? —dijo con cierta ilusión.

—Eso ya no tiene importancia —dijo cortando el tema.

—Bueno, ya sabes, no tienes que preocuparte, de verdad. No quiero que tu vida cambie nada. Estamos en distintas esferas sociales y viajas por todo el mundo. No voy a impedirte verlo.

—Yo no lo veo así. Mi hijo, si lo es, formará parte de mi vida, día a día, quiero verlo al irme a trabajar por la mañana y besarlo al llegar a casa, jugar con él los fines de semana y mimarlo. Dios, nunca he querido relaciones, ni había pensado mucho menos en familia e hijos. Y aquí estás...—con las dos manos juntas, se tapaba la cara.

—Y aquí estoy. Por eso va a ser muy difícil para ti. Te conozco y sabía que no querías esto. Por eso y porque estabas recorriendo el mundo no he querido ni podido decirte nada. Vivimos en lugares diferentes. Tienes dinero que yo jamás ganaría en mil años. No tenemos nada en común, salvo el sexo y este hijo. Teníamos un acuerdo. Nuestras vidas son tan distintas... no quiero que sufras. Tú lo has dicho, no querías hijos ni familia, ni estar atado, Ernesto. Conmigo lo tienes muy fácil, no te pido nada ni te exijo nada, ni dinero siquiera. Yo tengo el suficiente para criar a mi hijo con todo lo que necesita.

—Todo ha cambiado ahora. —Mientras se acercaba al balcón y miraba a través de los cristales, fuera— Cierto que en mis planes no había hijos, pero si ahora los hay, eso, es otra cuestión. El trato, ha cambiado Te propongo algo.

—¿Otro trato? —Preguntó ella intrigada.

—Vente a Barcelona conmigo, mi casa es grande, tiene piscina y suficientes habitaciones para que elijas la del niño. — Carmen abrió la boca—. Déjame acabar, yo pagaré todos los gastos de nuestro hijo y te daré una manutención y podrás escribir y estar con el bebé cuando quieras, todo el tiempo y contrataremos una chica para que lo cuide cuando tú escribas o cuando quieras. Tendrás una tarjeta de crédito para todo. Eso me haría feliz. Y además somos compatibles en la cama. Te juro que querré a mi hijo más que a nadie en el mundo.

—A ti te haría feliz, pero a mí no, nunca he sido una mantenida y nunca lo seré. Puede que no sea millonaria, pero no necesito millones para vivir. Ni venderme por una vida económicamente mejor, tengo la que tengo y me gusta mucho. Y no quiero irme de Sevilla.

—Maldita mujer testaruda... es también mi hijo y puede disfrutar de lo que tengo.

—Ahora no necesitas prueba de paternidad, ¡vaya!

—No, no la necesito, vaya, sé que es mi hijo y sé cómo eres tú. Y porque sé cómo eres tú, sé que es hijo mío.

—Ahora me conoces a la perfección por un fin de semana que hemos pasado juntos. Y en ese trato del que hablas, ¿viviríamos juntos y dormiríamos juntos?

—Por supuesto que sí, sabes que somos sexualmente compatibles, ya te lo he dicho y no voy a buscar una mujer que no seas tú.

—Y cuando viajes por el mundo ¿tendré que verte del brazo de alguna rubia y compartirte con ella? En qué me convertiría ¿en tu amante, en tu mantenida, en tu querida?

—Te seré fiel y tú a mí. Yo tampoco soportaría que ningún guaperas te manoseara.

—¿Estás celoso de Julio? —Le preguntó intrigada.

—No, no soy un hombre celoso. —Dijo sin mucha convicción.

—Cualquiera lo diría...

¿Sería posible?, estaba celoso. Julio se había comportado como un caballero agradable, gracioso y simpático y él lo hubiese matado por tocarla.

—Mi respuesta sigue siendo no. Yo vivo donde vivo, me gusta donde vivo y si quisiera un padre para mi hijo, sería uno que me amara y estuviese dispuesto a pasar el resto de su vida conmigo. No sólo que se ocupara de mi hijo y se acostara conmigo por las noches porque somos compatibles en la cama.

—Sabes cómo llevo mis relaciones. ¡Maldita sea!

—No, de hecho no lo sé, nunca me lo dijiste, hicimos un trato de un fin de semana. Nunca te pediría que me quisieras o que hicieras algo de lo que te arrepintieras más tarde.

—Nunca me comprometo —dijo irritado.

—Pues yo sí, siempre. Mi vida está llena de compromisos. Te voy a decir algo, Ernesto, que quizá me arrepienta, pero soy muy clara, ya lo sabes. Estoy

enamorada de ti, desde el primer momento en que te vi. Fue algo que no pude controlar, quizá tú estés acostumbrado a que todas las mujeres caigan rendidas a tus brazos y yo sea una más de ellas, pero ahora, está mi hijo por encima de nadie y de ti y es por quien me toca cuidar y amar de momento. Y no me importa hacerlo sola, soy capaz. Este hijo es fruto del azar y de mi amor. He sufrido mucho viéndote cada mes del brazo de mujeres, mientras yo vomitaba y llevaba a tu hijo en el vientre, pero eso no quiere decir que por mucho que te amase, me voy a vender.

Se quedó parado sin saber qué decir, ¿que lo amaba? El miedo lo paralizó, Él no quería eso, siempre tuvo miedo al compromiso. Su padre los había abandonado cuando él tenía diez años y no creía ser capaz siquiera de ser un buen padre.

Ahora lo comprendía. Lo que ella quería era casarse con él. Pues iba lista. Todas eran iguales, al principio no les importaba el dinero, pero luego querían un anillo en el dedo y una promesa de amor eterna. Algo que él no estaba dispuesto a darle a ninguna mujer. Maldita fuera esa mujer...

—No voy a casarme contigo —lo dijo como quien da una bofetada. Que ella recibió como tal.

—No te lo he pedido, pero no voy a vivir contigo con tus condiciones. Crees que sólo tú puedes poner condiciones en las relaciones. Yo también tengo las mías y todo el mundo, ¿quién te crees que eres? ¿El dios todopoderoso que manda en el resto de los mortales o qué? Siempre puedes ir a tu hotel, está al lado de mi casa y ver a tu hijo cuando quieras. Eso no voy a negártelo. Así tendrás la vida que quieras con otras mujeres. Y de paso tu vida feliz y libre de compromisos.

—No quiero otras mujeres, maldita sea.

—Ah ¿no? Y lo que yo he visto en las revistas, ¿qué era?

—Te juro que no ha habido otra después de ti en mi cama. —Dijo tajante.

—Vaya y debo creérmelo como tonta que soy. Conociéndote lo poco que te conozco, eres insaciable y me resulta difícil creer que hayas estado más de seis meses sin sexo.

—Puedes creerlo o no, pero así es. Entonces, ¿qué demonios quieres?

—Quiero que me dejes en paz. Yo estaba feliz con mi embarazo hasta que has aparecido de nuevo en mi vida.

—¿No pensabas decírmelo? Soy el padre.

—Quizá cuando fuera un poco mayor y preguntase por ti. Ya te lo he

dicho. Pero hoy lo pensé mejor y pensaba hacerlo el lunes. Iba a llamar para ver cuándo volvías del extranjero y hablar contigo.

Entre juramentos se acercó a ella y cogiéndola del pelo por la nuca, la levantó del sillón, la pegó a su cuerpo y le dio un beso, que nada tenía que ver con los que le había dado.

En ese beso que a ella le pilló por sorpresa, había rabia y un montón de emociones contenidas. Cuando la soltó, ella trastabilló hacia atrás sorprendida.

—¿Por qué lo has hecho? Quiero que te vayas. No quiero que cuando me beses, me beses con rabia, como un castigo, como si me hubiese portado como una niña mala. No me lo merezco. Soy tan poco culpable de esto como tú.

—De acuerdo, pero ya veremos, aún no hemos terminado —y salió dando un portazo.

No se iba a salir con la suya, además, lo más seguro es que el niño no fuera suyo.

¿Enamorada de él? Uno no se enamora así como así, o al menos él no había sentido amor con ninguna mujer, como mucho cariño, pero esa mujer lo ponía a cien, incluso cuando discutían quería tenerla bajo su cuerpo y hacerle mil cosas, incluso embarazada, la deseaba. Incluso rabioso deseaba hacerle el amor a toda costa. Y más después de tantos meses de abstinencia sexual por su culpa.

En lo que concernía a ella, tenía un sentimiento poderoso de posesión y protección y nunca había sentido, lo que sentía por ella sexualmente. Y ahora estaba su hijo. En el fondo sabía que era suyo, por cómo era Carmen, Pero de eso al amor... Estaba enfadado, irritado, acorralado.

Bajó a recepción a confirmar cuánto tiempo se quedaba y supo que el sábado se quedaba y salía el domingo del hotel. Seguramente se iría el domingo en el Ave, al salir del hotel.

Si quería al día siguiente podría estar con ella, aunque ella, lo había echado de allí. Bueno, se había ido él muy enfadado con ella.

Se fue a su casa y se sentó en el jardín, con una copa de vino blanco. Si hacía frío, ni lo notó.

Pensó en todo lo ocurrido. Iba a tener un hijo. Pensó en su padre, pero él

no era su padre, era otro hombre muy diferente. No abandonaría a su hijo nunca, como el suyo lo había hecho años atrás.

Su hijo no pasaría por eso, no andaría tras él como un perrillo faldero porque él abrazaría a su hijo y lo querría como nadie.

Haría lo que tuviese que hacer por él. En ese momento recibió un wassap de ella y se sorprendió.

Era una foto de una ecografía. Sin más palabras. La amplió y era un bebé pequeñito y se emocionó. Se le saltaron las lágrimas. Tenía que pensar en algo, Carmen, tenía razón, lo había puesto en su lugar.

Él no era el único que tenía o podía poner normas en las relaciones. Con mujeres diferentes a ella, podría valer, pero con una mujer como Carmen, no servía, porque ella se hacía valer.

Y por eso a él le gustaba tanto. Porque sabía que era única y valiente y le decía las cosas a la cara. No le importaba su dinero y lo trataba como uno más, como una persona desposeída de propiedades. Y él estaba acostumbrado a que todo el mundo le obedeciera y lo tratara como todo un señor.

Siguió viendo la foto. Parecía ya un bebé formado. Y le correspondió con otro wassap escueto:

“Te espero mañana en recepción a las once y media”.

Y ya no obtuvo respuesta, pero sabía que estaría allí. La llevaría a dar una vuelta y estaría todo el día con ella. Y el domingo la llevaría al ave.

Una cosa era estar enfadado y otra no ser cortés y él era un hombre cortés, cuanto más con la que iba a ser madre de su hijo. Tenían mucho que hablar aún. Llegar a algún tipo de acuerdo.

Ella, por su parte, se quedó en la habitación enfadada. Había visto superioridad en él y no le había gustado. El que fuese rico no le daba derechos sobre ella y sobre su hijo. La había insultado de la peor forma posible para ella. Ella, nunca sería una mujer mantenida con una tarjeta de crédito suya.

Otra cosa era un matrimonio, que por otro lado tampoco le había pedido. Pero nunca sería amante de nadie, ni siquiera de él, al que amaba más de lo que se merecía.

Sin embargo, sintió empatía por Ernesto. Su forma de responder y actuar, le parecían normales.

Enterarse de que iba a tener un hijo, así de sopetón, con tantas mujeres alrededor podía comprenderlo. Y la forma en que llevaba sus relaciones,

también. Y se dio cuenta de que se sentía atrapado.

No la quería, como mucho, sentía atracción sexual por ella. Y por eso fue comprensiva con él y le ofrecía lo que cualquier hombre hubiese deseado en su lugar, nada. Dejarle ver al crío cuando quisiera y no pagar nada. Pero se ve que a él eso, tampoco le hacía gracia. Tenía conciencia.

Le dio un poco de pena toda la situación. Y le mandó la foto de la ecografía. Y él le mandó una invitación para el día siguiente a las once y media. Iría. Ya sabía que de alguna manera se había enterado de que se quedaba hasta el domingo.

Lloró, lloró un poco, porque no era eso lo que ella esperaba. Era una romántica, pero estaba en un momento débil y vulnerable. Por el bebé, pero no iba a dar su brazo a torcer en cuanto a sus proposiciones. Y así se pudo quedar dormida.

El sábado, se levantó y se duchó. Pidió el desayuno y lo tomó en la cama. Luego descansó un ratito más y sobre las once se arregló de manera informal para salir con él. Unas mallas y un jersey largo a juego con una rebeca del mismo color, verde. Como sus ojos. Se puso los pendientes del día anterior y unas botas altas de tacón bajo. Si iban a andar, no podría con tacones. Le dolerían los pies mucho.

Tomó su bolso, se maquilló muy natural, se perfumó y salió en busca de Ernesto, dispuesta a ver qué pasaba ese día.

Lo encontró en recepción, con unos vaqueros azules informales algo desgastados, una camiseta negra y una cazadora de piel beig.

Cuando Carmen apareció en recepción, le pareció la cosa más hermosa que había visto en su vida. Tan bella y vulnerable, se acercó a ella y bajando su cara, la besó en los labios. Ella se sorprendió. Le tomó la mano, que Carmen no rechazó y salieron a la calle.

—¡Buenos días Ernesto! ¿Te gustó la foto que te mandé?

—Me emocionó. Está muy grande.

—Sí, lo está.

—¿Qué pensabas hacer hoy?, ¿has quedado con alguien?

—Sí, contigo. No, no he quedado con nadie, pensaba tomar el día para pasear o ver algo de la ciudad. Y comer por ahí. Cuando me cansara echar una siesta y salir a tomar café y cenar luego, ya más cerca del hotel.

—Pues te acompaño. No tengo nada que hacer hoy ni mañana. Tú lo hiciste en Sevilla y ahora me toca a mí. Además tenemos que hablar. Quiero que me perdones por mi terquedad de ayer.

—No tengo nada que perdonarte Ernesto. Yo en tu lugar, quizá hubiese hecho lo mismo. Saber de sopetón que vas a tener un hijo, es duro y sorprendente.

—Vamos a dar primero un paseo por las Ramblas si te parece.

—Vale, como tú quieras —Sin soltarse de la mano.

—Tenemos que pensar en opciones sobre el pequeño. Yo quiero estar ahí con él. Ya te lo dije. Tengo que ver cómo lo hago. Pero no voy a conformarme con verlo de vez en cuando. Eso no es tener un hijo.

—¿Ya estás seguro de que es tu hijo? —Le preguntó mirándole la cara y a sus ojos grises que la mataban.

—Sé que es mío. Tú nunca me mentirías en eso.

—No, no lo haría. No he estado con nadie más. Es hijo tuyo.

—En cuanto a que estás enamorada de mí, Carmen...

—Es un sentimiento mío. No puedo cambiarlo. Una no elige de quién se enamora. Pero no te pido que me correspondas.

—¿Por qué eres así?, le dijo él tocándole la barbilla y subiendo su cara para que lo mirara.

—¿Así como? —Sin entender a qué se refería.

—A ser tan buena y tan comprensiva. Tan crudamente sincera.

—No creas. Tengo mi carácter. Y soy peligrosa. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Ya lo comprobé ayer. No sé qué hacer con esta situación, Carmen. Si me hablas de negocios, te puedo resolver cualquier asunto por difícil que pueda ser. Pero en esto, solo sé dos cosas, que quiero que estemos juntos y que quiero estar junto a mi hijo a diario. Mi padre nos abandonó a mi hermana y a mi cuando yo era niño y yo no pienso abandonar a mi hijo. No puedo. Es algo superior a mí. No voy a ser el culpable de que la vida de mi hijo sea como la mía. No voy a abandonarlo. No quiero que pase por lo que pasamos mi hermana y yo.

A ella, le pilló desprevenida esa confesión por parte de Ernesto y le produjo una gran ternura, pensar que su infancia pudo ser desgraciada por culpa de su padre.

—No tienes que abandonarlo. Muchos padres trabajan en un sitio toda la

semana y van a sus casas los fines de semana. O piensa en los camioneros, que están semanas fuera y luego vuelven a casa. Tú puedes volver el fin de semana a mi casa. Sabes que puedes venir siempre que quieras. Y podemos salir con él los fines de semana. Y yo le hablaré de que su papá trabaja fuera y viene los fines de semana, cuando sea la hora de que pregunte.

—No sé si esa será una buena idea. Pensaré en algo y llegaremos a un acuerdo, ¿vale?

—Vale. Yo también seguiré pensando en opciones.

—Pues ahora quiero dejar de pensar en eso y voy a enseñarte Barcelona. Y la cogió en medio de las ramblas y la besó apasionadamente. Hasta que ella se puso roja como un tomate.

—Esto no hace falta —Hecha un flan cuando la besaba o la tocaba. No lo había olvidado.

—Sí, a mí, me hace mucha falta. Cuando te dije que no había tenido relaciones con nadie después de ti, no te mentí. Estoy a dieta con respecto al sexo. Pensaba en ti y no podía. Así que no me pidas que no te haga nada este fin de semana, cielo, porque no puedo aguantarme, ni prometértelo.

Y si tenían sexo esos días, ella sabía que no iba a poder resistirse a su olor, ni a su cuerpo grande ni a sus manos de viento, sus besos o todo él, lo necesitaba.

Para no cansarla mucho la llevó a ver la Sagrada Familia y la casa Batlló de Gaudí. Todo después de recorrer las Ramblas. Ya estaba muy cansada y decidieron parar a comer en un restaurante muy bonito y caro, como a él le gustaba. Y ella no se opuso, tenía un hambre que se moría.

—Vaya, parece que tenías hambre —dijo él sonriente, viéndola comer con tanto apetito. Le gustaba verla comer.

—Es tu hijo que me mata de hambre, Si sale tan alto como tú, no me extraña que me haga comer de esta manera

—Pues no has engordado casi nada —mirando su cuerpo.

—Porque me cuido, ando una hora por la mañana y como bien. Pero sí que he engordado algo.

Cuando terminaron de comer, él tomó un taxi y regresaron al hotel para que ella descansara un rato. Se había cansado mucho por la mañana y estaba acostumbrada a descansar las piernas en alto al mediodía.

Entró en la habitación con ella. Carmen quiso darse una ducha y ponerse cómoda. Así que se duchó y se puso un pijama mientras él miraba la tele. Se

había quitado los zapatos y la cazadora y se había echado en un lado de la cama.

Tenía los ojos cerrados cuando ella salió. Pensó que se había dormido, y te tumbó a su lado despacio sin querer molestarlo.

Ella se puso de lado mirándolo y él hizo lo mismo abriendo los ojos.

—Pensé que estabas dormido —le dijo mirando sus ojos de cerca.

—Si te tengo al lado, después de tanto tiempo, nunca me podría dormir, aunque lo pretendiera. Quiero hacer el amor contigo. Por encima de todo.

Y la besó despacio en los labios. Olía a gel y la atrajo a su lado. Ella estaba enamorada de él y lo había necesitado tantos meses que no podía decirle que no. Profundizó el beso y fue desnudándola y desnudándose. Y la vio en todo su esplendor embarazada.

—¡Estás preciosa! —le dijo en tono cariñoso.

—Seguro. Parezco un barril.

—Un barril que me encanta. Te han crecido los pechos y los pezones. ¿Crees que si lo hacemos, le haremos daño al niño?

—No, no le pasará nada.

Le pasó la mano por los pliegues de su sexo dispuesto para él, tocándola íntimamente, despertando algo que había estado dormido desde hacía meses y Ernesto sintió como se retorció y gemía y sabía que era su hombre, que él la conducía al viento entre enredados lamentos hasta sentir su agónico y último suspiro.

Ella, se abandonó a él sofocada y encendida, pero Ernesto no había terminado. Estaba listo y duro para ella y verla temblar entre sus manos, lo excitaba sobremanera, así que esta vez no necesitaba protección y entró en ella resbalando su sexo entre su piel rugosa que lo esperaba impaciente y lo apretaba y lo levantaba.

Él se movía en ella con su sexo liviano y alborotado. Estaba agitado y frenético y despuntó en ella hasta quedar amodorrado.

Había sido especial, carne con carne y él la atrajo hacia ella cuando recobró la respiración. Nunca hubiera imaginado estar así con ella. Había sido más que sexo. Una conexión espiritual e indescriptible. La besó en el pelo y ella se acurrucó en su pecho.

—Ya verás cómo solucionamos todo esto, cielo. Ya se me ocurrirá algo. Tengo que pedirte perdón por lo que te ofrecí. No eres de esas mujeres y lo sabía, pero estaba rabioso y enfadado. Cuando estoy contigo, todo es diferente. No he conocido a una mujer igual a ti.

—No te preocupes, no pienses ahora en ello. Lo que tenga que ser será. No tenía que haberte dicho que estaba enamorada de ti. Creo que eso ha sido un error por mi parte. Me siento como si te obligara a sentir lo mismo.

—No seas tonta. Ya sabes cómo soy. Nadie me obliga a nada. En eso nos parecemos. Y ahora vamos a descansar un rato. Duérmete. Luego saldremos por la noche a ver el barrio gótico y cenaremos allí. Y por hoy ya has tenido bastante.

Por la noche, salieron a cenar y dieron un paseo por el barrio gótico, que le encantó. Y se quedó a dormir con ella por la noche y volvieron a hacer el amor, con cuidado, porque Ernesto tenía miedo de hacerle daño al niño y se la puso encima.

Si por él hubiera sido, hubieran estado toda la noche haciendo el amor, pero él quería protegerla. No quería cansarla. Quería que estuviese bien. Iba a ver qué podía hacer con ese problema que tenían que resolver.

El domingo, se levantaron y volvieron a hacer el amor. Desayunaron en el hotel, y cuando llegó la hora en que tenía que irse, Ernesto la acompañó hasta el Ave. Hasta que la perdió de vista al montarse en el tren.

Mientras esperaban el AVE, se tomaron un café en las mesas, parecidas a las que se habían conocido en Madrid y recordaron la anécdota y se rieron. Lo cierto es que fue gracioso cómo se conocieron.

—Me echaste todo el café en la pierna y tuve una erección cuando me limpiaste, estabas llegando a un punto de no retorno. Fuiste increíble.

Ernesto se reía recordando la anécdota.

—Me pusiste muy nerviosa, que lo sepas. Te vi tan guapo y tan alto... La verdad es que eres un tipazo de hombre. Y lo sabes. Sabía que me estabas mirando y me arrepentí de no sacar conversación contigo. Me sentí una tonta después. Para una vez que encontraba un hombre alto y guapísimo...

—Andaluza —soltó una carcajada.

Sintió un vacío al verla marchar. Llevaba a su hijo dentro de ella y tenía que pensar en algo. Al día siguiente tendría que hablar del tema con Albert. Era su amigo y confidente y algo le diría. Dos piensan mejor que uno, se dijo.

Pero estaba muy preocupado.

Ella por su parte, realizó el viaje en tren a Sevilla, entre preocupada y con una buena sensación de bienestar.

Él no había tenido relaciones sexuales con otra, y lo creía. Ernesto no necesitaba mentir en ese aspecto.

Bien que al principio, se sintió enfadado, luego se le bajaba el tono. Era muy pasional e impulsivo, pero luego se le pasaba rápido y la había tratado como siempre. Había sido delicado y protector con ella y con su hijo.

Le quedaba la pena de que Ernesto, no sentía lo mismo que ella y no sabía si tenía que haberle dicho que estaba enamorada de él. Pero todo estaba claro y dicho. Y ahora tenían que buscar una solución.

Pero por otra parte no había tenido relaciones sexuales con ninguna y eso ya era algo al menos para ella. A lo mejor no la quería, pero no la había olvidado.

Ella lo tenía claro. No iba a mudarse de Sevilla. Eso no era tratable. Era lo único de lo que estaba muy segura.

Había hecho su vida allí y le había costado y ahora que estaba asentada no pensaba cambiarse. Comprendía a Ernesto, pero por una vez se sintió egoísta y pensó en ella.

No estaba dispuesta a pasar por otra situación similar como con la que pasó con Pablo, porque ahora tenía un hijo, una vida hecha y un trabajo.

Además estaba la forma de ser de Ernesto y nadie le garantizaba que volviera a salir con ese tipo de mujeres y ella no iba a quedarse en su casa para que tuviera que salirse con su hijo a ningún sitio. Tenía miedo.

Por la noche, Ernesto la llamó para ver si había llegado bien a casa. Lo iba a tener pendiente de ella a todas horas. Le gustaba, era señal de que se preocupaba por ellos.

El lunes por la mañana, Ernesto, al entrar en el despacho llamó a su secretaria y canceló las llamadas que tenía hasta media mañana y llamó a Albert. Tenía que contarle la historia.

Albert, silbó cuando este terminó de contarte toda la historia.

—Amigo, estás atrapado y además enamorado de esa pequeña andaluza. Creo que deberías casarte con ella y ser felices y comer perdices, como suele decirse. Además tiene un hijo tuyo. No creo que tú puedas abandonarlo, como tu padre te abandonó a ti.

—¿Estás loco? Yo jamás haría eso, además estoy seguro de que es mío.

Ya viste sus datos e informe, no es una mujer que mienta.

—Lo que me cuentas de ella, me gusta y te dio bien, ¿cómo se te ocurrió proponerle semejante cosa, estás loco? Ella no hubiese aceptado ser tu amante jamás en la vida. Ella es de las que tienes que ponerle un anillo en el dedo, o vivir juntos y compartir tu vida con ella. Pero no quiere tu tarjeta de crédito. ¡Me encanta Carmen! Y te digo una cosa amigo, estarías loco si la dejaras libre, porque, ¿Y si se enamora de otro y este cuida a tu hijo como si fuese suyo? Es guapa, es encantadora, es... ¡Me encanta!

—Cuidado, ni se te ocurra. Nadie va a cuidar de mi hijo y de ella, salvo yo.

—Uyuyuyuyuy ¿celoso? Ten en cuenta que ella no quiere que la cuides. Quiere ser tu compañera. Hay una gran diferencia. Tú eres muy protector y muy mandón. Te conozco, quieres hacer las cosas a tu manera y con ella, tienes que compartir ideas y opiniones y la forma de hacer las cosas. Te gusta organizar todo a tu estilo, pero hay una persona que también tiene estilo y tendrás que ceder. Que lo sepas. Y te vendría bien por una vez. Te ha puesto en tu sitio. Te lo mereces amigo. No es una tipa tonta de las que conoces, es una verdadera mujer que no sé si te mereces, después de todo. Y soy tu amigo. Pero te lo digo de corazón. Tienes mucha suerte, después de estar con tantas mujeres y ahora tienes una verdadera mujer.

—Creo que tengo que pensar en algo para estar juntos.

Mirando a la calle con la mano puesta en el cristal, de espaldas a su amigo.

—¿Y si te cambias a Sevilla, compras una vivienda y pones allí la oficina Central? Esta la puedo llevar yo desde aquí, como las otras que tienes. Tienes alguien de confianza en cada ciudad. Y casi en cada hotel tienes una oficina.

—¡Pero mi casa está en Barcelona!

—Bueno y qué. No tienes por qué venderla de momento. Además también tienes un ático en Nueva York, ¡qué más da! ¿Me vas a decir que no puedes tener otra en Sevilla? Puedes vender luego las otras dos o mantenerlas. En principio, mira qué tal te va. Pon la oficina en una de las habitaciones del ático del hotel. En una suite o en la planta baja. La adaptas y no necesitas buscar oficina fuera. Tienes esta. Contratas a una secretaria y punto. Y nosotros llevamos esto. Estamos en contacto. Cuando te has ido por meses, no ha pasado nada. Puedes llevarlo todo desde dónde quieras. Así, tendrás tu oficina y tu familia. Eso sí, te convertirás en sevillano.

—No me importa. Me gusta esa ciudad. Puede que tengas razón y me lo

piense.

—Sólo te daba una idea, pero yo desde luego, lo haría. Tienes más millones de los que puedes gastarte en siete vidas. Puedes vivir donde quieras. Y tener la central donde te apetezca. No veo el problema.

—Gracias amigo. Puede que tenga en cuenta tus ideas. De todas formas, no se me ocurren otras. Y esa creo que es la mejor solución a todo.

Iba a pensarlo, Albert tenía razón, el hecho de que otro hombre educase a su hijo, y de que otras manos la tocaran, lo ponía enfermo.

Iría a Sevilla el fin de semana y si quería boda, tendría boda, un anillo y lo que quisiera.

Y si no quería boda, vivirían juntos por su hijo. Ya la convencería para casarse con ella después. Debía de ir con tacto en todo lo que estaba pensando.

Su imaginación volaba con todo lo que se le estaba ocurriendo hacer. Y lo haría. Por ella y por su hijo.

CAPÍTULO SIETE

El viernes por la noche, cuando Carmen volvió de la academia, encontró a Ernesto en su puerta. Se sintió alegre y emocionada, porque no lo esperaba tan pronto.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba. Me lo podías haber dicho. Me has llamado todas las noches y no me dijiste nada. Estoy contenta de que hayas venido. —Le sonrió.

—Quería darte una sorpresa.— Se acercó a ella, la tomó en su brazos y la besó largamente. Luego le tocó el vientre y se lo besó y eso a ella le produjo una ternura tremenda.

—¿Puedo entrar? Parece que los dos estáis bien.

—Entra, has llegado a tiempo. Me ducho y cenamos, si quieres acompañarme. Nada especial, una sopa y algo de fiambres y postre.

—Estoy hambriento. Pero si quieres podemos salir fuera a comer.

—Estoy cansada y apenas salgo, salvo por la mañana a pasear. Ya estoy muy pesada y lo que quiero es echarme en el sofá un ratito, y poner los pies en alto, ver alguna peli y dormir.

Se fue a ducharse y salió al salón en pijama y zapatillas. En la cocina preparó una sopa y un plato con fiambres y una pizza. Mientras, hablaban de cómo les había ido la semana.

Como si fuesen un matrimonio normal que no se viera salvo los fines de semana. Se sentía cómoda y se alegraba de que hubiese ido a visitarla. Había sido todo un detalle.

Mientras ella preparaba la comida, la observaba. Se acercó por detrás y le rodeo el cuerpo con sus manos, la besó en el cuello y le puso una cajita en la encimera, donde ella preparaba la cena.

Se arrimó más de lo normal por detrás, de manera que ella podía oler su perfume, caro y su cuerpo duro pegado al de ella.

Le preguntó que era y le dijo que lo abriera. Al abrirlo, las lágrimas asomaron a sus ojos. Era un anillo de compromiso precioso, sencillo, porque él sabía que a ella no le gustaban las joyas ostentosas, siempre usaba bisutería. Tenía un brillante blanco en el centro.

—¡Es precioso! Pero Ernesto... no puedo cogerlo. Esto para mí simboliza amor. Y aunque yo te amo, tú no me correspondes.

—Quiero que te lo pongas y te cases conmigo. No quiero hacer la prueba de ADN, confío en ti y sé que ese niño es mío. Te quiero en mi vida, quizá no te quiera tanto como tú a mí, pero te juro que no quiero que otro hombre te toque o cuide a mi hijo, no sé si eso es amor, o qué es, pero no puedo hacer el amor con otra mujer que no seas tú y no te dejaré sola en esto. Y no quiero que vivamos mucho tiempo sin casarnos. Ni separados. Yo no me voy a arrepentir de esto. Sé que es lo que debo hacer y vamos a hacer esta locura.

—Pero Ernesto, ¡estás loco!, tu trabajo está en Barcelona y tu casa también. Sí que es una auténtica locura.

—Eso, ya lo tengo pensado. Voy a poner mi oficina central en una de las suites del hotel, aquí en Sevilla. Contrataré una secretaria y trabajaré desde aquí. Albert, mi amigo y confidente, llevará la oficina de Barcelona. De todas formas tengo oficinas en cada sitio donde tengo hoteles. Da igual dónde tenga la oficina central. Eso ya está pensado.

—¿Y tu casa? — preguntó preocupada.

—La dejaré de momento abierta. Tengo una agencia que me la limpiará cada vez que vaya. Eso no es problema. También tengo un ático en Nueva York, cerca de Central Park y lo tengo cerrado. Esas son las dos propiedades que tengo. Si quiero vender alguna con el tiempo, lo haré. No necesito tantas casas pudiéndome quedar en hoteles. El ático de Nueva York, lo compré como inversión y la de Barcelona, era porque allí trabajaba, soy de allí y quería tener una. Voy a comprar otra en Sevilla. Voy a mirar.

—¿Estás loco? Podemos vivir aquí. Es pequeño, pero nos las apañaremos.

—No pequeña. Quiero que mi hijo tenga una casa para vivir bonita y tú también. Voy a buscar algo que te encante. Sé lo que te gusta.

—No puedo contigo. Estás tan loco... —Sentándose agotada.

Era testarudo y cuando pensaba en algo tenía que hacerse y ya. No te daba opción. Así funcionaba en los negocios y en la vida.

No había problema que no resolviera. Y ella, se agotaba, pensaba las cosas, las meditaba mucho, los pros y los contras los analizaba hasta la médula.

No sabía qué hacer. Si ponerse ese anillo y seguirle o no aceptarlo. Pero eso no le gustaría por su hijo.

—Cuidaré de los dos y formaremos una familia. Cuidaremos a nuestro hijo y nacerá con un padre y una madre. La boda será como tú quieras. Y viviremos en Sevilla. Compraré un sitio aquí para que vivamos los tres, ya te

lo he dicho. Aquí pondré la Central, para que no tengas que cambiar tu forma de vida. Podremos viajar también a Barcelona, allí tenemos una casa que también es tuya desde ya. Si no quieres venir, iré cuando lo necesite por trabajo, pero te prometo no estar mucho tiempo sin vosotros. Eso sí, viajaré, pero lo menos posible. Pero quiero ser un padre para mi hijo, entiéndelo. Puede que no te lo creas, pero quiero a mi hijo. No quiero ser como mi padre.

Carmen no dejaba de llorar

—Perdona, es que estoy muy sensible.

—No llores, por favor. No puedo verte llorar así. —La abrazó con ternura— Eso sí, tú tienes que poner algo de tu parte. Tienes que dejarme formar parte de vuestras vidas. Lo necesito.

—No sé, estoy tan abrumada... No me esperaba esto. No quiero que cambies tu vida.

—Alguien tiene que cambiar. Y seré yo. No me importa. Lo hago encantado Carmen. Aparte de enseñarme a quererte, quiero que nos llevemos bien y nos adaptemos a esta nueva forma de vida. Así que quiero que te pongas ese anillo. Tengo ya hambre.

Ella tuvo que reírse en medio de las lágrimas, con el cierre de la discusión. Al final, él tomó el anillo, se lo puso en el dedo y le preguntó:

—¿Te casarás conmigo? — le preguntó traspasándole todas las barreras con sus ojos grises.

—Me casaré contigo, sí. Vamos a intentarlo. Por nuestro hijo.

—Sabía que querías un anillo, ¡mala! Me querías atrapar, peligrosa —Rió mientras la levantaba en el aire, dando vueltas y besándola.

—No hagas que me arrepienta y bájame que me voy a marear, loco.

Después de cenar hicieron el amor sellando la alianza que los llevaría a vivir una nueva aventura y una nueva vida para ellos, sobre todo para Ernesto que nunca había vivido con una mujer.

Ella hacía unos años que no había vivido con nadie. Él no se había quedado ninguna noche con ninguna mujer salvo con ella. Pero vivir juntos era una cosa distinta.

Era una locura. Habían pasado algunas noches haciendo el amor, pero vivir juntos, esa era otra historia, así que tenían que trabajar mucho en ese aspecto. Porque en realidad no se conocían. Habían pasado sólo un par de fines de semana juntos. Nada más.

Ella, comprendía que él tuviera cierta desconfianza. Era un hombre que había levantado un imperio, a base de trabajo y de aptitudes y también suerte, y ese tipo de hombres no solía fiarse de algunas mujeres que querían vivir una buena vida y ser mujeres florero, pero ella le había demostrado que no lo era en absoluto y no quería que Ernesto cambiara su actitud hacia ella ni que la viera de otra manera.

Ella era así, sin ambigüedades. Era sencilla y sincera. También reconocía ser terca, pero que Ernesto estuviera dispuesto a hacer todo aquello, cambiar radicalmente su vida y el sitio donde vivía, por ella y por su hijo, merecía la pena seguirlo. Eso no lo hacía cualquier hombre.

Pero es que Ernesto, no era cualquier hombre. Era su hombre, del que estaba enamorada. Y al que haría feliz por encima de todo.

Haría que la quisiera como ella lo quería. Le iría la vida en ello. Y Ernesto, no sólo la quería por ser la madre de su hijo, sino por ser su mujer. El amor... Ya vería.

El sábado, salieron a desayunar y dieron un paseo por los dos lados del río, cerca de dónde vivía, atravesando los dos puentes.

Ernesto le dijo que buscaría un lugar donde vivir en cualquiera de los dos lados, pero que tuviese vistas, como las que tenía en su apartamento.

No quería que perdiera sus vistas para que pudiera inspirarse en sus poemas o novelas. Hasta en eso pensaba en ella. Quería que fuese feliz. Y eso la llenaba de orgullo.

Ernesto había leído sus poemas. Los había leído por las noches. Un día pidió por Amazon todo cuanto había escrito Carmen y le encantaba cómo escribía y sabía que lo último que iba leyendo por las noches estaba dedicado a ellos. A lo que compartieron en Sevilla.

Le encantaban sus metáforas. Su poesía tenía connotaciones eróticas muy elegantes y a él le atraía mucho, porque era como ella, desprendía erotismo por todos los poros. Al menos para él.

Últimamente sólo la leía a ella por las noches y ser partícipe de algunos de sus poemas le hacía inflarse de vanidad y su orgullo. Ella lo miraba como a alguien etéreo y perfecto.

Comieron fuera y después se fueron a casa y allí estuvieron toda la tarde, echando la siesta y sentados en la terraza, hablando.

Él le contó como era su casa de Barcelona y el ático de Nueva York, frente

a Central Park. Y que quizá lo vendiera. Lo estaba pensando.

Era lo que menos utilizaba y fue un capricho comprarlo. Así que iba a venderlo. Pero no vendería la casa de Barcelona. Así podrían ir cuando quisieran. Le tenía cariño. En los demás lugares, se quedaba en los hoteles. Allí tenía las oficinas de cada ciudad.

Era octubre y empezaba a refrescar por las tardes. Se echó una mantita en las piernas y le dijo:

—Tienes mucho dinero, Ernesto —dijo pensativa.

—¿No lo verás como un problema? —le dijo este mirándola mientras se tomaba un café en la terraza.

—Creo que me supone un problema.

—Un problema sería no tener dinero y no poder pagar las facturas.

—También. Eso sería peor, tienes razón. Pero yo, me refiero a que comparado conmigo, yo, no tengo nada.

—Tienes más que muchas personas. Aunque no tienes casa propia, tienes ahorros para cuidar a un hijo sola. Deberías sentirte orgullosa. No debes quejarte Carmen.

—No me quejo, si me comparo contigo es por nuestra relación. Me siento en inferioridad de condiciones contigo.

—Es la tontería más grande que he oído. Escúchame —le dijo cogiéndole la cara para que lo mirara— el dinero es sólo eso, dinero. Yo tampoco lo tuve. A los veinte años era más pobre que las ratas— tengo dinero desde hace relativamente pocos años. Yo trabajo más porque me gusta trabajar. Es más la sensación de éxito y poder que el dinero en sí mismo. Y este trabajo me apasiona. Claro que el dinero es importante. Pero te juro que no me siento superior a ti por ello. Cada uno ha nacido como ha nacido y la vida le ha ido como le ha ido. Y tú tienes unas cualidades que ya me gustaría a mí tenerlas. Te envidio por eso. Porque eres valiente y no te agachas ante nadie. Cuando estemos casados, no pienso hacerlo con bienes separados, no tengo miedo. Confío plenamente en ti. Todo será de los dos, porque será de nuestra familia. Tengo una cuenta aparte que es exclusiva de la empresa, pero la particular es nuestra. Así que será de nuestro hijo o hijos si tenemos más hijos en el futuro. No quiero un hijo solo. Me gustaría que tuviera hermanos.

—No quiero casarme en bienes gananciales. Tu dinero es tuyo —le dijo con una convicción innecesaria.

—No quieres ser una mantenida, ¿no? Ni tener una tarjeta de crédito mía.

Ni gastar mi dinero.

—No. No quiero.

—Ahí lo tienes. Tendrás una tarjeta de crédito nuestra y gastarás nuestro dinero en lo que sea necesario. Y ahí Carmen, no voy a ceder. Ya he cedido bastante. Ahora tienes que poner tú de tu parte.

—¡Ay Dios! Está bien. Gastaré lo menos posible. Me agotas. De todas las formas posibles.

—Gastarás lo que sea necesario —rió— ¿Por qué no vamos a disfrutar de lo que tenemos?

—Eres insufrible, ¿lo sabes? No puedo contigo...

—Por supuesto que no, mido uno ochenta y cinco —le dijo con humor.

—¡Qué bobo eres!

—Eres una peleona, ¿lo sabes? Mientras, vamos dentro que está haciendo fresco. Me vas a dar mucho trabajo. Así que voy a darte algo para pensar, andaluza peligrosa.

Y la cogió de la mano y entraron en el apartamento. Cerraron la puerta y echó ella la cortina y sentándose en una silla la sentó encima de ella a horcajadas, una vez que la dejó desnuda y él también se había quitado la ropa.

Discutir con ella, hacía desearla más si cabe. Cogiéndola por las caderas, empujó en su cuerpo. Ella, jamás se había sentido tan llena, tan completa. Ernesto estaba muy excitado y le echó el trasero hacía atrás unos centímetros, mientras entraba y salía de ella.

Soltó un grito mientras Ernesto se enterraba en ella y la besaba en la boca ahogando su grito.

Estaban hechos el uno para el otro. No sabía dónde empezaba su cuerpo y dónde terminaba el de ella, y gimiendo ambos, alcanzaron un clímax, que hizo temblar sus cuerpos desesperadamente.

—¡Dios cielo!, incluso embarazada, te deseo tanto... Y encima sin protección. Es la gloria. Nunca lo hice sin protección hasta que lo hice contigo en Barcelona.

—Yo tampoco y es increíble, es distinto, pero, tengo que recobrar el aliento —dijo Carmen, aun recuperando la respiración —¡eres perfecto! Perfecto para mí.

Y él se reía, porque sabía que tenía unos orgasmos tremendos que sólo él le proporcionaba y que con ningún hombre había sentido. Y se sentía el

hombre más orgulloso y feliz del mundo con el solo hecho de hacer feliz a esa pequeña mujer.

Prepararon algo de cena y vieron un rato la televisión. Se acostaron. Él se dio una ducha y cuando salió desnudo secándose con la toalla, ella se la quitó y lo tumbó en la cama.

Bajó por su cuerpo desnudo hasta llegar a su miembro para sorpresa de Ernesto. Lo cogió con sus delicadas manos y lamió todos sus perfiles. Él gemía con los ojos cerrados, mientras ella lo amaba con su boca. Lo mordisqueaba y lo chupaba. Se lo metía en la boca y lo sacaba y le hacía el amor y Ernesto no podía más. Se agarraba a las sábanas, mientras ella con la otra mano, acariciaba su bajo vientre y sus delicadas nubes:

—¡Déjate ir! — le dijo ella, mientras el cuerpo de Ernesto temblaba. Él ya no pudo aguantar más y se liberó tieso como un junco, con un grito y una excitación que ella no había conocido en él y se sintió poderosa.

—¡Estás loquita, me quieres matar! Ha sido bestial.

—Sí, eso he notado -rió divertida.

—Mala. Ven aquí. Si me haces esas cosas seré tuyo para siempre —y la atrajo a sus brazos.

—Eso espero, que seas mío para siempre —y Ernesto la besó largamente.

Se quedaron dormidos hasta el domingo. Se despertaron tarde.

—¡Vamos dormilona! Tienes que desayunar.

Ella, se estirizó en la cama y lo abrazó con fuerza.

Desayunaron en un barecito cercano. Una tostada con jamón y aceite y un café con leche. Y pasearon después por el centro de la ciudad. Era un paseo que le había recomendado el ginecólogo para moverse y hacer ejercicio, así que él lo dio con ella.

Ernesto quería comer fuera ese día y estuvieron de tapeo por los bares de la calle Betis, después tomaron un café y se fueron al apartamento de ella a descansar pues él debía tomar el ave sobre las seis de la tarde.

Cuando se despidieron, ella, se abrazó largamente a él.

—Vamos pequeña, volveré pronto, en cuanto me encuentren un sitio para vivir. Me ocuparé de eso esta semana que viene. También tengo que hacer las gestiones para mudar la oficina, con lo cual tengo trabajo. Si no vuelvo el siguiente fin de semana seguro estaré toda la siguiente semana aquí, trabajando en todo eso y poniendo en orden todas las cuestiones. Pero te

llamaré a diario para ver si has llegado bien por la noche. Cuídate pequeña y cuida al niño. Y no te preocupes por nada. Yo me ocuparé de todo. Te llamaré todos los días.

—Vale, lo haré. No te preocupes... Te echaré de menos.

—Adiós preciosa y tomando sus cosas, la besó y se fue a tomar un taxi y al tren.

Como siempre, él se ocuparía de todo, cómo no. Ese catalán mandón y adorable.

El lunes, cuando Ernesto llegó al despacho, llamó a Albert. Le dijo que había elegido la opción que él le había propuesto. Que seguiría su consejo. Era la mejor que tenía.

Le contó que había estado con ella el fin de semana, que le había regalado un anillo y había hablado con ella.

La había convencido de que se casara con él, por el chico y porque en realidad no podía estar sin ella, tenía constantemente a Carmen en el pensamiento.

No sabía si eso era amor, pero que la quería en su vida y en su cama, eso era lo más seguro de lo que había estado en toda su vida.

Su amigo Albert, se alegró de su decisión, y lo abrazó como un hermano. Ahora tenían que ponerse manos a la obra para cambiar y poner una oficina en el hotel. También encontrar un gran ático que diera al río, cerca del hotel y de la casa de Carmen. Daba igual el lado en el que estuviese, siempre que su situación, fuera cerca del río y que tuviese vistas al mismo

Llamó a una inmobiliaria de Sevilla, mientras Albert, sentado en el despacho de Ernesto, miraba los planos del hotel de Sevilla, para encontrar una oficina en una suite adecuada, alejada de los clientes o era mejor ponerla en la planta baja. Estuvieron trabajando toda la mañana en eso.

Al cabo de dos horas recibió una llamada de la inmobiliaria de Sevilla. Habían encontrado un ático, pero era muy grande. Él le dijo que mejor. Lo quería grande.

Pidió que le mandaran fotos por fax de la situación y de cómo estaba por dentro. Iría la semana siguiente a verlo.

Estaba en un edificio contiguo al hotel, al otro lado de dónde vivía Carmen. Pero le aseguraron que las vistas eran magníficas y que el edificio

no era muy alto de estilo antiguo, pero, por dentro lo habían modernizado y por fuera pintado, conservando la fachada de estilo antiguo. Cuatro plantas, el ático y tenía una plaza de garage.

Le mandaron fotos de cada una de las habitaciones del ático, que era lo que a él le interesaba y un plano del mismo. Se lo mandaron por fax.

El precio era adecuado al sitio en el que se encontraba, o sea caro. Pero para él nada tenía valor económico, y menos en ese ático.

Tenía cuatro dormitorios, dos baños, uno en el dormitorio principal, con dos vestidores, otro para el resto de las habitaciones, y un aseo pequeño, que daba al salón. El dormitorio principal, era enorme y el resto de las habitaciones estaban bastante bien. Tenía una gran cocina abierta a un salón magnífico y a un comedor entre la cocina y el salón. La cocina tenía una despensa y un cuarto de lavado y una gran isla.

El suelo era de baldosa imitando a una madera gris vetada. Era precioso. Sólo había que pintarlo. Porque él quería darle un color que sabía que a ella le iba a gustar.

Era un ático todo exterior y la terraza era magnífica, con preciosas vistas al río. Eso era lo que más le iba a gustar a Carmen. Era como siete veces la terraza de ella. El suelo era de piedra, gris, para no resbalarse y podía poner hasta un jacuzzi.

Tenía muchas ideas para la decoración. A él, le encantaba. En cuanto fuera la siguiente semana, seguro que lo compraba. Avisó al equipo de decoración que tenía para los hoteles y le dijo a la decoradora de interiores Rosa, que probablemente tendría que ocuparse de pintar y decorar íntegramente un ático, con ropa y enseres incluidos.

—¿Todo de todo, Ernesto?— le preguntó Rosa.

—Todo, desde la pintura a los electrodomésticos y a la ropa de casa que esté planchada y suave. Lo dejo en tus manos, en cuanto lo compre, te desplazas a Sevilla. Te quedas en el hotel el tiempo necesario. Te reservo una habitación, ya sabes, todo incluido, hasta que termines. Te diré lo que quiero y algunos colores. El resto, es tuyo.

—Encantada. Creo saber qué te gusta.

—Esta vez hay otra persona a la que le debe gustar —le dijo él

—¿No me digas? Te han cazado....

—Algo así, Rosa. Bueno, estamos en contacto.

—Adiós, adiós. Cuando quieras.

Mientras, Albert le había encontrado unas habitaciones, que haría las veces de despacho en la planta baja del Hotel de Sevilla. Sólo era necesario abrir una pared, pintarla, y decorarla. Así que llamaron de nuevo a Rosa.

Iba a tener trabajo en Sevilla. Cuando Ernesto le dijo por segunda vez que debía decorar una oficina en Sevilla, antes del ático, esta le dijo que si se había vuelto loco. Pero estaba muy contenta.

Cada trabajo que realizaba, era para ella un reto y con Ernesto, trabajaba muy bien.

Quería lo mejor de lo mejor y le daba una tarjeta de crédito en la que siempre le sobraba dinero. Nunca ponía objeciones. Y le pagaba muy bien.

Le decía lo que quería y ella lo captaba. Hacían un buen equipo. Todo lo que le había decorado, a él le había encantado y siempre estaba satisfecho con su trabajo. ¡Ojalá todos los clientes fueran como Ernesto!

Rosa, era una chica de treinta y cinco años, pelirroja, con el pelo por los hombros y rizado, de ojos verdes.

Era muy atractiva y graciosa y estaba casada con un chico de su edad que trabajaba en una empresa de publicidad en Barcelona. Era muy trabajadora y activa, muy creativa y siempre con ideas nuevas.

Tenía muchos clientes, pero con Ernesto, siempre tenía trabajo. Cuando no era un diseño de parte de un hotel era del hotel entero o alguna suite.

Le había decorado sus hoteles, su casa de Barcelona. Y no tenía problemas en desplazarse a ningún sitio. Era capaz de hacer lo que le pidieran. Diseñaba y decoraba.

Por eso Ernesto confiaba tanto en ella. Era parte de la familia Helios.

Y así pasó esa semana. El fin de semana, Ernesto no pudo ir a Sevilla, porque estuvo muy liado con tanto papeleo y traslado.

Rosa, se puso manos a la obra con la oficina de Sevilla, en cuanto Albert, le dio los planos y se desplazó a la ciudad, que era lo que le había encargado que hiciera primero. En esa semana, ya habían preparado la oficina, tirado un par de paredes, las dos habitaciones conjuntas, con una puerta interior entre ellas, pintado, limpiado y estaba en pleno proceso de comprar muebles y mobiliario de oficina.

El viernes por la tarde, Ernesto tenía entrevistas para contratar a una secretaria, pues el cambio lo iba a hacer en cuanto todo estuviese listo. Y el viernes debía estar terminado. Así que se fue el martes a Sevilla.

No pudo ver a Carmen por la mañana. Del AVE, fue directamente al hotel. Comió en el restaurante y fue a ver qué tal iba la oficina. Perfecta. Estaban terminando de rematar la obra y faltaba limpiar y pintar.

Allí estaba Rosa y se saludaron.

—Hola Ernesto, vienes a punto para ver qué tal. Están acabando la obra. Estará terminada totalmente hoy, creo, y me queda que vengan los pintores. Ya estoy preparando los muebles y la decoración. Tengo que medir también el despacho tuyo y el de tu secretaria. Todo quedará perfecto para meter muebles, pasado mañana por la tarde, espero, si todo va como quiero. Dejaré las ventanas que dan al patio interior abiertas toda la noche, para que se vaya el olor de la pintura y airear. ¿Qué te parece? —preguntó esperando que le gustase.

—Me gusta. ¡Está perfecto! Has hecho un trabajo encomiable. Como siempre.

—Pues espero que te gusten los muebles que he elegido. Tanto para ti, como para tu secretaria en la otra habitación. Ya verás que preciosidad. Vas a tener una oficina con unas vistas magníficas a la calle y al patio interior. Es maravilloso.

Había dos puertas, una por donde entraba la secretaria que estaría siempre abierta y otra para su despacho y por dentro una puerta comunicaba el despacho de él con el de la secretaria.

—Ya tengo la lista del mobiliario que necesitas. Y en la puerta, me van a traer los rótulos esta tarde. Si todo va como quiero, entre mañana y el jueves estará todo listo. Así el viernes puedes hacer las entrevistas para contratar secretaria.

—Estás haciendo un trabajo magnífico. Me encanta, Rosa, gracias. Ahora tengo que ir a la inmobiliaria a ver el ático que me tienes que decorar. Ese te costará más tiempo. Quiero que sea una sorpresa. Tiene que estar todo hecho a conciencia. Sin escatimar y sin que falte absolutamente nada.

Una vez que echó un vistazo, le gustó cómo estaba quedando todo. Volvería el viernes por la mañana a ver cómo había quedado todo terminado.

Había llamado a Carmen y le dijo que estaba en la oficina, que pasaría por la noche. Ella le dijo que no se preocupara. Que se verían luego.

Se dirigió a tomar un café e iba a pasarse por la inmobiliaria por la tarde,

como había quedado, con un comercial que iba a enseñarle el ático.

Y cuando entró a verlo, le encantó. El edificio era magnífico y el ático tenía mejor pinta al natural que en la foto.

Aunque estaba limpio, le faltaba una mano de pintura a todo y algunos cambios que pensaba hacer y que sería cosa de Rosa, en cuanto terminara la oficina. Era una decoradora que hacía maravillas.

Así que se quedó con el ático. Las vistas eran fabulosas y sabía que a Carmen, le encantarían. Dio una señal y quedó al día siguiente para hacer todos los trámites, por la mañana, pues iba a pagarlo al contado.

Intentaron llamar al dueño y quedaron para todo el papeleo. Quería dejar eso listo al día siguiente, para que Rosa, en cuanto terminara con la oficina, se pusiera manos a la obra con el ático. Podría empezar la siguiente semana, en cuanto terminara la oficina.

Se fue al hotel y descansó en una de las habitaciones que a él siempre le tenían reservada. Se duchó, y se tumbó en la cama.

Se quedó dormido un par de horas. Aún no era la hora en que Carmen, salía de la academia, por lo tanto hizo una lista de cómo quería la pintura del ático, gris.

La cocina era muy bonita. Estaba reformada en tonos grises y no creyó conveniente cambiarlos, así como los baños.

Por tanto no habría obra. Se habían encargado de hacerla y a él le gustaba cómo había quedado. Sólo pintura y decoración.

Blanca la terraza, como los patios andaluces. Toda la terraza tenía vistas al río. Y eligió la habitación del pequeño, la más cerca a la de ellos, en un tono azul cielo. Los electrodomésticos, todos de acero inoxidable, así como los del cuarto de lavado.

Quería un jacuzzi en la terraza y sillones y balancines, un sofá, una mesa y reposapiés. El toldo en tono gris y macetas y flores imitando los patios cordobeses.

De las otras dos habitaciones, la más grande debía convertirla en un despacho para dos. El otro un cuarto de invitados.

La habitación del chico debía estar completamente equipado, incluso con ropa hasta los seis meses, teniendo en cuenta que nacería para Navidad.

El salón debía tener un fuego eléctrico y a ambos lados estanterías en tono blanco roto. Y los muebles, debían tener un tono blanco roto con la tapicería

en verde y gris estampada. Eso era lo que seguramente querría Carmen. Y que todo fuera cómodo. Nada de sofás de piel ni ambiente minimalista.

Esto se lo daría a Rosa el viernes por la mañana que había quedado con ella temprano. Irían a ver el ático, le daría una copia de la llave para que se pusiera manos a la obra. Y él haría las entrevistas por la tarde. Quizá todo pudiera marchar a la perfección si iba como él lo había previsto.

El domingo viajaría a Barcelona de nuevo, para empaquetar lo que necesitaba llevarse a Sevilla de la oficina y de su casa, aunque muchas cosas las dejaría en Barcelona, pero otras, necesitaba que se las enviaran. Albert, ocuparía su despacho de Barcelona a partir de ahora, como hacía siempre que él iba de viaje.

Al día siguiente también tendría que pedir internet y un par de números de teléfonos fijos para la oficina, y un móvil para la secretaría, para que se lo llevaran.

Ya se le hacía tarde y se fue a ver a Carmen. La verdad, es que había trabajado mucho ese día y tenía muchas ganas de verla. Llevaba ya nueve días sin estar con ella y la echaba mucho de menos.

Cuando llegó a casa de Carmen, esta ya había llegado, y la abrazó y la besó con tanta fuerza que ella no podía respirar.

—Loco que no puedo respirar...

—Es que te he echado tanto de menos... Estás más guapa que la semana pasada.

—Sí, seguro que sí, estoy cada día más gorda. Pasado mañana jueves tengo que ir al ginecólogo.

—¿A qué hora? Quiero ir contigo. Será la primera vez que vaya —dijo ilusionado.

—Lo tengo a las nueve de la mañana. ¿Puedes ir?

—Claro que sí, cielo. No vuelvo a Barcelona hasta el domingo. Estaremos unos cuantos días juntos. Ten en cuenta que estoy arreglando la oficina y me la están terminando. La tengo ubicada en el mismo hotel. Le están haciendo unas paredes y pintando. Y estoy con todo el papeleo también. Tengo que darle de alta como oficina y el viernes por la tarde tengo que contratar a una secretaría. Tengo entrevistas.

No quiso decirle nada del ático. Llevaba las dos cosas a la vez y Albert, se encargaba de dar de alta la oficina que como era en su propio hotel, no tenía

mucho trabajo, ya que la empresa estaba formada como hotel.

Pidieron comida para llevar, porque la vio cansada y mientras se daba una ducha. Le trajeron una pizza. Cenaron y él le contó todo cuanto le estaban haciendo en la oficina. Le habló de Rosa, la decoradora, que era especial para decorar. Era la decoradora de todos sus hoteles.

—Entonces, es buena.

—Me encanta su trabajo.

—¿Es guapa? —Preguntó inocentemente.

—¿Estás celosa? —La miró sonriente.

—Un poco.

Mientras, daba buena cuenta de un buen bocado de pizza.

—¡Qué tontita! Está casada y no creo que mire a otro hombre más que al suyo. Es una excelente trabajadora y trabajamos bien juntos, porque es buena en lo que hace. Pero nada más.

—Es que eres tan guapo...

—Mira que eres. Pero si tú eres diez veces más guapa que yo. Además he salido con mujeres guapísimas y te prefiero a ti, fea.

—¡Tonto!

—Yo, te voy a decir lo tonto que soy cuando comamos. Me estás volviendo loco con esa barriga tuya y esos pechos enormes que te han salido. ¡Estás guapísima!

—Gracias —y se sintió tan frágil que derramó algunas lágrimas.

—Vaya, la mujer más peligrosa del mundo dando las gracias y llorando. No llores. Estás preciosa embarazada. Por eso no tienes que llorar. Estás gordita y me encantas.

—Sí, seguro, parezco una foca.

—La foquita más guapa. —y la abrazó y la besó a modo de consuelo.

—Zalamero, anda termina de cenar.

Se dio cuenta de que Carmen, no llevaba el anillo puesto.

—¿No te pones el anillo?

—Sí, sólo me lo quité para ducharme. No quiero que se me pierda. Está en la mesa. Es tan hermoso...

Él acercó su boca a la suya y cogió el anillo de la mesa y se lo puso. Estaba preciosa.

Durante la cena hablaron de cosas banales, de la academia, de que se había acordado mucho de ella. Hablaron del embarazo.

Le enseñó las ecografías y todo cuanto había reunido y escrito de su hijo. Carmen le dijo que estuvo a punto mil veces de llamarlo, pero cada vez que veía las revistas e internet, lo veía con una mujer distinta y se le quitaban las ganas.

—¿Estabas celosa?

—Sé que no debía estarlo, no me debías nada, pero sí, tenía ganas de matarte, sobre todo cuando vomitaba por las mañanas.

—Lo siento, de verdad. Como ya te dije, no me he acostado con ninguna después de ti, puedes creerlo o no, pero es cierto. No me reconocía. Soy un hombre sexual, ya lo sabes y no me apetecía hacer nada con ese tipo de mujeres. Sólo pensaba en ti. Me dejaste inmunizado.

—No te preocupes, no tenía razones para pensar nada. Tuvimos un acuerdo y ya está.

—Y ahora las cosas han cambiado.

—Y ahora todo ha cambiado. Siento que tu vida haya cambiado. No quiero que el niño o yo, seamos una carga para ti. Piénsalo tú también. También ha cambiado para mí, pero me he hecho a la idea y estoy muy contenta con este hijo. Me siento especial. Y contenta. Estoy dando vida.

—Estás dando vida que es de los dos. Estoy un poco celoso por eso.

—Te dejo el resto del embarazo a ti y ya está —le dijo con humor.

—Muy graciosa. Estaría muy guapo —rió.

Cuando terminaron de comer, Ernesto dio una vuelta por el pequeño ático y se dio cuenta de que desde la última vez que estuvo, algo había cambiado, había hecho hueco para los enseres del niño, un cochecito, una bañera infantil, un armarito, etc.

Todo en uno de los rincones del salón. Seguro que la cuna la tendría en el dormitorio. Era una mujer previsora y estaba sola. No dejaría que llevara todo ese peso, a partir de ahora, la cosa cambiaría.

Tendría que hablar con Rosa y decirle que no comprara lo que ella ya había comprado. Se lo llevarían al ático, pero no podría despreciar lo que ella tenía y había comprado con tanto amor ahorrando.

Iba a hacer una cosa, que no le amueblara la habitación del niño, que llevaran lo que ella había comprado y entre las dos, Rosa y Carmen, la decoraran a gusto de la madre. Eso sería lo mejor.

Tomaron el café en la terraza, con los olores a jazmín y las plantas que ella

tenía.

—Esto da paz. Pero hace un poco de frío a estas horas.

—Por eso me vine, además la señora que me lo alquiló y vive abajo, aunque es mayor está pendiente de mí y yo de ella, así nos cuidamos. Es como mi abuela, y no es entrometida. La quiero mucho.

—Tú quieres a todo el mundo.

—No creas que soy tan buena.

—En la cama eres perfecta para mí.

—Ya estamos, con la cantidad de mujeres que has tenido voy a creérmelo.

—Créelo. Nadie ha respondido a mi cuerpo como el tuyo. Ven aquí, chiquita, acércate.

Ella arrimó su sillón de mimbre con cojines verdes de flores al de él y Ernesto, la rodeo con sus brazos. Pasó una mantita por encima de los dos. Arrimó la boca a la suya en el silencio de la noche.

Bajo la fragancia de las flores y el correr de las aguas del río. Le metió la lengua en su boca y jugó con ella haciéndola suya, con posesión y de una manera tan sexy que ella no pudo negarse. Él, le cogió su pequeña mano y se la arrimó a su centro, para que ella notara lo excitado y duro que estaba y le recorrió su longitud.

—Quiero poseerte ahora mismo. Son tantos días los que he aguantado que si te tomo aquí mismo no duraré un segundo y no estoy dispuesto a irme sin esa despedida.

—¿Por qué vas a irte? ¿No quieres pasar esos días conmigo o prefieres dormir en el hotel?

—Esa pregunta sólo tiene una respuesta. Prefiero estar contigo todas las noches. Me voy el domingo y volveré al final de la semana siguiente. Pero no sabía si querías estar sola. No sabía si querías que me quedara contigo tantos días.

—Quiero tenerte todo el tiempo que pueda. ¡Qué bobo! ¿Cómo has podido pensar que te dejaría irte al hotel y quedarme sola mientras estás aquí? Quiero que te quedes a dormir todas las noches. Si sé que estás aquí, no quiero estar sola por las noches.

Ella se levantó y le tomó la mano llevándolo al dormitorio. El estar embarazada aumentaba su libido y no podía contenerse tampoco.

—El niño...

—No te preocupes tanto, tendremos cuidado como la semana pasada, no le

pasará nada, como mucho te dará una patadita si lo molestas mucho.

—Vaya, tan peligroso como su madre.

Carmen se rio, mientras la desvestía.

—Tienes los pechos y los pezones grandísimos, me encantan, no sé cuántas veces voy a decírtelo.

Se metió uno en la boca mientras le pellizcaba el otro. Con la mano, la metió entre sus braguitas y frotó su centro húmedo y preparado para Él. Ninguna mujer estaba tan lista para ser suya ni respondía a su cuerpo y a sus manos como Carmen.

—No sé cuánto aguantaré nena. Te necesito tanto...

—Yo no tengo tiempo, estoy, estoy... lista.

Entró en ella despacio, inundando con su miembro todo el espacio, cubriendo todos sus ámbitos. Ella lo recibió con ansias y prisas. Se movieron a un ritmo como si el mundo acabara en un momento estallando en mil pedazos, locos sus corazones a mil revoluciones.

Se echó a un lado atrayéndola hacia su pecho. Su barriga dio contra su costado y en esos momentos el niño dio pataditas.

—¡Eh! ¿Has notado eso? Se está quejando. Con este tendremos que tener cuidado, será un niño muy inteligente— se rio Ernesto

—Será como su padre, seguro —dijo ella riendo.

—Habrá que educarlo desde ya.

Le puso la mano alrededor de la barriga, barriendo como un pequeño masaje. Tocándole los pechos.

—Me gusta tu cuerpo.

—¿Te gustan los toneles? —dijo irónica.

—No seas bobita, este cuerpo es mío. Soy egoísta y me gusta.

La besó con pasión y dulzura.

—Te voy a echar de menos la siguiente semana. Procuraré terminar pronto en Barcelona.

—No tengas prisa. Haz lo que tengas que hacer. Estaremos bien. Aún quedan dos meses y pico para que nazca.

—Si todo va bien, tendremos regalo para Navidad, guapa.

—Zalamero, ven aquí. Pasado mañana tenemos médico. Ya verás cuando lo veas. Te vas a emocionar como lo hice yo.

Lo besó interminablemente. Y luego se quedaron dormidos.

Ernesto estaba contento, algo estresado, pero las cosas iban bien y como

las tenía previstas. Quería dejar todo hecho lo antes posible, antes de que su hijo naciera, pues también tenía un viaje previsto y quería dejar lista la oficina y el ático y dejarla a ella ya instalada. Todo colocado y listo.

No quería ir de viaje a Italia sin tener todo terminado. Y a Albert con las instrucciones dadas.

Pero parecía que todo llevaba su ritmo e iba a salir bien, tal como se planeó. Estaba feliz, por ella y por su hijo. Ilusionado al máximo con su nueva vida. El miedo que había tenido en un principio había desaparecido por completo.

CAPÍTULO OCHO

El jueves por la mañana se levantaron temprano y fueron al ginecólogo. Cuando Ernesto vio en la ecografía al pequeño, verdaderamente se emocionó.

Era un milagro de la naturaleza y era su hijo el que estaba creciendo y él lo iba a proteger pasara lo que pasara y jamás lo iba a abandonar, ni a él ni a su madre.

El embarazo, iba viento en popa y si todo iba bien, entre el quince y el veinte de diciembre estaría el niño Ernesto en el mundo.

Una vez que salieron del ginecólogo, desayunaron y la llevó a casa, porque él tenía que ir a la inmobiliaria y al notario. Quería terminar los trámites del ático, lo antes posible. Pensaba que en dos días podía terminarlo y tener las llaves para poder pintar la semana siguiente.

Esos días iba a estar muy liado, porque para colmo, tenía que hablar con Albert, para ver cómo iba todo allí. Así que aunque estaba en Sevilla, sólo veía a Carmen por la noche cuando venía de la academia. Y ella lo entendía.

Él le decía que no hiciera cena. Pedirían algo y se lo llevaba él a casa. No quería que se cansara ya tanto. Y menos cuando venía tan tarde y tan cansada de la academia por las noches.

En un mes para colmo, tendría que ir a Roma y estar unos quince días. No quería ni decírselo, porque quedaría un mes para que naciera el bebé a su vuelta de Roma.

Y la iba a dejar sola el peor mes, pero era imprescindible. Quería que el ático estuviese acabado en ese mes y ella estuviese ya instalada allí. Pero conociendo a Rosa, seguro que lo terminaría antes. En cuanto levantaba su Tablet, era un volcán terrible.

Al día siguiente viernes, deberían estar solucionados todos los temas del ático. Incluso logró una rebaja con el dueño por pagarlo al contado. Con ese dinero tendría por lo menos para invertirlos en la decoración de la casa, o al menos en lo que le cobraría Rosa por las dos cosas, la oficina y el ático.

También tenía en venta el apartamento en Central Park, lo había pensado bien y para las veces que iba, se quedaría en el hotel y no le era imprescindible ya.

Cuando llegó cansado por la noche después de un día largo a casa de Carmen, se pasó por un barecito y le envolvieron unas tapas y se las llevó

para cenar.

Cuando entró por la puerta, ella ya se había duchado y él también lo había hecho con anterioridad en el hotel y se había cambiado de ropa. Iba con vaqueros. Vestido informal.

—¡Qué bien huele eso! —Exclamó hambrienta.

—Es un secreto, pero yo estoy tan hambriento como tú.

Había comprado, chipirones, solomillo al whisky con patatas fritas y ensaladilla rusa. Pusieron la mesa y sacaron una cerveza para él y agua para ella. Y no quedó nada en los platos.

—Madre mía, qué hambre tenía —dijo ella.

—No menos que yo. Lo que pasa es que no tomé café a media tarde. Y con tanto trabajo me moría de hambre. Y de ti. Luego, te cuento.

—Me gustas cuando llevas vaqueros. También me gusta cuando llevas traje. Estás estupendo de las dos formas. Me temo que te perderé pronto. Con lo bueno que estás, me quedaré sin prometido en menos que canta un gallo.

—¡Qué cosas tienes mujer! Pero si no paro de trabajar y de ir de un sitio a otro. Estoy muerto. Cómo para mirar a otras mujeres. No me atrevería yo a mirar a las chicas, con lo peligrosa que eres. Algo me harías.

—Sí, seguro que algo te voy a hacer en cuanto nos acostemos.

—Bueno, mira, para eso quizá no esté tan cansado, pero en cuanto terminemos me quedaré frito, te lo advierto. No puedo con mi cuerpo hoy.

—¡Pobrecito mi niño!

—Tu niño es el que tienes aquí —tocándole la barriga— ¿Cómo se ha portado hoy?

—Hoy ha estado más tranquilo. Esta mañana se movía más, pero luego ha estado bien. Tengo ganas de verlo ya, pero por otro lado tengo un poco de miedo si lo pienso.

—¿Miedo por qué cielo?

—Por el parto. Me gustaría que todo saliera bien.

Él, la abrazó, con cariño y a forma de consuelo le dijo:

—Cielo, ya verás que todo va a salir bien. Eres una mujer muy fuerte. La mujer más fuerte que he conocido en la vida. Y tendrás a nuestro hijo como una valiente y se parecerá a ti. Ya verás que es precioso. Venga. No te preocupes por nada pequeña. Estamos juntos en esto. Y no te abandonaré.

Y ella, se sintió mejor con las palabras de él. La consolaban y le daba fuerzas cuando a veces, en algunos momentos flaqueaba o se sentía

vulnerable.

Y ella no se lo callaba, se lo decía, porque cuando él la abrazaba, se sentía protegida y mucho mejor.

Así terminó esa semana. La oficina estaba terminada el viernes. Modernísima, totalmente equipada y recibió todo cuanto necesitaba de Barcelona, que lo estuvo colocando ese mismo día viernes por la mañana. Los muebles eran de madera clara al igual que los de la secretaria.

Les había puesto unas cuantas plantas para darle vida a la oficina. Su cartel en la puerta de la secretaría y en su despacho una mesa redonda en uno de los rincones, por si tenía reuniones. La verdad, quedó preciosa, cómoda y cálida. Todo aprovechando el espacio de las habitaciones.

Cada habitación, tanto la de la secretaría como la suya, tenía un baño, que acondicionó con algunos cambios, para que no parecieran de un hotel. En la de él, le hizo un hueco en el baño, para poner un pequeño armario—vestidor, porque sabía que a él le hacía falta como en el resto de las oficinas que tenía repartidas por ahí. El resultado fue magnífico cuando Ernesto lo vio todo el viernes.

Él ático estaba comprado y tenía ya las escrituras. Hizo tres copias de las llaves y le dio una a Rosa cuando revisaron la oficina.

Ernesto, le dio la lista de lo que quería en el ático, pintura, mobiliario, habitación del peque, etc. Ya le dijo que nada de minimalismo, todo lo más cómodo y hogareño posible. Tampoco vintage. Podía darle algunos toques con algunos objetos de decoración, pero el mobiliario, debía ser moderno y cómodo, en tonos verdes y grises.

Y el dormitorio en azulones. Bonito. Ya, le dejaba a ella el resto, el otro dormitorio, el del peque y los despachos, que fuesen bonitos y funcionales, con estantes, mesas y sillones, convenientemente separados, fax, ordenadores nuevos, impresoras, todo independiente y separado pero en la misma habitación.

Ya sabía ella qué debía poner en una oficina. Además debía comprar los electrodomésticos, tanto los grandes, como los pequeños y toda la ropa, de camas, cortinas, cojines, mantitas para el sofá, que a Carmen le encantaba, cocina, baño, y la terraza, dos balancines, una mesa, un sofá de terraza y dos sillones. Y un patio cordobés.

Y mientras, ella ya estaba tomando nota y avisó a los pintores que iban la

semana siguiente, junto con la agencia de limpieza un par de días después.

Eso tenía que estar terminado en una semana, mientras ella iba comprando el mobiliario y la decoración. Midiendo e imaginando, y haciendo una lista enorme de cosas por comprar.

Para concluir la semana, Ernesto contrató a una secretaria con experiencia suficiente. Le gustó el trato y él tenía ojo para eso. Tenía un mes de prueba.

Estaba casada y tenía cuarenta años y era eficiente en lo que pudo ver. Era alta y muy parecida a su secretaria en Barcelona. Se llamaba Belén y había trabajado para un despacho de abogados.

Empezaría la semana siguiente, porque él se mudaba ya el lunes. Así que el secreto del ático tenía que mantenerlo un tiempo más, justo hasta irse a Roma. Quería que cuando él se fuese a Roma, ella ya estuviera todo terminado y ella instalada allí.

El fin de semana antes de irse, le dijo que iba a volver ya el lunes, que mientras buscaban casa, podía quedarse con ella o irse al hotel, pero ella no quiso que se fuera al hotel más que para trabajar.

Por las noches quería estar con él y cenar con él, como la semana anterior. Eso es lo que Ernesto quería oír. Quería pasar las noches con ella, ya que de día tenía mucho que trabajar. Y no tenía tiempo.

—Cielo... —le dijo al cabo de una semana— tengo que ir a Roma dentro de tres semanas y estaré quince días. Por lo menos estaré de vuelta un mes antes de que el niño nazca.

—Te voy a echar de menos. Me estás acostumbrando mal. Me dejas sola, cuando más te necesito. No, es broma. Sé que tienes que viajar. Me he hecho a la idea. No será para tanto. Se me pasará el tiempo volando.

—Te llamaré todas las noches, ya sabes. Y en cuanto venga, buscaré casa. No tienes mucha mudanza que hacer. Te ayudarán con la ropa y lo que tengas del niño.

—Sí, porque el apartamento es amueblado. Tengo pocas cosas, me dará pena irme después de tanto tiempo aquí.

—Encontraremos algo que te encante. Ya verás. Estarás inspirada todo el día. Rosa te ayudará con la habitación del peque. Comprará lo que falte para el bebé.

Dos semanas y media después. Cuatro días antes de que Ernesto se fuera a

Roma, el ático estaba terminado. Rosa, pasó por el despacho, para que fuera a mirarlo cuando tuviese tiempo. Estaba satisfecha de su trabajo.

—Le va a encantar. Yo me mudaría ya mismo. Es precioso, y no porque yo lo diga... te hice una compra completa también, como me pediste. De todo. No te falta de nada.

—Sé que si lo dices tú, es porque es perfecto. Tengo otro trabajo para ti. Mañana vas a esta dirección y te buscas a alguien que haga una pequeña mudanza y que se vaya Carmen a la casa. Está embarazada. Así que reúne un camión pequeño, y que la ayuden con lo que sea suyo y te la llevas. Y cuando esté en Roma, quedas con ella para dos cuestiones. Una el cuarto del bebé con ropa para hasta seis meses, teniendo en cuenta el tiempo y todo cuanto falte de mobiliario, vais las dos y que ella elija también. Tú, la asesoras. Aún tienes la tarjeta de crédito todavía que te di. Voy a pasarte una cantidad para ello. Y la otra, la acompañas a comprarse un guardarropa entero. Y cuando digo entero, incluye ropa de fiesta, etc. Todo. Incluso para cuando dé a luz. Ella no se pone ropa de premamá. Ya la verás. Espero que os divirtáis. Me guardas las facturas.

—Aquí, tengo todas las facturas, todo lo del ático y estas son de la oficina. He hecho la cuenta. Y el resto, está en la tarjeta.

—Espera. Toma tu cheque por los dos trabajos. Cuando acabes los que te he encomendado, te pago en función de lo guapa que me la dejes.

—Menuda cara. Eso te va a costar. Yo decoro lugares, no a mujeres.

—Sé que tienes muy buen gusto, por eso te elijo. Eres la mejor.

—¿Y cuánto se supone que debo gastar en tu mujer? porque lo del niño, lo que haga falta, pero en ella...

—Tienes quinientos mil para ambas cosas. Tú verás. No creo que Carmen gaste más de diez mil euros —rió—. Y se echará las manos a la cabeza. No te va a elegir nada de marca y todo será de bisutería. Así que aprieta un poco. Que sea bonito y vaya con su personalidad. Intenta convencerla.

—Vale, es una mujer que vale la pena. Una mujer que no quiere gastar tu dinero, ¡Qué raro!...

—Si no, no estaría con ella... gracias Rosa. En cuanto salga a comer voy a ver el ático. Y espero que quiera mudarse mañana por la mañana.

Llamó a Albert para que le mandaran parte del vestuario que tenía en la casa de Barcelona. Le llegaría la semana siguiente.

Cuando llegó al apartamento de Carmen por la noche, ella ya estaba preparando una tortilla de patatas y una ensalada. Le dijo que no se tenía que haber puesto a hacerla, pero ella dijo que había sido un antojo. Así que no tuvo más remedio que ceder. La verdad es que cocinaba muy bien.

La tortilla estaba buenísima y había comprado jamón y queso y para postre se comió un plátano.

—He encontrado una casa que te va a encantar, quiero que nos mudemos mañana.

—¿Estás loco, mañana?

—Quiero que te quedes en ella mientras me voy a Roma. Y quiero que Rosa te acompañe a comprar lo que queda del bebé a tu gusto. Mañana vienen a llevarse tus cosas. Tendrás que despedirte de tu casera. Le pagaremos un mes y que no te devuelva la fianza. ¿Te parece bien?

—Me parece bien, pero estás loco de remate. ¿Cómo me dices eso de un día para otro?

—Tampoco tienes tanto que llevar Carmen y lo que te tengo preparado te va a encantar. Además me voy en ave a Barcelona el sábado, porque desde allí me voy a Roma. Tengo que coger documentos que tengo en la oficina y mandar parte de mi vestuario y otros documentos, que llegará a nuestra nueva casa. Otra parte se lo he pedido a Albert. También llegará. Si no quieres deshacerlo, lo dejas en las cajas y la señora que he contratado que me lo coloque, ¿vale?

—¡Que locura de hombre!

—¡Ah! Otra cosa. De Roma, iré de nuevo a Barcelona. Tengo que traerme el coche.

Lo necesitaremos más aquí. No podemos estar sin coche. Y allí no hace nada. Te lo digo porque tardaré un día más en llegar. Así me traigo los documentos que tengo en casa y lo que necesite.

Por fin pudieron cenar y terminar de hablar de lo que iban a hacer. Ella lo miraba anonadada. Hablaba y hablaba de tanto por hacer. Que se estaba estresando.

—No te preocupes. Ya verás como todo se soluciona, Ernesto. No te estreses. Mañana voy a ver la casa y luego, si vienen sobre las once, tendré casi todo preparado para que me ayuden. Antes de irme a la academia, tendré todo solucionado.

Esa noche, hicieron el amor y se quedaron dormidos muy pronto. Estaban

cansadísimos, él del trabajo y de la mudanza y ella, de oírlo y de su embarazo. Ernesto era un ciclón cuando quería.

A la mañana siguiente, desayunaron en una cafetería cerca del ático. Él le dio una llave del ático y de la puerta de entrada y cuando entró se quedó maravillada. Ya le pareció precioso el edificio... Era la casa de sus sueños. Fue recorriendo desde la cocina hasta la terraza.

—¡Está llena de comida! —dijo abriendo la nevera.

—No te voy a dejar sin comer cuando me vaya, ni a mi hijo tampoco.

Siguió mirando, el cuarto de lavado, el aseo, el salón y comedor y fue hacia las habitaciones, maravillada. El cuarto de ellos era enorme, con dos vestidores y un baño grandísimo. Tenía por los menos cuatrocientos metros cuadrados. ¿Para qué quería Ernesto una casa tan grande? Estaba un poco loco.

Todo era maravilloso, hasta que abrió la puerta del salón y salió a la terraza y entonces, ya sí que se emocionó al ver ese espacio tan enorme con las vistas que ella quería para inspirarse. Decorado con un gusto exquisito todo.

Él, se acercó a ella y la abrazó por detrás abarcando su vientre, porque estaba emocionada y con lágrimas en los ojos.

—Ahora esta es tu casa. Espero que te guste. No llores pequeña andaluza. Te lo mereces. Es para nosotros y a mí me encanta. Seremos muy felices aquí y nuestro hijo también lo será.

—¿Te gusta el despacho? —le preguntó ilusionado, deseando que le encantara.

—Me encanta. Me encanta todo. No hay un rincón que no me guste.

—Bueno, la habitación del chico sólo está para meter muebles. La semana que esté fuera, Rosa vendrá un par de días y comprareis todo. Ella te ayudará a colocarlo como tú quieras. Compra lo que necesites. Todo. Ella ya tiene la tarjeta de crédito. Cuando vuelva de Roma, tendremos que tener ambos una tarjeta. Y no quiero discusión. Te encargarás de decirle lo que quieres a la señora que va a venir ahora y te la presento. Vendrá por las mañanas y cuando recoja a mediodía se irá. Se encargará de la casa. Para que tú estés libre y tranquila y puedas escribir. Si quieres que nos deje cena, le dices lo que quieres que nos deje. Va a venir en un momento. Y Rosa También. Te ayudará con la mudanza esta mañana, pero tú no te ocupes nada más que de mandar. Ya le he pagado a tu casera esta mañana y se ha emocionado.

—¿Cuándo la has visto? Dios mío cuando digo que estás loco de remate...

—Esta mañana. Estaba saliendo y me adelanté para hablar con ella. Está contenta y triste, la pobre.

Al cabo de un rato, llegaron Rosa, que la saludó y ella le dio las gracias y la felicitó por su trabajo, que le encantaba y también llegó Reyes la señora que iba a estar al tanto de la casa. Hoy se encargaría más de la comida y la cena y ayudar con la mudanza de Carmen, cuando trajera sus cosas. Estaba encantada la señora, con ese ático, tan bonito y todo tan limpio.

Rosa, se fue con Carmen en un pequeño camión de mudanza a su casa y Ernesto se fue al trabajo que aún tenía que hacer.

—¿Es otro ático? —le preguntó Rosa cuando entró en su apartamento.

—Sí, pero en comparación con el otro este es una miniatura.

—Es precioso y coqueto. Si no estuviese casada, me quedaba con él.

—Sí, he sido muy feliz aquí. —dijo con nostalgia.

—Pero el otro es un sueño, mujer.

—Gracias. Sí. Es más grande de lo que pensaba en un momento, pero sí, es precioso. La casa de mis sueños. La vista es magnífica y eso es lo que más me importa.

—Cuando Ernesto hace algo, lo hace a lo grande. Tiene dinero para eso y lo utiliza en lo que cree que le hace feliz. Él es así, ya lo conoces. Y si no, lo conocerás con el tiempo. Además de ser generoso con sus trabajadores y con todo el mundo es una buena persona, generoso, honrado, honesto y un hombre de palabra. Me encanta trabajar con él, porque me da libertad y eso no lo hace cualquiera, y luego le gusta lo que hago.

—Ya lo voy conociendo. Y cada día estoy más enamorada de él. Bueno. Y no me extraña que le guste tu trabajo, Rosa, es magnífico. Aquí tengo la ropa.

—Bien. Los chicos que vayan doblando y metiendo en cajas este dormitorio, los documentos aparte. Y ahora vamos a elegir lo demás. ¿Te vas a llevar algo de aquí? ¿Muebles o algo? Puedo hacer maravillas con lo que te lleves.

—No, es todo del ático, estaba amueblado. Sólo las macetas y las cosas que he comprado para el bebé, más mis enseres personales, que son ropa y libros y algunas cosillas.

—Bien, pues venga, chicos, libros, todo lo del bebé y dejando totalmente vacío el apartamento. Macetas nos las llevamos también. Los muebles no.

Como tenía poco, tardaron una hora en embalar todo y llevarse todas las

cosas. Bajó a despedirse de su casera y se abrazaron. Ella quedó en pasar de vez en cuando a verla. Al fin y al cabo, sólo se mudaba enfrente.

Cuando entró en su nueva casa, entre los chicos descargaron todo. Metieron los muebles del niño en su habitación y Reyes, la señora de la casa, se encargó de meterle en su vestuario la ropa. Ella se encargó de sus documentos que también metió en el vestuario en una caja fuerte a tal fin. Llegó también la ropa que Ernesto tenía en el hotel y la colocaron en su vestuario.

Colocaron sus libros y sus agendas y su pc en la parte del despacho que era para ella. Y cuando todo estuvo colocado, Rosa le dijo:

—¿Quieres que le demos a tus macetas una mano de pintura para que hagan juego con las que te he colocado en la terraza?

—Sí, por favor, yo no he podido dárselas este año.

—Vale, pues esta tarde, para que no huelas a pintura, cuando estés en la academia, se terminará toda tu casa. Pues entonces, me voy ya. Voy a pagar a los chicos y vengo esta tarde y ya no te veo hasta el martes. Te dejaré descansar un día.

—¿El martes? —Preguntó ella como si faltase algo.

—Sí, si estás cansada o no puedes, aquí tienes mi tarjeta. Tengo órdenes de que el martes vamos a comprar todo lo que falta para el bebé y el jueves, te dejaré el miércoles de descanso, vamos a por un guardarropa para ti.

—¿Para mí? —incrédula— tengo ropa de sobra.

—Sí, un guardarropa completo.

—Nooooo. Este se ha vuelto loco. Yo tengo mi ropa. No se lo pienso consentir.

—Pero Carmen, si lo tienes que acompañar a fiestas o eventos, necesitarás ropa adecuada, piensa que él se mueve en ambientes distintos. Y tienes que estar a su altura. Tienes que apoyarlo en ciertas cosas y no ser tan radical, mujer.

—Visto así... lo que tú digas. Al final hará lo que le dé la gana... no tengo ganas de discutir con este hombre tan terco.

—Ya vas conociéndolo —rió— Bueno, te voy a dejar que tengo muchas cosas que hacer.

—Gracias por todo, Rosa.

—Gracias a ti. Hasta el martes, ya verás que habitación para el peque voy a dejarte.

Ya estaba cansada nada más que de pensarlo. Menos mal que ella no tenía mucho que hacer, porque ya le pesaban las piernas.

Salió a darse el paseo matutino diario y cuando volvió, se echó una siesta hasta la hora de comer. Reyes le había preparado un cocido, que estaba buenísimo.

Reyes era una mujer de unos cincuenta años, muy eficaz y trabajadora. Tenía una actividad que ya la quisiera ella ahora. Era de baja estatura y delgada, con el pelo liso por los hombros, ojos marrones y una nariz un tanto aguileña. Pero se veía muy cariñosa y trabajadora.

Ese día no escribió nada. Iba a tomarse un descanso de una semana porque lo que menos necesitaba ahora era estrés.

Cuando volvió de la academia, la casa estaba en silencio y ella se encontró rara. Miró todas las habitaciones de nuevo y la terraza era una preciosidad.

Rosa, había colgado y dispuesto sus macetas entre su decoración y había quedado todo de maravilla. Había hasta una imitación de un pozo con su cubo para sacar agua y todo, en uno de los rincones había puesto una luz dentro. Era maravilloso.

Ernesto aún no había llegado, el pobre trabajaba bastante y más ahora, hasta que pusiera en marcha la oficina de Sevilla. Mientras lo esperaba, se sentó en la terraza con una mantita que Rosa dejó en el sofá.

Estaba pensando en él, en todo cuanto había hecho por su hijo y por ella también.

Debía reconocerlo. Pero quererla o amarla, no sabía si algún día llegaría a hacerlo y sobre todo a decírselo.

Eran muy compatibles en la cama y eso que estaba embarazadísima y ahora comprobaría, si eran compatibles también viviendo juntos. El tiempo lo diría. De momento iba a disfrutar de él dos días porque se iba a Roma y estaría sola en la casa.

Quería acostumbrarse a estar allí. Le iba a ser muy fácil. Aprovecharía cuando él no estuviese para escribir más.

En ese momento se abrió la puerta y ella estaba en la terraza con una luz tenue pensando y disfrutando de las vistas. Estaba en un balcón. Él sabía que los balcones le encantaban. Su idea había dado resultado.

—Hola, mujer peligrosa, ¿no estarás con otro no? —le dijo ironizando

—Sí, tengo uno, pero aún no lo conozco, en un par de meses o así...

—Me encantas, me tienes algo loco, pequeña.

—Y mis piernas hinchadas y mi barriga.

—También me encantan. Tírame un besito.

—Bobalicón eres.

—Dime, ¿qué te ha parecido Rosa?

Se acercó y la besó en los labios y en el vientre y se agachó frente a ella cogiéndole las manos.

—Sí, me gusta. Hemos congeniado muy bien, estoy a sus órdenes. Es maravillosa con sus ideas y sus manos. Es creativa al máximo. Me encanta.

—Eso me extraña. Que tú estés a las órdenes de nadie... Claro, salvo cuando estás debajo de mí. Ahí mando yo.

—¡Qué gracioso!

—Te he echado de menos, preciosa.

—Yo también a ti. —Inclinándose él a su boca y besándola de nuevo con pasión.

—Trabajas mucho cielo. Has venido muy tarde. ¿No tienes hambre?

—Sí, pequeña, tengo un hambre que me muero. Pero primero me voy a dar una ducha.

—Voy poniendo mientras la mesa. Han traído tu ropa del hotel. Te la he colocado en tu vestuario. Es el de la izquierda.

—Gracias encanto. Ya vengo —y le tocó la barriga y se la besó. ¿Cómo está el peque hoy?

—Hoy se ha portado muy bien. Ha dado pocas pataditas. Ahora está más tranquilo.

—¿Me quieres?

—¿Y esa pregunta?, sabes que sí, que te quiero y que estoy enamorada de ti hasta las trancas.

—Si no fueses andaluza diría que eres una exagerada. —y se reía. Le gustaba tomarle el pelo.

—Pero lo soy y tú, ¿me quieres?

—Te adoro.

—No es lo mismo, pero es algo y me conformo. Eso, sí, te aviso de una cosa. Dijo mientras ponía el mantel en la mesa.

—Dime amor —Con sorna.

—No me digas amor si no me amas.

Él rió.

—No quiero verte en las revistas con otra de tu brazo o te partiré en

cachitos y los tiraré al río. Me refiero a cuando te vayas a Roma. ¡Estás avisado!

—¡Qué miedo! Peligrosa, ¿estás celosita? Después de la casa que te he puesto...

—Sí, y mucho. Y la casa no tiene nada que ver. No vas a comprarme con una casa.

—¡Lo sabía! Eres una inconformista desagradecida. Me doy por avisado. Iré del brazo de hombres a partir de ahora.

—¡Ay señor! Bueno, vete a ducharte que ya tengo hambre.

—Me voy, pero que sepas que eres una gordita peligrosa.

—Te vas a quedar sin cenar... y sin sexo, que lo sepas.

Él iba andando por el pasillo, riéndose. ¡Cómo le gustaba bromear con ella! Y ella estaba encantada. Lo veía feliz y ella era feliz también. Por supuesto estrenaron la casa, unas cuantas veces antes de irse a Roma.

Al día siguiente de haberse ido Ernesto a Roma, ella se sintió sola, aunque Reyes, le hacía compañía por la mañana. Recibieron las cajas de ropa de Ernesto y Reyes, se encargó de sacarlas y colocarlas.

A algunas había que pasarle la plancha. Carmen, le dijo que no se preocupara, que en dos días podía hacerlo. Que no había prisa. Y al final le ordenó perfectamente el armario. Reyes era muy valiosa. Estaba en todo.

Ese mismo día la llamó Rosa para quedar al día siguiente para ir a por las cosas del bebé. Rosa ya tenía una lista y ella otra.

Y el martes, cuando Rosa llegó, compararon las listas y se fueron de compras. Rosa, prefería una tienda solamente. Así allí elegirían todo sin que Carmen se cansase. Y luego se lo llevarían a casa al día siguiente.

Compraron lo que Carmen no sabía que existiera para los niños. El mobiliario, Rosa lo compró a juego con lo que ella ya tenía y Carmen, estuvo de acuerdo. Después de biberones, cosas para la madre, pañales, chupetes y toallas, y todo lo necesario, más algunas cosas que la empleada les sugirió y que iban a serles de utilidad. Rosa se dedicó a la ropa.

—¿Ropa también? —dijo Carmen.

—No pensarás dejar a tu hijo sin ropa.

—No, la verdad. Ropa no he comprado aún. Ni la bolsa para el hospital. Ya que estamos. La bolsa para el niño y para mí.

—Pues venga a terminar de comprar. Verás qué cosas más monas, tenemos que llenar la cómoda que le hemos comprado y los dos armarios. Hay que comprar perchas también, azules. Me dan ganas de tener un hijo.

—¡Pues ámate!

—Quizá nos animemos el año que viene o este. Ya tengo treinta y cinco años y no quiero esperar mucho más.

—La decoración no va a faltarte.

—Sí, le dejaré una habitación de dulce, pero a tu bebé le voy a dejar una monería. Ya verás.

—Muchas gracias Rosa. Eres una mujer estupenda y muy buena profesional.

—Gracias a ti. Además tu hombre me paga muy bien. Me gusta mucho trabajar para él. Es fenomenal. Desde que conozco a Ernesto no le he visto a una mujer que lo haga tan feliz como tú lo haces. En serio. Está más animado, más activo. Bueno, activo siempre ha sido, pero parece un adolescente preparando cosas. Me gusta su cambio.

—Lo amo tanto...

—Él también y se le nota.

Si ella supiera... pero quizá la amase a su manera. Él era así. Y había hecho tanto por ellos...

Cuando acabaron, Carmen, no quiso saber la larga lista que junto con la factura le dio la encargada de la tienda, además con algunos regalos por buenas clientas.

Lo esperaban todo al día siguiente por la mañana, sobre las once. Todo era precioso. Le había comprado hasta una mecedora para dar el pecho a su hijo. La habitación del peque era grande y Rosa, había medido y calculado todo. Le compró dos armarios y una cómoda preciosa, junto con los demás artículos. Y miles de conjuntitos y ropita preciosa.

Por la noche, cuando llegó de la academia, se duchó y estaba descansando después de cenar, cuando la llamó Ernesto.

—¿Cómo ha ido la compra encanto?

—Creía que te había llegado la lista a Roma de lo larga que es y que habías visto la cuenta.

—¡Eres la leche!

—Y tú un loco. Encantador, pero loco comprando.

—Pues no suelo comprar mucho. Pero para mi hijo y para ti hay carta

blanca. Tengo dinero suficiente. ¿En qué quieres que lo gaste tontita? Además disfruto viendo los vestidos llenos y yo gasto más que tú en ropa, que lo sepas. Ya sabes lo presumido que soy —soltó una carcajada—. Me cuestan una pasta los trajes.

—Pues en cuanto terminemos de gastar esto, vamos a ahorrar. Esto no puede seguir así. Te lo advierto. Lo digo en serio. Nunca he gastado tanto en mi vida. Y no quiero que tú gastes más. De verdad. Me voy a enfadar. Sólo te comprarás ropa tú, que eres el que tienes que usarla más.

—Bueno, sólo te queda tu ropa y te prometo que ya no gastamos más hasta la boda.

—¿Qué boda? —preguntó incrédula.

—La nuestra, no pensarás que vamos a vivir en pecado toda la vida. En cuanto nazca el peque y te recuperes, nos casamos.

—¿Me puedes dejar descansar unos meses?, catalán trabajador. Ten en cuenta que soy andaluza y soy vaga, ¿eh?

Él soltó una carcajada.

—Eres de todo menos vaga. Bueno, dime cielo, ¿estás bien?

—Sí, pequeño, estoy muy bien. Acabo de cenar y no tardaré mucho en irme a la cama.

—No tengo nada de pequeño. Ya lo sabes. Te deseo cielo. Me cuesta estar aquí sin ti. Y eso que trabajo hasta la noche para no tener que pensar en poseerte en cualquier rincón de esa casa nueva que estrenamos.

—Podemos hacer cibersexo. Sería interesante

—Eres una desvergonzada. ¿No te aguantas una semana? —Se reía de todo cuanto ella decía.

—No sé, me estoy acostumbrando a tu ritmo y desde que me cumples como un hombre, ya sabes y descubrí contigo el sexo del bueno... No, no aguanto ni un día.

—Luego me dices que soy yo el insaciable, loquita. De verdad, que me gustaría estar ahí contigo.

—Ya te queda menos y cuando vengas en coche, ten cuidado por favor. No corras.

—No correré. Te lo prometo. Deja de preocuparte por todo. Te dejo ya que descanses. Mañana hablamos cielo y me cuentas qué tal.

—Adiós, guapo. Hasta mañana.

Al día siguiente, le trajeron todas las cosas del bebé de la tienda y Rosa que estaba con ella tomando un café que les había preparado Reyes, en la terraza, se levantó y se pusieron en marcha, empezó a dar órdenes de dónde debían dejar, esto o aquello y ella la dejó. Confiaba en su buen gusto y era su trabajo, no quería entorpecerla.

Cuando terminaron de dejar las cajas y se fueron, le preguntó a Carmen, si le gustaba cómo había quedado el tono de la pintura y todo y ella se sorprendió de lo bonito que estaba el cuarto. Hasta Reyes estaba encantada.

Entre las tres empezaron a sacar ropita de las cajas y a colocarla en perchitas o doblada. Y para las doce todo estaba listo.

Reyes, se metió en la cocina a hacerle algo ligero de comer a Carmen y Rosa se fue. Quedó con ella al día siguiente a las nueve y media.

Desayunarían fuera e iban a ir a una boutique que tenía absolutamente de todo. Allí harían toda la compra. No quería que Carmen se cansara de andar de aquí para allá. Había concertado cita en la boutique, que era enorme y tenía de todo y seguro que para el mediodía habían terminado. Así el viernes, la dejaba descansar.

Al día siguiente, Rosa pasó a por ella y desayunaron fuera, en una cafetería de la Avenida de la Constitución. Cuando abrieron las tiendas a las diez, estaban listas para las compras.

Y Rosa, se puso manos a la obra en cuanto entró en la boutique: Ropa formal, ropa informal, ropa de cóctel, de fiesta, de deporte, bolsos, zapatos a juego, ropa interior super sexy, camisones, pijamas, cosas que no se atrevería a ponerse, una infinidad.

Carmen le dijo que no iba a tener días para estrenar tanto, pero dejaba a Rosa. Y luego accesorios de bisutería fina que costaban una pasta. Incluso para el pelo. Perfume, pinturas, maquillajes, etc. Iba a llenar el gran vestidor y le faltaría.

—¿Rosa, no estás un poco loca, como Ernesto? – le dijo totalmente en serio, cuando estaban a punto de salir de la tienda.

—Yo no, es tu hombre el que ha mandado esto.

—¿Para qué quiero cinco vestidos de fiesta, chiquilla? Y sombreros.

—Por si vas a una boda, mujer o a una comunión.

—Y hemos pagado...

—¿Quieres saberlo de verdad? No te desmayes si te lo digo.

—Di, anda. No me desmayaré.

—No has elegido marcas, pero la ropa es buena. Hemos gastado menos de lo que Ernesto me dio para ti.

—Pero si llevo zapatos y tacones de todos los colores.

—Un poco más de doscientos mil euros. Hemos dejado pelada la tienda. Ya les avisé de tu talla en cuanto Ernesto me lo dijo e hicieron pedidos suficientes para que te llevaras de todo.

—Me voy a marear. Me siento como la de la película *Pretty Woman* y me temo que Reyes cuando me coloque todo mañana, tendrá que buscar un contenedor de cartón para echar las etiquetas y las cajas de zapatos.

—Como dice Ernesto, eres la repera. Te conoce muy bien.

—Es un exagerado. Generoso, pero exagerado.

—Bueno te dejo en casa y me despido. Ha sido un placer trabajar contigo Carmen.

—Espero que tengas suerte y te haya gustado lo que te he hecho. Claro que he cobrado bien, todo hay que decirlo. Ernesto se va a quedar anonadado de lo que voy a devolverle.

—Es un exagerado. Ya te lo he dicho. Luego dicen que los andaluces... gracias Rosa. Me ha encantado conocerte.

Cuando llegó el viernes por la noche, pensó en descansar todo el fin de semana. Había tenido una semana ajetreada.

Reyes le había colocado toda la ropa el día anterior y la casa estaba recogida y limpia y ella iba de lunes a viernes a la academia por la tarde.

Pasó otra semana sola y tranquila en el gran ático. Cuando volvía de la academia se sentaba con la mantita un rato en la terraza una vez que se duchaba. Luego entraba y cenaba y se quedaba a ver la tele o a leer un rato. Por las mañanas, daba un paseo y había vuelto a escribir esa semana por las mañanas.

El siguiente fin de semana, le tocaba estar de nuevo sola, ya que esperaba a Ernesto el lunes o el martes por la noche, según le dijo.

Cuando la llamara que ya estaría apunto, lo confirmaría, porque hablaba con él todas las noches sobre las once.

Se duchó, cenó y se salió un rato a la terraza con su mantita y el móvil por si llamaba Ernesto. Estaría solo un rato y vería alguna película después.

No quería acostarse temprano todos los días. Si no, le parecía que no tenía vida.

La vida era bella. La terraza le daba vida y el olor de las plantas la hacía pensar en tantas cosas... en la locura que había sido su vida en el último mes y medio que había vuelto a ver de nuevo a Ernesto. Era una loco.

Había puesto patas arriba su vida y la de ella. Había llenado la casa, de comida, de cosas para el bebé y para ella. Y era la casa de sus sueños, la vida de sus sueños y el hombre de sus sueños.

Todo por su hijo. Había cambiado la oficina a Sevilla, había comprado un ático precioso y enorme para ella, con vistas, como a ella le gustaba. Tenía un vestidor en su habitación con ropa que no estrenaría en meses.

Tenía una chica para la limpieza, para que ella se dedicara sólo a pasear y escribir. Eso debía ser amor. Tenía esa forma de expresarlo.

La hacía feliz, así que ella nunca movía la boca para decir si esto era bonito, porque lo tendría al instante. Estaba siempre pendiente de ella y de su bebé. Eso no lo hacía cualquier hombre. Ernesto era especial, por eso lo amaba tanto. Era un trabajador nato. En ese momento sonó el teléfono:

—Adivina quién soy.

—El amor de mi vida.

—El mismo —rió divertido—. ¿Qué haces peligrosilla?

—Tapada un ratito en la terraza. Esto es fantástico.

—¿Me invitas?

—¿Dentro de la manta? Tendrías que venir aquí y te haría un huequito enseguida. Esto está muy solo sin ti.

—Pues hazlo, que estoy llegando a la puerta.

—No me lo creo, vienes el lunes o el martes...

En ese momento sintió abrirse la puerta y se levantó y fue hacia Él.

—Has venido, has venido —echándose en sus brazos y besándolo. Él la levantó en volandas besándola, como si hubiese pasado una eternidad desde la última vez que la vio.

—Estás loco, suéltame que te vas a hacer daño en la espalda.

—Sería un daño bueno. Me quedaría en la camita una semana contigo aquí sin trabajar nada. ¿Cómo estás preciosa? ¿Te gusta la casa ahora que te has quedado solita por las noches?

—Me encanta. Ya lo sabes, lo que más, la terraza. Pero me gusta todo, la cocina, los baños, nuestra habitación, la del pequeño, ya verás qué bonita... Y ya he estrenado el despacho.

—Eso ya lo sé, por eso la compré con esta gran terraza.

—Y por eso te quiero tanto —y lo besó apasionadamente.

—Tengo hambre, ¿Un bocata? Mientras me ducho, vengo de un viaje largo en coche.

—Ahora mismo te lo hago. Yo ya he cenado. ¿Quieres una cerveza?

—Sí cielo. Me vendría de maravilla. Ahora vengo. Voy a dejar la maleta en el vestidor.

A Ernesto le gustó mucho la decoración de la habitación del peque. Era todo coqueto y suave.

—Es preciosa, ¿verdad? Ha quedado de dulce...

El la miró en silencio, enfocando la vista hacia ella, le dijo:

—Preciosa. Te he traído un regalito, y del pantalón sacó una cajita de terciopelo verde.

—No tenías que comprarme nada, ya lo sabes, no quiero que te gastes más dinero en mí.

—Esto es importante, ¡ábrelo!

Abrió la cajita y cogió unos pendientes a juego con el anillo de compromiso, con un diamante blanco.

—Un diamante en blanco para un diamante en bruto. Tengo que pulirte.

—Bobo, te quiero —abrazándose a él.

Se besaron con pasión, como si no hubiese más días para hacerlo. Él se sintió distinto y protector, como con ninguna mujer antes. Carmen tenía algo que le pertenecía: su hijo y se juró hacerlos felices y construir un futuro y una familia.

Estaba en casa y eso era maravilloso. Siempre había llegado solo a su casa, cuando vivía en Barcelona y creía que eso era la felicidad, pero ya no lo cambiaría por saber que Carmen lo esperaba cuando llegaba a casa. Esa felicidad, era distinta y estaba encantado de la vida.

Ella lo merecía, era tan pequeña y frágil, tan fuerte y tan mimosa, tan graciosa y tan buena, tan sexy y tan... que sintió una erección difícil de controlar.

—Te deseo pequeña —tomó su mano y la puso en su miembro por encima del pantalón, para que ella notara lo que le hacía sentir —es todo tuyo, soy tuyo. No sé qué me haces pero siempre estoy preparado para ti. Cuando estoy contigo no puedo controlarme. Cuando no estoy tampoco. Me has embrujado, bruja, le dijo en sus labios. He tenido que trabajar a fondo para venir un día

antes y poseerte.

—¡Qué exagerado eres!... te estás volviendo andaluz.

—Y tú qué guapa. Espera que termine ese bocadillo y te diré lo exagerado que me pongo.

Soltó una carcajada.

Y allí en la terraza cuando terminó de comer, la sentó en su regazo, con un pie en cada parte de su cuerpo y a horcajadas, tapándola con la manta, la penetró sin miramiento ninguno.

—La próxima será más despacio pequeña. Te deseaba tanto... Entrar en ti... no sabes lo que siento.

—Pero sé lo que siento cuando entras en mí y tampoco puedo esperar más.

Al frescor de la noche, en el último piso, con las luces apagadas y el fragor y aroma de las plantas, llegaron al clímax de forma brutal.

No sería tan malo vivir juntos o estar casados, no con ella. Le gustaba estar en casa y que esa mujer estuviese allí esperándolo con su sonrisa puesta.

Ella seguía dando clases en la academia por la tarde y por las noches, cenaban algo que Reyes les había preparado antes de irse Carmen a las clases o pedían comida para llevar. Cenaban en la terraza y después recogían y hacían el amor apasionadamente.

Le había dado una tarjeta de crédito para comprar cosas que necesitase en la casa o para ella.

Ella se negó al principio a tomar la tarjeta, pero él la convenció. De todas formas, ella sólo gastaba en comida o alguna cosa para el peque.

Si quería comprarse un libro o algo, lo hacía con su dinero. Esperaba que él no se enterase, o se enfadaría.

Algunas semanas él tenía que ir a Barcelona y ella se sentía muy sola, en la casa tan vacía. Andaba una hora para no engordar mucho y hacer su rutina diaria.

A veces iba a visitar a Asunción, la señora que le alquiló el pequeño ático y pasaba la mañana con ella, paseaba o iba con Reyes al mercado de Triana, al supermercado a reponer el frigorífico, o paseaba por el centro y le compraba alguna tontería a Ernesto.

Leía y escribía porque tenía que terminar la novela que iba a mandar a Valladolid y estaba casi lista y repasada.

Fue con Reyes una mañana y compraron un árbol de Navidad y un Belén

con sus adornos que compró en los puestos artesanos que ponían en la Avenida de la Constitución y estuvo dos días adornando el árbol y el Belén en un rinconcito de la casa.

No era muy exagerado, pero quería tener uno mediano. Y ya iría comprando más figuras cada año para ponerlas en el Belén.

Al final, quedó precioso y Ernesto puso la estrella encima del árbol. Ahora sí parecía una casa familiar.

Ya quedaba poco para dar a luz y se sentía como un barril de cerveza pesado. Los pies se le hinchaban y los tenía que poner en alto un rato.

Pensaba tomarse el permiso de maternidad al final, casi cuando fuese a dar a luz. Ernesto intentaba viajar menos a Barcelona, estaba cansado y quería estar con ella, por si acaso llegaba el niño.

Y el niño llegó en el momento menos esperado. Un martes por la tarde, cuando daba clases en la academia y Ernesto estaba en Barcelona, ella rompió aguas y todo fue una revolución.

Ayudando todo el mundo, la ambulancia y a la Clínica santa Isabel, en el barrio de Nervión, porque él tenía un seguro privado que los cubría.

Se avisó a Ernesto que tomó el primer vuelo a Sevilla para llegar a tiempo. El corazón se le salía del pecho porque sabía que quedaban unas horas para llegar y eran cruciales, ya que quería estar en el parto.

Sin embargo, cuando llegó al hospital, él niño ya había nacido, pues el parto fue muy rápido.

Entró en la habitación sobre las doce de la noche con el bolso que tenían preparado, ya que había tenido que ir a casa a dejar la maleta y llevar el bolso, pues ella no tenía ropa ni el niño tampoco, ni todo lo que habían preparado.

Carmen estaba dormida y el niño en un cuco de hospital al lado de ella, también dormido. No había nadie más en la habitación, estaban solos, porque la habitación era privada.

Estaba preciosa y el niño era tan pequeño... No quiso despertarlos y se sentó en uno de los sillones a contemplar la vista. Pero estaba tan cansado que cerró los ojos por lo que le pareció un instante y se quedó dormido.

Eran las tres de la mañana cuando oyó un ruido y despertó. Ella estaba con el niño en brazos dándole el pecho.

—¡Eh, preciosa!, lo siento, —acercándose a ella y besándola— siento haber llegado tarde y no haber estado, lo siento tanto...

—No seas bobo, tu hijo tenía prisa y no te ha esperado. Además ha sido todo tan rápido que apenas he tenido tiempo de asimilarlo. Y no he tenido miedo ninguno. Me han ayudado mucho todos los del personal de la clínica.

—¿Cómo estás?

—Un poco incómoda por los puntos, pero sólo me dieron tres. Ven a ver al peque, está hecho un tragón. Creo que se parece mucho a ti. Tiene los ojos grises como los tuyos. Y el pelo negro. Es un niño guapísimo.

—Dicen que todos los niños son guapos. Es precioso, tan pequeño, es mi hijo —dijo con lágrimas en los ojos mirándolo.

—Sí es tu hijo, pero no vayas a llorar bobito, que entonces la liamos.

Cuando terminó de darle el pecho, se lo puso en los brazos y Ernesto al cogerlo sintió una ternura y un sentimiento protector como nunca había sentido. Lo miró y sí se parecía a él, era su hijo, su sangre y nadie le haría daño jamás y no iba a perderse la vida de su hijo por nada del mundo.

Ahora estaba convencido del todo. Él no era como su padre. No lo iba a abandonar como su padre lo abandonó a él, y supo que había hecho lo correcto.

Se sentó con el bebé en el sillón y no lo soltó hasta que entró una enfermera y se lo llevó para hacerle unas pruebas y bañarlo y ponerle la ropita de la bolsa, ya que le habían puesto un pijamita del hospital.

Cuando se quedaron solos, ella, le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Como un padre protector. Estoy muy emocionado. Es tan pequeño...

—Jjaaja. Eres de lo que no hay. ¿Eso significa que ya no hay prueba de ADN?

—Eso significa que no tenía intención de hacerla nunca. Sé que es mío y tú también. Para siempre.

—¡Te quiero catalán!

—Y tú, ¿cómo te encuentras? —le preguntó preocupado, porque a ella le costaba incorporarse.

—Me encuentro como si hubiese parido. Bueno, no ha sido tanto. Este niño es tan impulsivo como su padre y tiene las mismas prisas. No me esperaba un parto tan rápido, doloroso, pero rápido. Supongo que será así, pero cuando lo vi, ya no me dolía nada. Es precioso. Un muñeco. Lo más bonito que he visto en mi vida.

—¡Eres preciosa! — le soltó todo emocionado por el regalo que le había

hecho.

—Bueno no estoy ahora en esas condiciones de ser preciosa, pero me recompondré. Me han dado pocos puntos y estoy algo molesta. Pero me han dicho que es cuestión de una semana o así. Estoy muy feliz. Cansada, pero feliz.

—Pues tienes que descansar, cielo. Yo me hago cargo del pequeño.

—Tú, siempre quieres hacerte cargo de todo – le dijo cogiéndole la mano.

Él bajó la cabeza y la besó en los labios una y otra vez.

—Si quieres ponerle otro nombre, el de tu padre u otro, no me importa pequeña. Te lo digo porque no quiero acaparar nada.

—El niño ya tiene nombre, mi amor, lo tiene desde que supe que era un niño y es el de su padre, para que la saga continúe.

—¿Quieres hacer una saga? —le preguntó gracioso y sonriendo.

—Eres rico y tienes muchos hoteles. Seguro que tu hijo sigue tus pasos. Eso es una saga. O eso sale en las películas.

—Siempre me ha gustado tu sentido del humor. Tienes unas cosas, Carmen. Incluso ahí, ahora que acabas de dar a luz, tienes humor, mujer. No sé qué voy a hacer contigo.

—Amarme mucho, como yo te amo.

—Te adoro, ya lo sabes. No podría vivir sin vosotros. Somos una familia. Sólo faltan algunos papeles que lo confirmen, pero lo somos y yo cuidaré y protegeré a los míos.

—Oye cielo...

—Dime pequeña.

—Aún no he llamado a mis padres, no me ha dado tiempo. Llamaremos por la mañana. Cuando lo sepan, me van a echar una bronca como cuando era adolescente, pero de verdad, que no he tenido tiempo. No sé ni dónde dejé el móvil. Quizá en la academia. Ya me lo traerán.

—No te preocupes. Los llamaremos mañana. Yo también tengo que decirle a mi hermana que es tía ya. Se va a alegrar un montón. Y en cuanto al móvil, llamo a la academia también y te lo consigo.

Se quedaron un rato en silencio esperando que le devolvieran al bebé de nuevo y ella cerró los ojos un momento

Era feliz, como nunca lo había sido. Tenía a su hijo y a su hombre, pero... Tendría que esperar a que la quisiera y sobre todo a que se lo dijera. Sería difícil, pero lo conseguiría. Estaba segura de que la quería, pero le costaba

tanto pronunciar esas palabras.

CAPÍTULO NUEVE

A los tres días recibió el alta y fueron a casa con el peque. Era bastante bueno el pequeño y dormilón, y Carmen decidió darle el pecho el tiempo que fuera suficiente, el que tenía de baja maternal. De todas formas, Ernesto se empeñó en contratar a una niñera para que ella descansara. Y estaba con su hijo como un padre que se le caía la baba. En cuanto salía del trabajo, se dedicaba a cogerlo a él y a su mujer y los mimaba.

Los días transcurrían tranquilos. Ernesto terminó de asentar su sede en Sevilla. Viajaba a Barcelona algún día a la semana, pero volvía a casa por la noche.

Él trabajaba y ella se quedaba con el niño. Cuando estuvo mejor, empezó a dar los paseos que solía dar antes de dar a luz, mientras la niñera se quedaba con el hijo y, la mujer que tenían contratada, Reyes, hacía comida y limpiaba.

Luego empezó a trabajar en una nueva novela y antes de comer sacaba de paseo al niño con la niñera, que se encargaba de todo lo referente al chico, ropita incluida, su baño, etc. Reyes, se encargaba de la casa, media jornada.

Y la niñera entraba a las diez y salía a las cinco. Así ella, comía y se echaba una siesta, para estar fuerte. A veces venía a comer Ernesto, pero si tenía comida con algún cliente no podía venir hasta la cena.

Por la noche, cuando Ernesto venía, cenaban en la terraza y hablaban del niño u otros temas, o veían alguna película abrazados.

Ya había pasado más de un mes y medio desde que el pequeño naciera y una noche, mientras cenaban al fresco, ella le dijo:

—¿Sabes una cosa? —Preguntó con cierto tono enigmático

—Dime preciosa. Qué irás a decirme con ese tono.

—¿Te gustaría hacer el amor esta noche?

Él, la miró sorprendido y con cara lobuna.

—Eso no puedes decirlo así, mi corazón tiene ya una edad. ¿En serio? ¿Podemos?

—En serio... si queremos. Vamos digo, si te apetece.

—Ven aquí, arrímate pequeña. ¿Y si dejamos la cena a medias y luego la terminamos?

—Te conozco, no terminaremos de cenar nunca. Primero cena, después sexo.

—A mí no me importa, prefiero comerte a ti.

—Lo sabía. Tenía que habértelo dicho más tarde —dijo riéndose

—Has hecho lo correcto, como siempre.

Entre risas, Él se acercó a ella y la cogió de la mano y se la llevó al dormitorio.

Ella temblaba mientras le quitaba la ropa despacio y tocaba sus pezones y metía la mano entre sus piernas, sintiéndola húmeda para él, como siempre que la tocaba, ella le respondía como ninguna.

—No tiembles pequeña, lo haremos despacito...

—Hace ya mucho tiempo que no lo hacemos y estoy nerviosa.

—Ya te quitaré yo esos nervios. No sufras. Ven que te abrace — y ella fue a su encuentro.

La tumbó en la cama una vez desnuda y mordió sus pezones. Le encantaba que hiciera eso y bajó besando su cuerpo hasta su centro, que lamió hasta que ella entre gemidos no podía más

—Por favor, por favor, quiero tenerte.

—Y yo, no tengas prisa, tenlo para mí. Tenemos toda la noche, todas las noches.

Ella no pudo más y saltó en mil pedazos en un orgasmo sin control. Él tomó un preservativo de la mesita de noche, y entró en ella despacio, gimiendo y aguantando.

—Pequeña, hace tanto... Me tienes loco. Estar dentro de ti es un vicio.

Entraba y salía y sus cuerpos estaban tan unidos y tan húmedos que no tardaron segundos en encontrarse juntos en otro orgasmo único y distinto, que los unió aún más, pero de una forma diferente. En cuerpo y alma.

Ernesto rodó en la cama atrayéndola hacia él, de forma que ella con la mano tocaba su pecho y lo acariciaba.

—Vas a matarme catalán —le dijo aún jadeante.

—Si te mato así, no puedes quejarte.

—Y no me quejo —dijo tocándolo íntimamente— ¡No puedo creerlo!

—No sabes el poder que tienes sobre mí, si me tocas donde estás tocando...

—Me gusta ese poder.

—Es el único que te daré.

—Me conformo, bobo —dijo ella, mientras se ponía encima de Él, le ponía otro preservativo y lo introducía en su sexo, cabalgándolo despacio y

luego aumentando el ritmo.

Esa noche volvieron a hacerlo un par de veces más. No se saciaba de ella. Menos mal que al día siguiente era sábado, porque estaba muerto.

Se hicieron cargo del bebé mientras desayunaban y luego decidieron sacarlo al parque y darle un paseo. Estuvieron un par de horas y luego trabajaron un poco, él organizando un viaje que tendría la semana siguiente y ella en su próximo libro, mientras el bebé dormía una siesta antes de almorzar.

—¿Quieres que salgamos a almorzar? —Le preguntó él, sobre todo para que ella no tuviese que cocinar.

—Prefiero almorzar aquí, puedo preparar una pechuga a la plancha y una ensalada y si nos deja, podemos echar una siestecita.

—¿Podemos saltarnos el pollo?

—No, eres tremendo, primero el pollo, después la siesta.

—Ven aquí —ella se sentó a horcajadas sobre él. Tengo que viajar a Estados Unidos dentro de dos semanas.

—Bueno, no pasa nada —dijo ella con tristeza.

—No quiero que estés triste, ¿vale? Te llamaré a diario y volveré lo antes posible.

—¿Cuánto estarás?

—Al menos tres semanas, una en Nueva York y otra en Atlanta. El resto entre Londres, París y Barcelona. Me iré el viernes que viene a Barcelona y saldré desde allí. He vendido el apartamento de Nueva York, así que tendré también que firmar los documentos de la venta.

—¿Lo has vendido?

—Sí, no era necesario tener tantas casas, con esta y la de Barcelona, tenemos suficientes. En el resto, me quedo en los hoteles. Además lo he vendido por una buena suma. Tres millones de dólares.

—¿Qué? ¿Tres millones de dólares te han dado por un apartamento?—

—Nos han dado. Pero estaba en Central Park. Era uno de los mejores sitios. ¿Me vas a echar de menos?

—Te esperaremos y claro que te echaré de menos. Siempre te echo de menos cuando te vas. Yo también quería decirte algo.

—Dime cielo —la miró interesado.

—En la próxima visita que tenga con el ginecólogo, para que me reconozca, voy a pedirle que me mande pastillas anticonceptivas.

—¿En serio?

—¿No quieres? —Preguntó ingenuamente.

—¿Estás loca? Me encantará entrar ahí sin nada. Harás de mí un eyaculador precoz.

—De eso nada. Si no me cumples volvemos a los preservativos.

—Eres un peligro para mí. Ya ni recuerdo cuándo lo hacíamos sin preservativo. Ya sabes desde que estabas embarazada. Nunca antes.

—Yo tampoco. Nunca quise hacer nada sin protección hasta que lo hicimos en Barcelona. Así que cuando vuelvas de Nueva York, volveremos a hacerlo sin nada.

—Bueno, bueno, cuando venga de Nueva York, me pido una semana de vacaciones y no salimos de la cama. Les daremos vacaciones a las chicas.

—Cuando digo que eres tremendo, no me equivoco.

—Quiero que vayas preparando la boda, cuando venga vamos a casarnos, recuérdalo.

—Si quieres podemos posponerla.

—De eso nada. Ya la pospusimos por el bebé. En cuanto venga nos casamos en dos semanas. Esa es la fecha máxima. Tenlo todo preparado, ¿ok?

—Prefiero llamar a Rosa y prepararla cuando vengas. No sé nada de tus invitados.

—Llámala y por la lista no te preocupes, te la paso por fax. O ya me pongo en contacto con ella antes de irme.

—Y seguro le dejas una tarjeta para los gastos.

—¡Cómo me conoces...!

Los días pasaron tranquilos al mismo ritmo. El niño crecía sin parar. La novela avanzaba y las noches eran para ellos, tranquilas y dando rienda suelta a la pasión.

Sin embargo, no le decía que la quería y esa era la única tristeza que ella tenía.

Pero sabía que él la amaba a su manera. La mimaba, le compraba flores, o bombones, o regalos, era el mejor padre del mundo y el mejor compañero, atento, divertido y apenas discutían. No sabía de dónde sacaba tanto tiempo, con lo que trabajaba.

La besaba y tocaba por cada rincón y en cada ocasión que tenía. Eso le gustaba mucho a ella. Le decía mil cosas que la ponían a cien.

Salían a cenar o a comer con el niño a veces. Siempre que estaba en casa cogía a su niño en brazos y le hablaba y ella le decía que lo iba a malcriar y Ernesto se reía y le decía que era su niño mimado. Era lo más aproximado a la felicidad que ella había conocido.

Pronto se casaría. Luego bautizarían al peque y en unos cuantos meses volvería al trabajo de nuevo.

El futuro le era incierto cuando lo pensaba bien y la ponía nerviosa algunas veces, pero, se sentía protegida por Ernesto.

Cuando él se fuera, tendría tiempo de reflexionar, porque todo había ido muy rápido, aunque pensándolo bien, casi no tendría tiempo, preparar una boda le llevaría otro tanto, pero contaba con ayuda de Rosa y así tendría tiempo para el bebé.

No quería una boda por todo lo alto, al contrario, pretendía una boda sencilla, y aunque sabía que Ernesto era conocido y tendría muchos invitados, todo estaría a la altura, sencillez y elegancia.

Cuando Ernesto salió de viaje, ella sintió un vacío inmenso, hasta lloró de tristeza la primera noche. Se dijo que era tonta, pues recibía mensajes y llamadas de él, pero lo echaba mucho de menos.

Sus padres la visitaron unos días para que no estuviese tan sola y además estar con su nieto. Pero no podían quedarse mucho tiempo.

Quedó en unos días con Rosa, cuando se fueron sus padres para preparar la boda. Y una semana pasó volando eligiendo, iglesia, fecha, lugar de celebración en uno de los salones del hotel.

Tenían más de trescientos invitados, pues Ernesto conocía a mucha gente y no podía dejar de invitarlos, y todos los elementos de la boda, incluido el vestido, que eligió de encaje blanco mate, romántico, sin mangas, estilo vintage. A Rosa, le encantaba, le decía que iba con su personalidad.

Todo era una vorágine por la mañana, pero por la tarde, desconectaba, echaba la siesta y salía con el niño al parque y paseaban y le contaba al bebe que crecía a toda prisa lo ocurrido por la mañana.

Una de esas tardes, al pasar por un kiosko de prensa, compró la revista de los hoteles. Hacía tiempo que no la compraba, pero como él estaba en Nueva York, se atrevió a comprarla a ver si decía algo sobre Ernesto.

Cuando se sentó en un banco del parque, el niño estaba dormido y se dispuso a leer la revista por si encontraba algo que hablara de los hoteles de Ernesto.

Al ir leyendo páginas, se quedó blanca con la noticia, allí estaba su casi marido, besándose con una modelo en una fiesta. Se quedó blanca, y lloró amargamente. Estaba rabiosa, irritada, enfadada y todo lo que se podía sentir.

¡Maldito fuera!, no podía fiarse de los hombres, ya sabía ella que algo iba mal. Pues se iba a enterar. No le cogería el teléfono, y de boda podía ir olvidándose.

En cuanto volviera tendrían una conversación y se iría con su hijo. No necesitaba nada de él, no iba a cambiar nunca.

A eso es a lo que ella había tenido siempre miedo.

Ella tenía su propio dinero y podía cuidar de su hijo. Necesitaba una explicación, necesitaba la verdad, por eso no cogía a su hijo en ese momento y desaparecía, pero desde luego le iba a hacer sufrir.

¡Maldita fuera!, aunque sabía que lo que salía en las revistas era pura mentira, se estaban besando. Estuvo llorando un buen rato, se sentía ninguneada.

Ella era una mujer normal, no como esa, esa... modelo rubia y guapa, pero no iba a consentir semejante humillación. Sintió rabia, celos, pensó en que su hijo y ella no se lo merecían.

Ese día no le cogió el teléfono cuando Ernesto llamó diez veces.

—Que se fastidie y sufra, si es que sufre.

Le dejó mensajes en el contestador que ella, por supuesto no contestó a ninguno.

Así estuvo dos días más y él, se veía desesperado, hasta que se hartó y le mandó un mensaje:

—Que te conteste la rubia a la que estabas besando en la fiesta de Nueva York.

—Carmen, por favor, eso es una tontería, ella me pilló desprevenido, ya sabes cómo son las revistas de sensacionalistas. Cógeme el teléfono, por favor. Te llamo.

—¿Qué quieres? ¿Humillarme más? En cuanto vengas me llevo al niño y me voy.

—No digas tonterías. Por favor, espera en casa, cuando vuelva hablamos, que sepas que te soy fiel. Nunca he sido más fiel en mi vida desde que te

conocí. Por favor, dame la oportunidad de que hablemos y sigamos con nuestros planes. Dime que me esperarás en casa y no irás a ningún lado. Ella me besó y me pilló desprevenido. Ya sabes cómo son las revistas. Créeme, por favor.

—Está bien, no me iré hasta que vuelvas, pero no me llames más. No pienso contestarte. Necesito pensar. Dame tiempo.

—No me hagas esto pequeña, necesito oírte todos los días y saber cómo está mi hijo, necesito oírte. Te necesito cielo.

—Ahora mismo no estoy de humor. Me quedo con la condición de que no me llames.

—¡Joder Carmen! Vale, está bien, dime si el niño está bien al menos.

—Está bien, como siempre. Adiós, tengo que dejarte.

—¡Maldita sea! Ha colgado. —Se dijo mientras miraba el móvil.

Ernesto no entendía nada, o sí lo entendía. Compró la revista y buscando entre las páginas estaban, él con una rubia besándose.

El plano en el que le habían hecho la foto, parecía más de lo que había sido en realidad. La rubia, le había pillado desprevenido aprovechando las cámaras.

Había imaginado algo así cuando Carmen no quería contestarle, pero no sabía que pudiese estar tan enfadada. Tendría que hacer algo o los perdería a los dos, a su hijo o a ella.

Él no le había sido infiel ni con el pensamiento. Era feliz con ella. Muy feliz. Tanto que no podría vivir sin ella.

Y se dio cuenta de que estaba irremediablemente enamorado de ella, de que la amaba y de que había estado tonto al no habérselo dicho. Comprendía su enfado, pero no debía estar enfadada por esa tontería.

Él ni le había correspondido a esa mujer que ni siquiera conocía. Lo habían invitado a un evento al que debía acudir, a pesar de no tener ganas, pero que era inevitable, pues lo invitó un cliente y no podía negarse.

Ahora estaba desasosegado y estaba deseando de llegar a casa y convencerla de que había sido una tontería y de que la quería.

La quería más que a nada en la vida. Las dos semanas que siguieron, pasaron sin pena ni gloria, ella no le contestaba, ni hablaba con él.

Ernesto le mandaba mensajes a diario, por lo menos cinco veces al día, pero ella, se resistía y pensaba.

Lo echaba tanto de menos... ¿por qué había tenido que hacerle eso?

También pensó cuando la rabia desaparecía por momentos, que pudiera ser que él llevara razón. Eso la ponía más furiosa. Lo más importante era su hijo.

La boda seguía adelante, no la había paralizado y quedaba poco más de un mes. En algún momento volvería y eso la ponía nerviosa.

Sus mensajes eran cariñosos y amorosos, la llamaba pequeña, no te enfades, te echo de menos, te necesito, pero nunca te quiero o te amo que era lo que ella necesitaba.

Cada día estaba más inquieta porque no sabía en qué momento iba a volver ni cómo comportarse cuando lo viera y él no le decía nada.

Dos noches más tarde, ella estaba durmiendo y sintió un calor conocido que se pegó a un cuerpo que conocía como si fuese un sueño.

Él la abrazaba por detrás y con el brazo abarcaba sus pechos y ella se acurrucó a aquél calor. Sintió como besaban su cuello y le pareció que soñaba con Ernesto, que la tocaba donde a ella le gustaba.

Se despertó de golpe y se dio cuenta de que no era un sueño, de que Ernesto estaba allí acurrucado con ella, desnudo, acariciándola. Se dio la vuelta y se miraron.

—Te amo y te juro que no he tocado a ninguna mujer desde que te conocí. Te lo he dicho mil veces y te lo digo ahora. Eres la única mujer para mí y te amo. He sufrido mucho este tiempo que no querías hablarme y me he dado cuenta de que te quería de verdad, de que era amor.

Ella rompió a llorar abrazándose a Ernesto.

—Vamos, vamos, no llores pequeña, tenemos todo para ser felices, ¿por qué vamos a ser infelices, bobita?

—Es que he esperado tanto para que me digas que me amas, que no me lo creo.

—Pues créelo, me lo has hecho pasar muy mal. He sufrido y quiero mi recompensa.

—¿Tu recompensa?

—Sí, mi recompensa es tu cuerpo para demostrarte lo mucho que te amo.

—Yo también he sufrido mucho y también te amo.

—No esperaba menos, ven aquí, chiquita... ¿Sin nada?

—Sin nada.

—¡Dios mío! Creo que voy a morirme en tu cuerpo.

Y estuvo a punto. Hacer el amor con ella sin preservativo, después de todo

lo sufrido aquellas semanas, fue el momento más mágico que él podía soportar. Se derretía por su cuerpo y ella gemía sin cesar.

Pasaron la noche amándose, tocando sus cuerpos, todos los rincones los exploraron como si fuese la primera vez y tocaron el cielo unas cuantas veces, hasta que terminaron exhaustos y cansados.

Cuando despertó se dio cuenta de que le había dicho que la amaba. El mundo no podía estar más equilibrado y ella no podía ser más feliz. Se acurrucó un ratito más a Ernesto que dormía y abrazándolo, apoyó en su pecho la cabeza y durmió un rato más.

Los días pasaban rápido.

El día siguiente al día de la boda, todo estaba preparado. Ella era un mar de nervios. Él le decía que se calmara que iba a poner nervioso al niño, ella le decía que era la primera vez que se casaba, Él, que era la última y así llegó el gran día.

Ernesto esperaba en el altar de la Iglesia del Cachorro de Triana, que fue la Iglesia que se eligió para tal fin, ya que Carmen era católica e iban a casarse por la Iglesia.

Rosa tuvo que trabajarse la Iglesia, ya que tenía una lista de espera más larga que la ropa que le compró a la mujer de Ernesto.

La Iglesia estaba maravillosamente decorada de rosas blancas y rojas, como ella quería. Estaban todos los familiares, de ambos, más los amigos, compañeros de trabajo de ella en la academia y personas de las finanzas que Ernesto conocía por su trabajo. En total eran unos trescientos invitados. Y eso que ella quería una boda íntima...

Se eligió un coche de caballos para llevar a la novia a la Iglesia. Una boda tremendamente sevillana y bonita y cuando ella, del brazo de su padre entró en la Iglesia, Ernesto miró de lejos a la mujer más hermosa que había conocido, la madre de su hijo, su compañera para toda la vida.

Ella, también estaba nerviosa, pero estaba encantada con su cuento de hadas. No podía ser más feliz, su marido, su hijo, su familia y amigos...

En la iglesia cantó la Salve un coro rociero, que emocionó a la novia y cuando salieron de la ceremonia religiosa, se trasladaron al hotel, donde se celebró un banquete, en un salón de estilo andaluz maravilloso.

La comida se eligió entre platos catalanes y andaluces. La tarta era una imitación de la Giralda.

Posteriormente abrieron el baile los novios y terminó con beso. La fiesta acabó a altas horas de la madrugada. Los invitados lo pasaron de maravilla.

Cuando iban a casa, donde decidieron pasar su noche de bodas, porque ella no quiso ir a un hotel, Ernesto le preguntó si era feliz,

—Ninguna modelo rubia podría decir ahora mismo que es más feliz que yo.

—Esa es mi chica, celosilla hasta el día de su boda.

—Ha estado genial y maravillosa, ¿verdad catalán?

—Verdad, pequeña peligrosa sevillana. Ahora ya eres toda mía y lo que queda de noche voy a pasar demostrándotelo.

—No sé si aguantaré, los zapatos me están matando.

Mientras él estaba sentado en la cama, desabrochándose la corbata, ella se quitó los zapatos y trastabilló hacía atrás pisándolo con el tacón y yendo a caer entre sus muslos.

—¡Ay! ¡Qué peligro Dios mío! Y acabo de casarme...

—Lo siento, lo siento cariño.

—No sé si voy a corresponderte como te mereces esta noche. Eres la culpable de mis sufrimientos.

—Ya que estamos así, desabróchame el vestido y luego me cuentas.

—Yo sé qué es lo que tú quieres.

Metió la mano por la parte de delante del vestido pellizcando uno de sus pezones, y ella se estremeció.

—Espera a quitármelo del todo —le dijo al oído.

—No puedo, aún me duele el golpe.

—Exagerado...

Y se bajó el vestido frente de él, de pie y se quitó la ropa interior. Sólo se dejó las medias blancas con la liga y se puso de nuevo los tacones y a Ernesto se le pasó cualquier dolor que tuviese. Estaba destinado a ella, su peligrosa mujer.

Era ya de madrugada, cuando se ducharon y volvieron a meterse en la cama, esta vez a dormir.

Salieron esa mañana a desayunar y a despedir a los invitados que se habían quedado en su hotel. Mientras desayunaban, Ernesto le dijo que nunca

habían hablado del viaje de novios. Se iba a tomar diez días y se irían los dos.

—Perdona que me haya atrevido a pedirles a tus padres que se queden en casa con el peque, la chica que lo cuida y Reyes, para poder pasar unos días fuera nosotros solos, antes de que te incorpores a la Academia si es que quieres seguir realizando el trabajo.

—Claro que quiero ir a la academia, pero separarnos del niño tanto tiempo...

—El niño estará bien, además ahora que es pequeñito y yo tengo diez días, te quiero toda para mí. No nos echaría tanto de menos en estos momentos, además tus padres están encantados con su nieto y podían disfrutar del peque.

—Vale, me has convencido, lo echaremos mucho de menos, por otro lado nos merecemos unos días para nosotros. Todos los casados tienen viaje de novios. ¿Dónde te gustaría ir a ti?

—Yo, he viajado mucho, pero tú no, y seguro que tendrás un lugar espectacular donde quieras ir.

—¿Puedo elegir yo? Siempre me ha gustado Nueva Zelanda, pero está muy lejos ¿Podemos ir?

—Pues claro, vamos con los maorís pero espero que no aprendas nada peligroso sobre ellos, si no estoy muerto antes de un año de casado.

—¡Qué loco! —se rió.

—Creía que ibas a elegir playa.

—Soy más de montaña y frío que de playa. La playa la tenemos cerca siempre. Pero además Nueva Zelanda tiene unas playas magníficas, pero veremos más el interior.

—Pues en cuanto despedamos a los invitados, nos vamos a casa y vamos preparando el viaje, ¿quieres? Luego podemos salir a una terracita a comer con el niño.

Y así fue como estuvieron viendo rutas a las que visitar y prepararon su gira. Irían a Wellington, la capital de Nueva Zelanda en avión desde Málaga, y allí alquilarían un coche para recorrer algunas rutas de lugares que miraron por internet que merecía la pena visitar. El problema era el vuelo que tardaban más de un día, pero le merecería la pena.

Cuando dijeron de ir a comer, eran cerca de las cuatro de la tarde. Después de comer dieron un paseo por el parque de María Luisa, mientras el peque dormía su siesta tan contento. Se sentaron a descansar en un banquito y se besaron como adolescentes.

—¡Te amo!

—Yo también, creí que nunca te oiría decírmelo. He sufrido mucho pensando que yo era la única que iba a quererte.

—Yo te he querido desde que me derramaste el café en el pantalón, me limpiaste con las toallitas y tuve una erección con tus manitas tocándome.

—No me digas, ¿en serio?

—Y tan en serio. Tuve que quitarte la mano para que no lo notaras.

—No sé si voy a estar tranquila, si cada vez que alguna te toque...

—Tranquila, solo me pasa contigo.

—Más te vale, porque si no tendría que buscarme algún chico guapo.

—Ni lo intentes.

—Me encanta cuando te pones celoso.

—Ven aquí loquita, que te voy a dar yo celos...

Al cabo de tres días habían preparado las maletas, dejado a los padres instalados en su casa y con lágrimas en los ojos se habían despedido del pequeñajo. Fueron en tren a Málaga y allí tomaron un avión rumbo a Wellington.

En la capital de Nueva Zelanda, estuvieron un par de días descansando y visitándola. Estuvieron el Museo den Nueva Zelanda, Te Papa. Era otro lugar del mundo mágico y especial, como otro planeta distinto, decía Carmen. Alquilaron un coche y comenzaron su ruta:

Recorrieron Mordor, que a ella le encantó porque era el nombre de una comarca del *Señor de los anillos*, en un tranvía llamado Tongariro Alpino Crossing, y que subía al Monte del destino. Había que hacer el recorrido a pie entre lagos sulfurosos y cráteres de volcanes. El paisaje valía la caminata.

Visitaron Hobbiton, la comarca de los Hobitt con 42 agujeros, que hacían de casas en la película y el libro y allí hicieron una cata de cerveza en *La taberna del Dragón Verde*.

Especialmente le encantó un pequeño crucero en barca por un lago en las cuevas iluminadas por miles de Glowworms, que eran brillantes gusanos luminiscentes en el techo.

Visitaron la cultura maorí en Rotorua. Eso sí las piscinas sulfurosas de azufre tenían un olor insoportable, pero eran preciosas.

Siguieron su ruta en el coche y vieron los glaciales de la edad de hielo rodeados de verdes acantilados y ríos de aguas cristalinas en Milford Sound.

Todo le encantaba y todo lo disfrutaba, incluso los hoteles donde se quedaban con sus vistas maravillosas a los lagos y ríos que visitaban.

En la ciudad pequeña de Queenstown se quedaron una noche y siguieron su ruta por las carreteras de la costa sur, donde las playas eran maravillosas y vírgenes y donde se bañaron y antes de volver a la capital a coger el vuelo de nuevo a casa. Visitaron el río Makarora, en Blue Pool Track. Un río de piscinas azules y transparentes donde pudieron bañarse y cuyo fondo era un lecho rocosos blanco debido a la erosión de miles de años.

Fue el viaje de su vida. Estaba encantada. El paisaje era maravilloso, majestuoso, le parecía estar en otro lugar de la tierra diferente y Ernesto no escatimó en gastos para quedarse en los mejores hoteles por los que pasaban.

Fue un viaje inolvidable. Hacían el amor, comían, viajaban y volvían a hacer el amor.

Nunca se cansaba de ella ni había sido más feliz en su vida.

Por la noche llamaban para ver cómo estaba el niño. Y los abuelos encantados de tomarse ese tiempo con el pequeño.

El tiempo pasa volando cuando estás bien y para ellos no fue menos. Una cierta nostalgia los invadió a la vuelta, pero estaban contentos de ver a su hijo y volver a casa.

—Para no salir al extranjero cielo, has salido a la otra punta del mundo.

—Ha sido precioso ¿verdad mi amor?

—Ha sido magnífico. Lo más bonito que he visto en la vida excepto tú.

—Loco...

—Loco por tus huesos. Pero vamos a tener que dormir. El viaje a casa es muy largo y más que vacaciones, nos hemos pegado una paliza de andar.

Viajar con Ernesto, había sido muy divertido. Se lo habían pasado en grande. Él necesitaba un descanso. Le compró un montón de regalos. Cuando veía que ella miraba algo más tiempo de la cuenta, ya estaba él allí comprándolo. Era terrible.

Pero bromeaban mucho y parecían dos adolescentes. Le hicieron infinidad de fotos y trajeron recuerdos para la familia y hasta para Reyes.

Fue inolvidable y ella hizo después un álbum de fotos de los lugares que habían visitado. Prefería un álbum a tenerlo en un ordenador. Igual que hacía con su hijo cuando le sacaba fotos, que tenía ya cinco completos para

recordar cada paso y cada mes de su vida.

Bautizaron al niño, en un bautizo íntimo y familiar, con comida en un restaurante, sin grandes pretensiones. Sólo la familia.

Él reinició su trabajo y ella volvió a la academia y a escribir por las mañanas la novela que había aparcado para el certamen de Valladolid, porque a Las Palmas había mandado un poemario, como siempre hacía.

Ahora ya no se sentía sola, la diferencia es que tenía una familia y no estaba sola. El niño empezaba a dar sus primeros pasos, pues iba a cumplir casi un añito ya y tenía que dejarlo a veces con la niñera, porque no la dejaba escribir.

Una mañana, al cabo de unos meses, recibió una carta de Las Palmas, en la que al igual que en Barcelona, era una de las finalistas y tendría que ir en un mes.

Cuando volvió Ernesto ese día por la noche, se lo comentó y lo celebraron en el jacuzzi haciendo el amor.

Él no iba a poder acompañarla a ese evento, porque por aquellos días tenía previsto un viaje a París, así que debería ir ella sola. Estaba toda emocionada. No importaba. Él tenía su trabajo y era normal. Estaba ya acostumbrada a sus viajes. Era su trabajo y su vida. Pero estaba tranquila porque le era fiel y la quería, como ella lo amaba a él.

Cuando llegó el momento de irse, lo echó de menos, como siempre hacía, le dejaba una cierta tristeza y melancolía que los dejase, aunque fuesen unos días tan solo.

Preparó su viaje a las Palmas. El viaje fue tranquilo y se alojó en el hotel del evento, que por una vez no era de la cadena de hoteles de Ernesto, pero era también precioso. Cuando llegó al hotel, se encontró a Julio, se alegró de verlo de nuevo ya que también estaba convocado. Se sentó de nuevo a su lado.

—¡Qué alegría Julio!, volver a verte de nuevo. ¡Te has cortado el pelo! —y se abrazaron

—Sí, estaba ya harto de pelo largo. Tú estás guapísima. Y tu niño, ¿cómo está?

—Intentando andar, pero es un niño muy bueno.

—Me alegro mucho. Hace tiempo que no nos veíamos. Más de un año. Estás muy bien.

—Tú también. Pareces más joven con el pelo cortado.

—¿Has mandado a más certámenes algo?— le preguntó Julio.

—Con el niño, no he tenido tiempo, eso sí, mandé una novela a Valladolid, pero ya veremos. Es la primera vez que mando novelas. La estructura me cuesta. No estoy acostumbrada. Ahora escribo una histórica que tenía en mente desde hace mucho tiempo.

—¿Y tú? ¿Has enviado algo más?

—Desde Barcelona, no he vuelto a mandar más. A este solamente. Sigo escribiendo poesía y aprobé unas oposiciones. Estoy dando clases de Literatura en un instituto de Murcia.

—Me alegro un montón, de verdad. Te lo mereces. Pero no dejes de mandar. Por lo menos algunas veces nos publican gratis. Y ganamos algo.

—¿Y tú?, ¿qué ha sido de tu vida?

—Me he casado con el padre de mi hijo. Sigo dando clases en la academia y soy muy feliz, de verdad. Me ha comprado un ático maravilloso. La terraza es inspiradora, sigo viviendo en Sevilla.

—¡Cuánto me alegro Carmen!, de verdad. Te lo mereces. Me pareces una buena chica. Deberías prepararte unas oposiciones ya tienes experiencia en dar clases.

—No sé quizá tengas razón. Me lo pensaré. A ver qué ganamos esta vez.

—Ganarás tú, como siempre —dijo rindiéndose ante ella.

—A lo mejor ganas tú. Yo he estado menos inspirada con tanto ajeteo.

—Me gustaría, lo reconozco, pero este está difícil. Lo presiento.

Se contaron sus vidas, Julio se había cortado el pelo porque había conocido a una chica y le pareció que ya era hora de crecer. Carmen se reía con sus cosas.

Fue un alivio para ella, encontrarse con él, porque al menos tenía a alguien con quien hablar. No estaba sola y tenía un conocido que le caía muy bien con quien hablar. Julio era un chico encantador. Casi prefería que ganase por una vez.

Al día siguiente era el certamen y habló por teléfono con Ernesto por la noche y se lo contó. Ernesto sintió celos. No le dijo nada, pero cambió el tono.

—¿Qué te pasa cariño?— preguntó porque lo notó raro.

—Nada mi amor, no me pasa nada. —dijo él, pero ella no se creía nada. Algo le pasaba.

—Sé que pasa algo, ¿es por Julio?, estás celoso —sonrió.

—Un poco, sí. Es un chico muy guapo.

—Para mí no hay nadie más guapo que tú, bobo. Además ha conocido a una chica.

—Eso me alivia. Menos mal.

—Te quiero y te amo mucho, mi amor. Voy a descansar un rato. Acabo de llamar a casa y el chico está hecho un trasto. ¡Pobres abuelos!

—Te amo, pequeña andaluza peligrosa y te echo de menos. Suerte mañana.

—La suerte la tengo ya.

En el certamen volvió a ganar el primer premio y Julio el segundo. Se abrazaron con alegría. Fue un certamen muy bonito, con lecturas y un cóctel después y una orquesta.

En el baile posterior, bailó con Julio unas cuantas canciones, salsa, merengue y hasta una canción lenta. Estaban bailando cuando una mano, tocó el hombro de Julio. Éste se dio la vuelta.

—¿Me permites que te robe a mi mujer?

—¡Dios mío!, ¡estás aquí!—Julio, te presento a mi marido, que acaba de venir de sorpresa.

—Encantado Julio y gracias por cuidar de mi mujer.

—Encantado. Ha sido un placer. Su mujer es maravillosa. Bueno, los dejo. Hasta luego, que lo pasen bien.

—Hasta luego Julio.

—Con que maravillosa ¿eh? Me voy un día a París y ya estás en brazos de otro.

—¡Que tontorrón eres! Solo bailaba, ya sabes que soy toda tuya. Me alegro tanto de que hayas venido... No me lo hubiera imaginado por nada del mundo.

—Por ti, recorrería el mundo, mi amor. Te amo, pequeña andaluza.

—Te amo, mi catalán.

—He tenido que venir a salvar a mi mujer de los brazos de un chico guapo. Me la quieren robar. Y luego es ella la que se pone celosa cuando me voy de viaje y me ve en una revista.

—Tienes razón mi amor. Nada es lo que parece.

CAPÍTULO DIEZ

UN AÑO MÁS TARDE

—¿Qué nombre van a ponerle a la niña?—dijo el cura.

—Carla —contestaron los dos a la vez.

El bautizo de la pequeña Carla fue como el del pequeño Ernesto, íntimo y privado. Ya tenían la parejita. Antes de lo que habían previsto, pero luego se habían alegrado. Los hermanos se llevarían poco tiempo, menos de dos años, y en principio ya estaba la familia al completo.

Cuando terminó el bautizo, fueron a comer a un restaurante con la familia de ella y después del café, fueron a casa. Los niños estaban derrotados. Sus padres se fueron al pueblo y volvieron a quedarse solos. Y aprovecharon el tiempo cuando los niños se fueron a dormir.

Ernesto viajaba cada vez menos, pero debía hacerlo por sus hoteles. Seguían enamorados como el primer día. Disfrutaban su casa y Carmen empezó a recibir algún dinero por sus libros. Por lo que estaba muy contenta.

La academia la pusieron en venta y ella se quedó con ella. Ernesto se la compró para ella. Pero él le aconsejó que fuese una academia de idiomas que es lo que más dinero le daría y ella podía poner un gerente y pasar por allí algunas horas un par de veces a la semana por las mañanas para gestionar y así tener el resto del día libre.

Pero ella no se quedó quieta. Se preparó un master para las oposiciones y se presentó a ellas cuando salieron, animada por Julio, con el que mantenían una relación de amistad a distancia y a los tres años, ya las había aprobado y estaba dando clases en un instituto de Triana.

Tuvo suerte, aunque tuvo que dejar de escribir esos tres años. No podía hacer tanto porque las oposiciones le llevaban su tiempo y ella se esforzaba al máximo.

Cuando aprobó las oposiciones, tenía su trabajo por las mañanas y escribía por las tardes y un par de veces a la semana se pasaba por su academia por la tarde, una hora o así. Escribía menos, pero no importaba.

Tenía a sus hijos y había luchado mucho ayudada por su marido. Tenía ingresos por su trabajo, por la academia y por sus libros y eso no la hacía sentirse una mantenida.

—Cielo, si los hoteles me van mal, al final me tienes que mantener tú.

—Eso ni lo dudes. Eres el amor de mi vida y no pasarás hambre. Ahora soy una funcionaria y una empresaria. Si no te hubiese conocido en el Ave...

Después de acostar a los peques, para que echaran la siesta y ya en la habitación, después de hacer el amor, recordaron cuando concibieron a Carla.

Fue en las Palmas, cuando Ernesto, se presentó de improviso en el certamen que Carmen ganó. Decidieron quedarse unos días en la playa y una de esas noches en las que hacían el amor desesperadamente, al salir Carmen del cuarto de baño, le dijo:

—Adivina qué, mi amor...

—Dime cariño.

—Ayer se me olvidó tomarme una pastilla.

—Noooooooo. Cuando digo que eres peligrosa...

Dos meses más tarde de la vuelta del certamen de Las Palmas, ella fue a la farmacia y compró un test de embarazo. Pidió cita de nuevo con su ginecólogo, que le confirmó que estaba de nuevo embarazada de dos meses.

Cuando por la noche iban a acostarse, ella salió del baño con una foto pequeñita en la mano y le dijo:

—Adivina qué mi amor.

Él miró la foto y la figura pequeña, la miró a ella:

—¿Estamos embarazados?

—Siiiiiiiiiiiiiiii